



UNSAM

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
SAN MARTÍN

IDAES

EL FUSIL Y LA ESCUELA

Devenires del helvetismo en Santa Fe



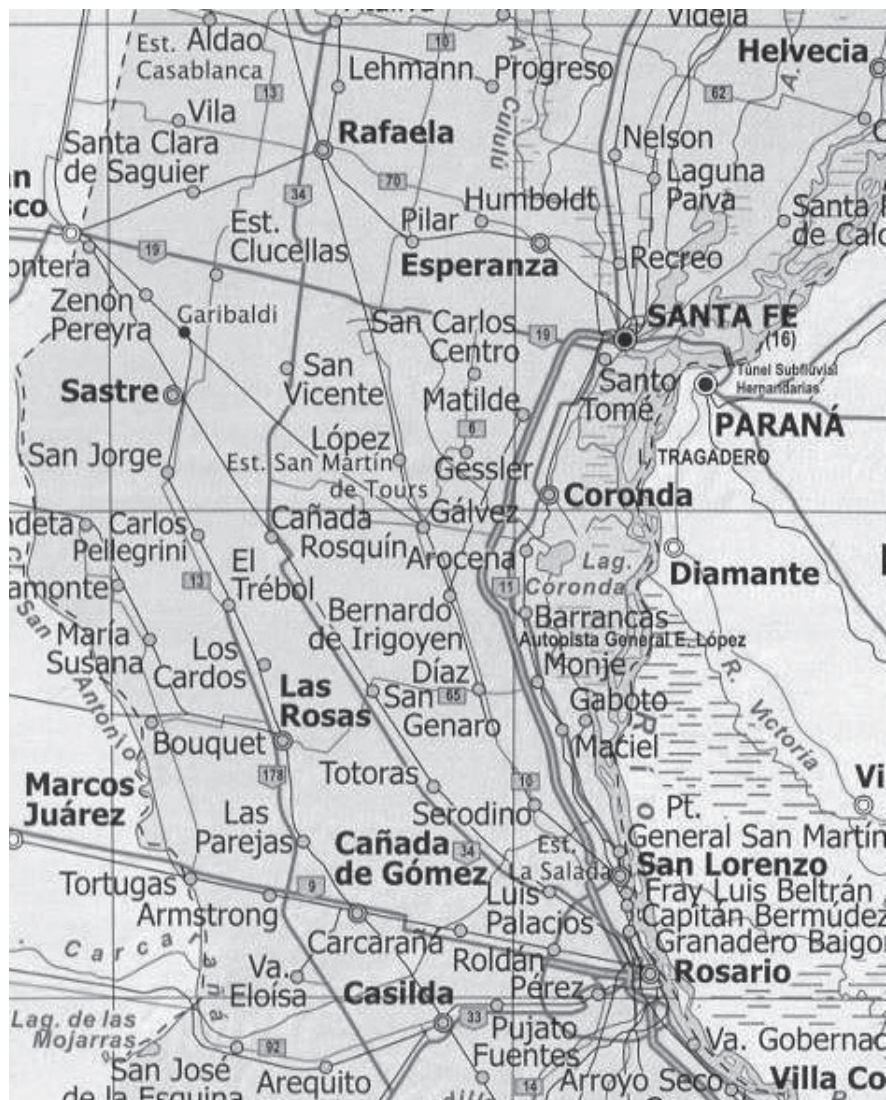
**Maestría en
sociología de
la cultura y
análisis cultural**

Directora María Cecilia Hidalgo / Co-Director Marcelo Urresti / Tesista Guillermo Stämpfli

2021

Agradecimientos

Mi especial agradecimiento a Cecilia Hidalgo y Marcelo Urresti por sus lecturas, correcciones y recomendaciones. A Christophe Mauron, por los trabajos historiográficos compartidos, y por responder siempre a mis consultas. Para el desarrollo de este trabajo fueron fundamentales las traducciones de Leyla Mayol y la bibliografía provista por Carla Remonda, Graciela Russi, Gerardo Álvarez. Debo a Cecilia Plüss la confección del diseño de tapa. Una vez más, agradezco a José Emilio Burucúa por brindarme su talento y sorprenderme con sus dotes de *coach*. Nunca olvidaré la hospitalidad y amistad de Zulema Armatto y su esposo Carlos Welti en mis esporádicos viajes a Buenos Aires. Por último, a la Escuela 235 y la biblioteca popular Alfonsina Storni de la localidad de Bustinza, lugar en el cual pude acceder a material bibliográfico y techo en crudos inviernos pasados. Finalmente, a mi madre y amigos, en particular, Wilfredo y Javier.



Mapa actual de la región de Santa Fe que aborda el trabajo

静夜思

Nostalgia en una noche silenciosa

床前明月光

La luna, sobre mi lecho sus luces proyecta.

疑是地上霜

Me parece escarcha sobre la tierra.

举头望明月

Contemplo la luna al levantar la cabeza,

低头思故乡

y, al bajarla, añoro mi aldea natal.

Li Bai (701 d. C. – 762 d. C.)

Trad. Chen Guojian

CONTENIDO

Agradecimiento

Introducción

PARTE I

Antecedentes

La colonización agrícola en Santa Fe

PARTE II

Huellas prístinas del helvetismo en Santa Fe

Los Tiros suizos

Escuelas y sociedad étnicas

Epílogo

Anexo fotográfico

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

Esta investigación husmea la trayectoria del helvetismo entre los inmigrantes suizos que se radicaron en la provincia de Santa Fe. El periodo que abarca la investigación va desde 1856, año de fundación de la colonia agrícola Esperanza, reivindicada como la primera colonia organizada del país, y los comienzos del siglo XX. En pasajes nos permitimos establecer contrapuntos entre algunas fuentes históricas con la cultura viva de estos pueblos, prefiriendo la distorsión de la tradición oral al silencio estético del vacío. El helvetismo estuvo formado por una pléyade de discursos impulsados desde la Confederación Suiza en pos de crear un sentimiento de lealtad patriótica que trascendiera las diferencias religiosas y lingüísticas. Reciclando ropajes viejos, el helvetismo pujó por un nuevo “grupo de referencia” que viniera a contrarrestar dos frentes conflictivos, por un lado, el de las desavenencias religiosas que derivaron en la guerra civil de 1848 (*Sonderbundskrieg*) y, por el otro, las brechas lingüísticas, principalmente entre el francés y el alemán. Esta gran fisura cultural había llevado a que cantones y regiones se identificaran política y culturalmente con potencias europeas cultural y lingüísticamente afines. Esta confrontación de lealtades fue elocuente durante el conflicto franco prusiano a comienzos de los años 70.

El helvetismo se gestó en el horizonte de las retóricas imperialistas que atravesaron toda esa segunda mitad del siglo XIX surcada por tumultuosas olas políticas que dibujaron y borraron fronteras. Nuestro objetivo es reflexionar sobre su eco en las llanuras santafesinas, sobre la vernaculización de símbolos, prácticas y discursos enmarcada en la relación compleja entre lo local –o “ciudadino”, y lo estatal - o ciudadano (Lefebvre, 1978b, pág. 75) que involucra a la Argentina y Suiza en una serie de combinaciones: inmigrante, pero ni ciudadano activo de uno u otro, ciudadano activo o residual de uno u otro, ciudadano del país de acogida con lealtad dividida con la patria de antaño. Consideramos que este proceso estuvo atravesado por dos fuerzas muy desiguales, por un lado, las que introducen el apodado “nacionalismo troyano” y su variante, socarronamente llamada por Anderson (2016) “nacionalismo de larga distancia”; por el otro, las motorizadas por las políticas de un Estado argentino urgido por nacionalizar a sus abigarradas multitudes. Con el helvetismo, la colectividad suiza en Santa Fe modificó la forma de autoperibirse respecto de las migraciones más tempranas aún signadas por el culto de la “pequeña patria étnica” (Virno, 2003). En 1847 Sarmiento (1851) escribía que el Estado suizo no era más que una olla podrida compuesto de los ingredientes más contradictorios (cantones, semicantones, cantones primitivos, cantones de segunda data, tradiciones feudales y espíritus democráticos estrechos como el valle local), cuyos habitantes no

conocían más patriotismo que el apego a la aldea natal y el odio al villorrio vecino (págs. 25-26). Su asentamiento exitoso en Santa Fe, digamos, cuando la vuelta al terruño se mutó de horizonte de expectativa a retorno pasajero, los encontrará en el vórtice de la tensión entre las predicas patrióticas suizas y las políticas nacionalizadoras argentinas. Muchos de los espacios privilegiados del helvetismo no pudieron resistir los embistes del Estado argentino. Símbolos, celebraciones, inscripciones quedaron como vestigios de la otrora capacidad creativa de una comunidad por prolongar significados y prácticas timbrados por esa Suiza en construcción.

Los usos del “helvetismo” dejaron su impronta en trabajos históricos sobre esta inmigración en sus sucesivas reestructuraciones (Collingwood, 1952). Tanto los textos creados bajo los auspicios de etnoinstituciones que buscaban enaltecer el origen, como los surgidos en el campo académico donde lo suizo se articulaba a múltiples problemáticas, reprodujeron modelos monolíticos de identidad. Nos referimos a ese plexo de obras que hicieron de la historia de la inmigración suiza la expresión singular de una “ontología del ser nacional” (Ortiz, 1998, pág. 50). Por ejemplo, el historiador Ezequiel Gallo vinculó los conflictos políticos santafesinos de 1893 con las prácticas políticas locales de los colonos que postuló serían propias de las aldeas suizas. Lo helvético adoptaba un “efecto silo”, redirigiendo las prácticas de los colonos hacia un supramundo culturalista y ancestral (Detienne, 2005, pág. 101) que Balibar (1991) definía como “*historiosofías* de la raza y la cultura” (pág. 90). El subtexto nos pone frente a una categoría de identidad que *a priori* zurce grupos sociales en una trama temporal presidida por la continuidad, inteligibilidad, coherencia, homogeneidad e inmanencia (Perlongher, 1993, pág. 146). En su lugar, entendemos por identidad al reservorio disponible para el *self* en determinado tiempo y espacio que se traducen en mismidades y “alteridades históricas” (Briones, 2005) (Segato, 2017); es decir, según las posibilidades que habilita el acervo de tipificaciones vigentes (Berger & Luckmann, 2003) regido por alguna identidad maestra que organiza sus posibilidades y combinaciones (Frigerio, 2009, págs. 21-23). De impronta psicoanalítica la identificación implica el trasiego del sujeto con y frente a estos clivajes, y con quienes lo encarnan, lo imponen, lo negocian. En esta dirección, las identidades son los inestables puntos de identificación y de sutura que, como textos colectivos performativos (Hall, 1994), se proyectan hacia el pasado, el futuro, y los futuros no realizados como ramas secas de otros pasados: “¿Viajas para revivir tu pasado? – era en ese momento la pregunta del Kan, que podía también formularse así: ¿Viajas para encontrar tu futuro?” (Calvino, 2003, pág. 38)

Las dos instituciones que consideramos bastiones del helvetismo fueron los polígonos de tiro y las escuelas étnicas. Cómo intentaremos mostrar, aunque las escuelas se pensaron como vectores explícitos para la reproducción de sentimientos de lealtad helvética, fue la etnopráctica subterránea del tiro la más potente productora de colectividad. Mientras la primera etnoinstitución suscitó prontas respuestas ofensivas del Estado argentino y su política de patrullaje étnico (Segato, 2017), la segunda persistió en el tiempo volviéndose incluso un modelo para aquel Estado y sus políticas de seguridad. En términos De Certeau (1996), mientras la escuela operó en el terreno de la táctica, en el mismo lugar en que el Estado busco instaurar su control monopólico, el Tiro lo hizo estratégicamente, fraguando su propio espacio social. Aunque no fueron las únicas instituciones con impronta étnica, fueron las más relevantes y capilares en agenciar helvetismo en las colonias y negociar con las políticas culturales impulsados por el Estado Argentino.

Retomando la triada conceptual sobre el espacio propuesta por Lefebvre, si el tiro tuvo un aspecto abiertamente funcional también emergió emotiva y simbólicamente teñido por lo lúdico, lo placentero, lo comunitario (masculino). Surgió desde abajo, por la iniciativa de los colonos, a diferencia de las escuelas. Si estas últimas estaban, por lo general, ya previstas (representadas) en los planos primitivos, como en San Carlos y las colonias del Central, los Tiros nacieron con la radicación de los colonos, quienes debieron contar antes con el beneplácito de la empresa colonizadora. Hacia las últimas dos décadas, la escuela más rauda y enérgicamente que el tiro incorporó la lógica centralista, controladora, dominadora del Estado argentino. Pero esta preponderancia del espacio concebido desde sectores de la burocracia estatal, no significó la cancelación de los otros dos momentos de su producción, como podría sugerir una mirada puesta en los procesos dominantes. Justamente será ese segundo y tercer espacio, y sus relaciones, tensiones y contradicciones con el primero, lo que nos interpela del helvetismo de la diáspora.

Si con helvetismo agrupamos una serie de programas políticos impulsados por la Confederación Suiza con el objetivo de crear un sentido de pertenencia nacional, lo "suizo" nos remite a los cuerpos/espacios productos de esta política. Pero sólo en una primera lectura, ya que si el helvetismo repercutió, fue porque su programa mismo provino de un movimiento sinérgico que definió el territorio de negociaciones imprimiéndole un sesgo propio en las colonias agrícolas. Su encuentro con colectividades locales de otros orígenes acicateó esa "rivalidad mimética" de la que hablaba Girard (2006) compeliendo a la afirmación étnica y la organización de eventos públicos que la pusieron en escena. Hacia 1890 suizos en Montevideo y Buenos Aires

presionaron a sus cónsules para que gestionaran ante las autoridades de la Confederación la instauración de fiestas nacionales, tales como las que celebraban para entonces otras colectividades inmigrantes. El helvetismo operó estableciendo puntos de identificación para que el inmigrante se volviera definitivamente "suizo". La ilusión de continuidad puede seguirse en la trayectoria de este dispositivo, como discurso propulsado desde arriba, pero también como demanda planteada desde abajo, tal como lo ejemplifican estos colonos. Desde la dialéctica lefebvriana, el helvetismo en las colonias surgió de ese espacio concebido por políticos, funcionarios e intelectuales pero también por la apropiación de inmigrante que delineó esos espacios de representación, cargados de simbolismo y con fuerza de cemento comunitario. Y por supuesto, esos espacios percibidos, productos de etnoprácticas cotidianas como la del tiro o la escolar que impactaron sobre los otros dos. Si por un lado, cimentaron la autonomía local, el "derecho a la colonia", parafraseando a Lefebvre (1978a), por el otro, animaron respuestas estatales dirigidas a cooptar esos espacios para reutilizarlos, controlarlos, centralizarlos, finalmente argentinizarlos.

Dijimos ya que, como programa cultural, el helvetismo reprodujo tópicos hacia adentro y hacia afuera de sus fronteras políticas. Conformada la Cuarta Suiza, tras sumar el italiano con la anexión del Ticino a los cantones germanófonos, francófonos y retorrománicos, se produjo la "Quinta Suiza" con los suizos del extranjero. Existieron formas específicas de vivir (y también de resistir) esta tipificación etnonacional al seno de la Confederación y también afuera, según la situación concreta del país de acogida. Verse y proclamarse suizo en la Argentina no significó lo mismo que hacerlo en los Estados Unidos. Si el pánico a la diversidad signó la sociedad argentina, en Norteamérica la etnicización no fue vista como amenaza, ni impedimento a la americanización (Segato, 2017, pág. 31). Mientras en 1876 los suizos celebraban el 4 de julio estadounidense con representaciones de la Helvecia y Columbia orladas por los escudos cantonales (Gjerde, 2006, pág. 72 y 73), en la colonia santafesina de San Jerónimo Sud se apresaba a colonos por cantar en alemán y vitorear loas a su lejana patria (Schildknecht, 1949).

Lo "suizo", sartreanamente hablando, sólo tuvo sentido en una situación concreta, como fue la de convivir con vecinos de otros orígenes en esas "ecúmenes locales" que fueron las colonias. La singularidad de su inserción queda enmarcada en una serie de pasajes; para empezar, la de inmigrantes a colonos y la de colonias de extranjeros a las de descendientes de inmigrantes. "Desencajes" y "encajes" que hilvanan el derrotero de varias décadas que insumió la eclosión de la "vía láctea agropecuaria". "Desencaje" de las aldeas de origen para reensamblarse como pioneros

o colonos. “Desencaje” de las colonias con autonomía local para su integración al cuerpo de la nación argentina. De colonias de inmigrantes a pueblos o ciudades de argentinos descendientes de inmigrantes; pasajes con huellas palpables en los dobles vínculos con el pasado: mientras los relatos locales representaron al vecindario como brotes étnicos y raciales de lo europeo, los relatos nacionales reivindicaron al gaucho como su padre epónimo (Ribeiro, 1988). Un “país no produce inmigrantes” (Hadj Handri, 2008) pero puede producir sus relatos de origen junto al inmigrante conformando una gesta y un panteón “argentino” *sui generis* como Cocoliche o *La Gringa*.

La provincia de Santa Fe fue el principal destino de la inmigración suiza en Latinoamérica. Definimos como inmigrantes a todos aquellos arribados con el afán de radicarse en la nueva tierra y de invertir en ella su trabajo y su enjuta riqueza (Devoto F. , 2004). La inmigración constituye un tema recurrente en sus producciones culturales. Caben sin embargo algunas puntualizaciones sobre la particularidad de la inmigración suiza dentro de este vasto horizonte temático que contiene períodos y espacios tan dilatados. Si fue pionera en la producción de un espacio que comenzará a consolidarse dos décadas después –con las primeras exportaciones de cereales, lo fue porque tuvo, como segunda característica, la propiedad de la tierra como meta y al trabajo agrícola como razón de ser. El tercer rasgo que la distinguió fue que la parcela les estaba ya adjudicada al momento de partir. En cuarto lugar, los convoyes de inmigrantes fueron reunidos por agentes y funcionarios previo contrato con el gobierno provincial y nacional. La elección de los países también se ajustó al ideal de inmigración deseada a tono con la nordomanía dominante en las elites intelectuales argentinas. En quinto lugar, porque fue organizada, priorizando el traslado del núcleo familiar. Finalmente, porque se pensó, y de aquí su nimbo de pionera, destinada a fundar asentamientos en el yermo. La primera etapa de la colonización agrícola gestada a la luz de intereses comerciales privados y de políticas estatales como las de poblar nuestro país, o las de aliviar la cuestión social en Europa, se llevó adelante por medio de colonias para facilitar el control y amenguar el choque cultural. Más cerca del siglo XX, los inmigrantes suizos surcarán destinos semejantes a los de las corrientes masivas más tardías. Su inserción entonces tuvo lugar en un espacio urbano y rural más desarrollado en términos capitalistas, quedando sujeto su destino al capital económico y social de procedencia. El acceso a la propiedad de la tierra siguió como lo impertérritamente añorado pero las posibilidades de conseguirla fueron cada vez más exiguas, derivando en una socialización precarizada fruto de su asentamiento aislado en las entrañas de alguna estancia.

La inmigración es la gran carta robada de esta investigación. Pero no es empero una tesis abocada a indagar los procesos migratorios. No nos incumben estrictamente los mecanismos de rechazo-atracción (*push-pull*) o las relaciones entre las dimensiones macroestructurales de la economía política con lo microestructural de las redes sociales y con los intermediarios que configuran las “mesoestructuras” (Castles & Miller, 1998). Asumimos la inmigración como un “hecho total” que puso en movimiento dispositivos e instancias con escalas diferente, desde específicas como las agencias de emigración, las empresas colonizadoras, los sectores políticos que la estimulaban o la desalentaban, con otros *a priori* más difusos pero no menos determinantes, como la conformación de nuevas redes mercantiles, la emergencia de nuevas tecnologías o los cambios en las estructuras familiares. Múltiples variables deberían sopesarse para comprender cabalmente la viabilidad que cobraron esos proyectos de colonización destinados a establecer un parteaguas en la historia de Santa Fe y el país.

Los problemas que nos atañen se alinean con los que Castles y Miller señalaron como los ecos tardíos de los procesos migratorios como fueron la formación de comunidades étnicas, minorías étnicas o etnocolectividades definidas por su acceso a los derechos políticos, sus grados de autodeterminación y el del reconocimiento de sus diversidades. La potencia del sentimiento de pertinencia y la posición social configuraron los matices entre la “autodefinición”, como conciencia de pertenencia, y la “heterodefinición”, como asignación estatal. El tipo de inserción socioeconómica de estos inmigrantes es imprescindible para entender la génesis y el desarrollo del helvetismo pampeano y de las políticas culturales del Estado argentino. La categoría de “colono” cobra relevancia en esta dirección. Nuestra historia comienza con su emergencia en la década de 1850 a partir de las familias que engrosaron los primeros convoyes. Esperanza, San Carlos, San Jerónimo Norte iniciaron la transformación de las tierras feraces en tierras productivas. Lo previo se hundió conquistado por los rieles, los campos alambrados, las granjas como unidades productivas familiares, los cultivos de trigo y lino y la emergencia de otro “paisaje étnico”. Los fortines se fueron desguazando, las estancias coloniales se parcelaron y las viejas postas se desdibujaron como esos viejos caminos que jalonaron, reemplazadas por las estaciones y almacenes a la vera de los caminos de hierro. Hacia 1870 se filtraron las últimas incursiones de malones ranqueles por el sur y de maloqueros chaqueños por el centro de la provincia. La transformación incipiente era irreversible. La tierra entró en una lógica inmobiliaria cada vez más dinámica dictada por la abstracción funcional del espacio a través de su mercantilización. El constructo liberal de desierto dejó paso a otras figuraciones, como la del desierto latifundista de tinte anarquista. Para nuestro período, el desierto, lejos

aún de la crítica libertaria o la elegía romantizada, operó como la piedra de toque del proyecto liberal de poblar el espacio a partir del pionero y el colono, y ordenarlo en consonancia con los mandatos burgueses. Elocuentes en tal sentido fueron los códigos rurales que cristalizaron por esos años, estableciendo multas y castigos a los pobres que merodeaban sin papeleta de conchabo.

Esa guerra al desierto y sus metonimias (malones, gauchos, malezas) introdujo zonas grises como las de fronteras, en su acepción clásica (Turner F. J., 1987). Fue en esos espacios borrosos de civilización donde se radicaron experiencias primigenias como Esperanza, o fronterizas como la colonia gubernamental Avellaneda, al noreste provincial. Desde la autopercepción de los pueblos, inscripta en la concepción patriarcal de los padres fundadores, los pioneros fueron aquellos hombres, cabeza de familia, que se establecieron por primera vez en donde se emplaza la actual urbe. En nuestro trabajo “pionero” se circunscribe a aquellos inmigrantes que expandieron las fronteras con el objetivo de apropiarse de tierra de escaso valor para luego colonizarla. Un *ethos* vital marcado por la audacia, las emociones violentas y las experiencias límites a diferencia del colono que, afincado en territorios bajo control del Estado, seguía las rutinas de los ciclos agrarios. Si el pionero producía habitar, el colono lo volvía hábitat. Ambas formas de apropiación espacial conllevaron esos rituales violentos implícitos a todo acto de colonización (Appadurai, 2001); mientras el primero hacía habitable un territorio, agenciando la destrucción del habitar de indios y gauchos alzados, el segundo, se abocaba a la ocupación estable que sellaba toda posibilidad de retorno al caos. Ni uno, ni otro operaban como los “foráneos”, ni los nativos como los “establecidos” descritos por Elías (2003). Por el contrario, pioneros y colonos fueron presentados como vectores de progreso. La estigmatización de la inmigración rural fue posterior y rozó a otro actor de la historia del agro, como fue el chacarero, mayormente de origen italiano. Cuando luchó por sus intereses y puso en vilo a los de las elites, se volvió entonces portador de los estigmas del intruso amenazante.

En síntesis, el espacio rural santafesino se configuró regido por dos figuras definidas de la historia agraria. La primera, ya mencionada, fue la del colono, definida por la propiedad de una pequeña chacra. La segunda, en consonancia con la consolidación del modelo de los cultivos combinados, se caracterizó por la explotación de parcelas de una estancia durante un período determinado, ya como arrendatario, cuando el pago del canon era en dinero, ya como aparcerero, cuando lo era con porcentaje de la cosecha. La sociabilidad de ambos actores fue bien distinta. Frente a un colono radicado en un vecindario o en torno a un incipiente núcleo urbano, estaba

el chacarero en situación hartamente precaria e inestable, o peor aun cuando las cosechas eran magras¹. Hasta el conflicto agrario de 1912, conocido como Grito el Alcorta, no se dieron condiciones estructurales para que germinasen expresiones consistentes de solidaridad étnica, política, clasista entre los chacareros santafesinos.

Los precoces inmigrantes suizos se afincaron en Santa Fe como colonos. Con la consolidación de los vecindarios y los mecanismos de la herencia, los que no adquirieron tierras se iniciaron en oficios destinados a cubrir demandas locales, montaron comercios o pequeñas empresas en el naciente núcleo urbano de la colonia. Su principal escenario fue la región conocida como “pampa gringa”, al seno de una tripartición fecunda que la distinguía de la “gaucha” y de la región “costera”². En una tórrida tarde santafesina un personaje saeriano cuestionaba la reificación que se hacía de la pampa y la costa, “¿Hay algún límite entre ellas, un límite real, aparte del que los manuales de geografía han inventado...?” Y de serlo, continuaba, “¿cuál es el punto preciso en que se deja de sembrar trigo y se empieza a sembrar algodón? ¿Pero acaso no hay italianos en la costa y criollos en la pampa gringa?” (Saer, 2017b, pág. 40)

La convención geográfica traza la división poco más arriba de la ciudad capital de la provincia. Dos grandes bloques ecológicos se configuran, el de la llanura pampeana y el del monte chaqueño, marcadas por singularidades de tipo “geoculturales”³ y, por supuesto, “productivas”, distinguiendo un norte provincial ganadero y un centro y sur marcadamente agrícola. Pero como en la relato saeriano existen vastas extensiones grises, como las subdivisiones ecológicas del “Espinal” en el centro, el chaco seco en el oeste y el largo contorno costero sobre el Paraná. En todas estas regiones existieron colonias, con una densidad evidentemente mayor en el centro y sur de la provincia; si las de la “pampa gringa” surgieron de emprendimientos racionalmente estructurados, con límites bien definidos, títulos de propiedad acordados, ritmos laborales pautados y una estructura institucional, las ubicadas en la “pampa gaucha”, como mostró Martirén (2014), continuaron regidas por los códigos de costumbre y leyes consuetudinarias que respondían a la fuerza de la tradición (pág. 87).

¹ La familia chacarera habitaba un rancho que debía construir y destruir según un contrato gravoso, aislado al punto de estar comprometida la socialización más básica, como la educación de sus hijos, el acceso a la salud o a cualquier actividad cultural y de esparcimiento.

² Prefabricado prolífico y persistente como muestra su aparición durante décadas en clave geográfica, histórica, literaria en escritores de poéticas diversas como Alcides Greca, José Pedroni, Juan José Saer o historiadores y sociólogos como Ezequiel Gallo, Héctor Príamo, Eduardo Archetti, entre otros.

³ Nos evoca a las “áreas culturales” de los difusionistas alemanes, quedando configurados esos bloques también de acuerdo al peso de la inmigración o lo nativo en la trama social.

Grosso modo, la historia agraria distinguió dentro de la llamada “pampa gringa” un sur provincial de imponentes estancias, con la agricultura en manos del chacarero, de una región central de ocupación más temprana por el actor colono. Mientras el chacarero tuvo sus principales conflictos con estancieros, y las entidades que los representaban, convocando al Estado en tanto juez y árbitro, el colono tuvo sus conflictos más vivos con ese Estado mismo, resistiendo sus incesantes acometidas por el control de los espacios locales. Los agentes del helvetismo se imbricaron con las reivindicaciones de los colonos catalizando la formación de las “multitudes de las colonias” en coyunturas críticas. De impronta spinoziana, la categoría de “multitud”, trabajada por Hardt y Negri (2004) y Virno (2003) y, en el contexto latinoamericano, por Beasley-Murray (2010), se torna una vía de ingreso para al estudio de estas colonias durante las movilizaciones santafesinas del primer lustro de los 90s. En este trabajo no profundizaremos su genealogía, tampoco la historia de las prácticas políticas de estas colonias que delinearon una “esfera pública no estatal” (Virno, 2003, pág. 70).

El primer apartado repasa algunos textos imprescindible para abordar la historia de esta corriente inmigratoria en Santa Fe y Argentina. Algunos proceden de la historia académica, otros de la pulsión de dar “testimonio” y registrarlos por historiadores del terruño. Como se ha planteado, toda teoría que aborde la identidad debe ubicarse en un universo simbólico singular indagando la “mirada nativa” y los impactos sobre ese “lugar virtual” de los cambios en la estructura social (Berger & Luckmann, 2003, págs. 215, 219). Bajo esta premisa, un segundo apartado revisa los prolegómenos de la colonización y sus diversas aristas. Nos ocupa la organización de los emprendimientos, sus diferencias de acuerdo a la forma empresarial y su relación con actores como el Estado, los estancieros y procesos como los cambios tecnológicos y las diversas etapas de la evolución del campo en dialogo con la conformación de un mercado local y regional y las demandas de un mercado internacional.

Por último, el corazón de la manzana, focaliza en la dinámica *intra* e intergrupala de las principales instituciones agentes del helvetismo, en su devenir local y sus relaciones con el tutelaje étnico ultramarino. Por un lado, encontramos la aplanadora homogeneizante del Estado argentino desplegando su afán por nacionalizar a la población. Por el otro, un escenario internacional que alineaba a Suiza en la orquesta de aquellos países viables de impulsar una política colonizadora/imperialista a través del poblamiento y la adquisición de tierras fuera de Europa. Colonias y colonos fueron un terreno inscripto en los inicios del biopoder que condensa la implementación de políticas estatales dirigidas al control y al disciplinamiento de la población. El Estado

buscó imponerse por el poder material y por recursos simbólicos como los esquemas clasificatorios a lo largo de un período histórico que ha sido bautizado de “terror étnico” (Segato, 2017). Ciertamente esos europeos serán también argentinos. No obstante, a lo largo de este trabajo procuramos distanciarnos de la reificación que imagina esos cuerpos colectivos como Galateas de Pigmaliones todopoderosos forjado de modo lineal por las ideologías nacionalistas. Como sugieren Brubaker y Cooper (2001), “ni siquiera el Estado más poderoso monopoliza la producción y difusión de identificaciones y categorías, y aquellas que sí producen pueden ser discutidas”.

PARTE I

ANTECEDENTES

En el terreno estrictamente historiográfico sobre esta inmigración, un conjunto de trabajos integradores fueron publicados desde de los años '50. En 1955, el arqueólogo e hijos de suizos Juan Schobinger (1957) marcó el rumbo con un ambicioso libro que sentó precedente. Su utilización de diversas fuentes y su sistematicidad, trazaron un parteaguas con los hasta entonces publicados, acotados a colonias puntuales, instituciones helvéticas, reseñas autobiográficas que circularon como opúsculos locales, panegíricos institucionales o escritos íntimos hogareños. Con todos sus aciertos, se advierte sin embargo una exagerada transparencia en torno la cuestión de la identidad de estos inmigrantes. Lo suizo deriva en un arquetipo rastreable hasta los mercenarios que llegaron en las primeras *nao* españolas en los tiempos helvéticos del "Oro Rojo"⁴. Características de un *ethos* oficioso emergen a lo largo de la obra, concluyendo con pretendidos aportes específicos a la Argentina que refuerzan más los desvelos por captar una imagen inmanente del ser nacional.

De esos años data el exhaustivo y riguroso trabajo sobre la colonia San Carlos de otro descendiente, el historiador Juan Jorte Gschwind (1958). Aquí los documentos dialogan menos que el anterior con las producciones y los archivos suizos, centrándose estrictamente el autor en las fuentes locales. Al igual que Schobinger, no plantea ninguna problematización sobre la identidad de estos pioneros y su devenir. La *dispositio* se pone al servicio del orden cronológico articulado con la historia de las instituciones pueblerinas –estructura harto común en las historias locales hasta la actualidad. Su vecino, el esperancino Gastón Gori había comenzado una década antes su producción escrita sobre estos pueblos, dando los puntapiés iniciales a una vasta obra. En un artículo de 1947 ensayó un precursor corte problematizador sobre los pliegues complejos y tirantes de la convivencia en las colonias del inmigrante con el criollo y el indio. Pocos años antes había comenzado con la edición de fuentes inéditas sobre esta colonización, diarios de colonizadores y funcionarios de San Carlos, traducidos por un familiar suyo descendiente de un antiguo administrador sancarlino. Pero sus descripciones e interpretaciones se centraron exclusivamente en el espacio

⁴ Refiere a los ingresos considerables provenientes de la exportación de mercenarios y la emigración militar (Dumas, 2015, pág. 37).

local y regional. Así, lo transcultural, diaspórico, la política exterior suiza y su incidencia no pesaron en términos analíticos.

En esta dirección se alinean los minuciosos trabajos Gabriel Oggier y Emilio Julli (1984) sobre la colonia San Gerónimo Norte en la década de 1980. La obra se detiene en la historia de los comienzos. Su poblamiento a partir de la inmigración espontánea, la labor subsiguiente de su líder étnico en el Valais y el devenir cultural, en particular lo religioso, vertebran el recorrido de una obra que se organiza bajo un estándar cronológico e institucional. Lo valesano/católico es finalmente engullido por un “ser suizo” naturalizado en términos de historia común: gesta militar suiza, tradición rural y láctea, costumbre helvética de la práctica asambleísta, usanza inveterada del campo comunal (“Foralpa” como derivación fonética de “Voralpa”). Sobre lo valesano, el trabajo más reciente de Williams (2014) centró la marca de lo suizo en estos terrenos comunitarios de pastoreo en las colonias, ahondando en la vieja observación de Castellanos, el mismo fundador de Esperanza, de que sin esas cuatro leguas, ninguna familia hubiera venido (Castellanos, 1948) (Lehmann, 2011, págs. 35,36). Entre mediados de 1980 y 1990, Alexandre y Christophe Carron (2009) publicaron una historia de los valesanos a América. Por esos años, Celia Vernaz (1982) (Vernaz & Conte Grand, 1999) iniciaba trabajos bien documentados sobre colonias suizas de Entre Ríos con presencia de inmigrantes del Valais (Vernaz, 1982) (Vernaz & Conte Grand, 1999). Lo suizo se desdibuja en la especificidad del valesano y su devenir temporal como identidad específica al seno de la Confederación Suiza. Auspiciado su traducción por una entidad que nuclea a las familias relacionadas con este origen (EVA), su escritura está más atenta al desglose del ensamblado, en torno a una argumentación que refuerza el sentido de la identidad del fragmento. No obstante la cuestión identitaria sigue encorsetada en los marcos de una ventana transparente, y no en la opacidad inherente a la naturaleza posicional, histórica y mutable del “self” y la otredad. Desde entonces y hasta hoy, aparecieron numerosos y documentados *papers* sobre múltiples aspectos de la colonización y la gravitación de esta inmigración. Pero dominan las expresiones nacionales y religiosas que lo dan por sentado, deteniéndose la semiosis en membretes de origen cuasi arcaicos, acomodando grupidades del pasado en moldes que responden al orden político europeo actual.

De la década del 60 y 70 datan los ya clásico trabajos de Ezequiel Gallo, dedicados a indagar el despegue económico y político de la pampa agrícola santafesina. Sus obras no ahondan puntualmente sobre inmigración suiza. Sin embargo, recalca en especificidades de este colectivo para dar cuenta de su temprana *praxis* política. En dos reconocidos estudios sobre la pampa santafesina sostuvo que

esta práctica era deudora de una tradición que preexistió a su llegada y que daría cuenta de su organización al seno de las colonias, pero también de su participación en reclamos y lides que trascendieron lo local en las postrimerías del siglo XIX. Sin embargo, se limitó a constatarlo y describirlo, deteniendo la explicación en esa vaga sugerencia de que la experiencia de autogestión podría relacionarse con la antigua práctica democrática suiza.

Trabajo más recientes volvieron sobre esta cuestión, pero lo “suizo” permaneció más como señal de tráfico del pacto de lectura que como posición polifónica a partir de la cual se argumenta y se interpela. Diversos trabajos de Sonzogni, Bonaudo y Cragnolino sobre la vida política de estas colonias establecieron un corte entre el proceso de migrar y radicarse, buscando lo singular de la experiencia santafesina. En líneas generales, para estos trabajos la historia de esta colectividad parecería comenzar foja cero con su radicación en las pampas. Críticos al respecto fueron los aportes de historiadores suizos para quienes la investigación comenzaría antes, incluso muchos antes de la antesala de la emigración. En estos trabajos el devenir de esta semántica identitaria se centró en los prolegómenos previos al de su partida. Sus indagaciones postularon el pasaje de un sentido de pertenencia aldeano a otro inscripto en la lógica de esa comunidad nacional en el marco de un cambio que tuvo lugar en el Estado Helvético, en su política exterior signada por la retórica imperialista en boga. Aunque la documentación es profusa, suelen escasear las fuentes producidas por los mismos suizos de la diáspora. Los trabajos de Arlettaz introdujeron un interface para impulsar el dialogo entre lo producido aquí y allá. Desde la década de 1990 su textos habilitaron un uso más consciente y crítico de lo identitario en microanálisis sociohistóricos ensayados en nuestro país por noveles historiadores. Inspirados en los aportes de los historiadores suizos, Osella y Severi (1996) analizó la historia de la constitución de La Sociedad Helvecia de Córdoba, Mengarelli y Wullschleger (1997) la colonización suiza en Roldán, Williams (1998) (2014) las colonias primigenias santafesinas, Bishoff (2013) el sureste cordobés, Remonda (2009) lo helvético en Bahía Blanca, Gallero (2010b) y Zang (2017) la inmigración suiza en Misiones y Mauron (2006) el derrotero de esta colectividad en Baradero. A modo de repaso general, uno de los más recientes fue el artículo de Frid (2013). Esta historiadora esbozó el devenir histórico del país de emigración, sorteando los límites inherentes al formato. Más marcadamente que trabajos anteriores, ahondó para dar cuenta de sus singularidades en los procesos históricos que atravesó Suiza en sus campos sociales, económicos, jurídicos en el siglo XIX y XX.

Recientemente, historiadores económicos se ocuparon de lo étnico pero ciñéndolo a su papel en la expansión agrícola. Por ejemplo, enmarcado en su inserción rural como “colonización étnica” regido por una definición laxa que agrupaba a las familias agrícolas el reparo de una tradición común. Según ellos, las compañías o empresas que invirtieron en instalar colonias con este perfil, habrían contado con ciertas ventajas productivas, debido a una circulación más fluida y confiable de la información, al contar con líderes que cumplieron un rol en la toma de decisiones sobre tareas agrícolas y comercialización, y en la organización de la cotidianidad en torno a instituciones educativas y religiosas (Djenderedian, Bearzotti, & Martirén, 2010b, págs. 717-718). En esta denominación cabría la colonia valesana de San Gerónimo Norte o las más tardías fomentadas por el Barón Hirsch en Entre Ríos con judíos de la Europa oriental. Una de las más exitosas productiva y organizativamente en Santa Fe hacia los 90 fue el establecimiento ovino y agrícola La Germania de Guillermo Nordenholz (Djenderedian, Bearzotti, & Martirén, 2010b, pág. 857 y 858), surgido como colonia bajo la cláusula de enrolar sólo europeos del norte de confesiones disidentes (Wilcken, 1873).

Otros trabajos no citados en este apartado nos aportan información valiosa. Gallo ya había advertido la importancia de estas historias locales para algunas de sus hipótesis. Pero mucho de ellos más que sobre el proceso inmigratorio focalizaron sobre las instituciones helvéticas (Alvarez, 1995) (Álvarez, 2010) (Benedetto & Vadillo, 2010) (Buchmann, 1966) (Cervera, 1956) (Grenón, 1945) (Massa de Ochstadt, 2014) (Mengarelli & Wullschleger, 1997) (Müller, 1998) (Kaufmann, 2000) (Kaufmann, 2010) (Kröhling, 2013) (Kröhling Kieffer, 2018) (Palacios, 1971) (Russi, 2008). Por otra parte, sólo tangencialmente nos ocuparán algunas de las muchas obras que desde el terreno de la ficción reescribieron la llamada gesta colonizadora de los suizos. Nos referimos a los textos literarios de Battú (2006) (2010), Mateo Booz (1999), Heer de Beaugé (1945) (1956), Gori (1958), Jouve (2007), Mackey Durando (1945), Pedroni (1999), Tron (2004), Zapata Gollán (1938) por citar algunos, y a la extensa producción pictóricas, teatral, musical. Sucintamente son éstos algunos de los antecedentes de nuestra investigación. Lejos de agotarlos, iremos sumando voces para cruzar construcciones *etic* con las estelas discursivas que dejaron quienes fueron agrupados bajo esta categoría nacional ¿Quiénes son? ¿Qué continuidades fueron establecidas para hablarse a lo largo de los años en estos términos? ¿Se colaron sus decirse en las tramas textuales de las intervenciones historiográficas? ¿Cómo devinieron sus posiciones identitarias en función de las diferencia coyunturales?

Como hemos mencionado, problematizar la construcción de esta identidad en los análisis historiográficos conforma nuestro primer interés. Seguir desde los asentamientos de inmigrantes del centro santafesino las mutaciones de esta “grupidad” con la ambivalencia que le atañe, de inmigrantes deseados a revoltosos extranjeros, y en la singularidad de verse suizos desde aquí, argentinos afectados por un legado helvético o suizos con un pasado argentino.

Lo que sigue husmea los rastros, las huellas de estos inmigrantes en documentos y tradiciones pueblerinos y escritos domésticos. Sus desvelos y claudicaciones, las tensiones entre transmitir su legado y los nuevos imperativos que la realidad del trasplante imponía día a día, con su hijos argentinos, regidos por un Estado que se vuelve más capilar en su control, más intransigente contra su otrora aceptación a su autodeterminación. El definitivo ingreso productivo de estos campos monótonamente ricos ratificó la imagen de “desierto”. Cuando los primeros arados sacaron a la luz superficiales piedras de diversos tamaños, formas y disposición – utensillos líticos, hubo colonos que lo significaron, siguiendo tradiciones europeas, como vestigios de fuerzas cósmicas. A su vez, la población criolla adjudicaba los restos óseos de la fauna pleistocénica de la región a una antigua raza de gigantes (Zeballos, 1985, pág. 25). *Mutatis mutandi* esos pasados legendarios excluyeron al indio.

LA COLONIZACIÓN AGRÍCOLA EN SANTA FE

“El viejo río reposaba sereno, en toda su anchura, a la caída del día, después de tantos años de buenos servicios prestados a aquella raza que habitaba en sus orillas. Derramada en la tranquila dignidad de un camino líquido que llevara a los últimos confines de la tierra, contemplábamos la venerable corriente no en el vívido flujo de un corto día que viene y parte para siempre, sino en la augusta luz de la memoria constante.” (Conrad, 1977, pág. 8)

La hibridez de las colonias, la insinúan esa profecía hacia el pasado de la hibridez de esas mulas que forjaron la fortuna de la Santa Fe colonial. Un exponente nativo de la “vanguardia capitalista” en estos lares, como el salteño Aaron Castellano, cuya familia se había dedicado a la invernada de ganado mular proveniente de la entonces pequeña Santa Fe, tras varios emprendimientos osados⁵ se concentró en dos propuestas ambiciosas destinadas a modificar estrepitosamente la provincia. La

⁵ Por ejemplo, el de sus intentos de navegación del Bermejo que le costará la prisión en la Paraguay de Francia

construcción del tendido férreo que uniría Rosario con Córdoba y la creación de colonias en el *hinterland* de Santa Fe fueron gestadas bajo la lumbre prometeica de la Constitución de 1853 y del Leviatán de 107 articulaciones y tres fauces (Martínez Estrada, 1957, pág. 168). Si el primero naufragó en la oscuridad de negociaciones, presiones y simulacros de oportunistas, objeto de sus denuncias en un opúsculo posterior, el segundo significó para el empresario una suerte de fracaso exitoso, y para la provincia y la Confederación Argentina una “prometedora” carga pesada.

El trato con el gobierno firmado en 1853 no se cumplió. La 32 leguas de tierra que debían entregársele a Castellanos por su inversión fue sólo parcialmente cumplida tras su muerte (Lehmann, 2011, pág. 256 y 257), en tanto que las mil familias europeas que se comprometió a traer no pasaron de cien. Pero Esperanza se fundó. Tras una travesía de 50 días, entre febrero y mayo de 1856 arribaron a Santa Fe las 1161 personas que componían el convoy de 1395 que partieron desde Dunkerke y Amberes. Tras debates sobre su emplazamiento, se instalaron finalmente en un paraje a la vera del río Salado, modificación no tan descabellada si partimos que por entonces esa corriente fluvial era considerada navegable y el lugar visto como relativamente seguro por la proximidad del fortín de Reyes. Entre tormentas y maldiciones por el incumplimiento de la localización original, Esperanza se coronó con los honores de asentamiento primigenio, discutidos sólo por la colonia bonaerense de Baradero improvisada con inmigrante fribugueses que no pudiendo sumarse a la epopeya esperancina⁶.

Castellano recordaba su proyecto de colonización en la Patagonia durante el gobierno de Rivadavia que Rosas echó por tierra con la disolución de la Comisión de Inmigración (Lehmann, 2011, pág. 19). Mientras la Santa Fe de López se agitaba en el torbellino de guerras intestinas, las intenciones de crear un núcleo agrícola en Coronda se perdía en la borrasca. En 1855 Augusto Brougnez se descorazonaba con las remesas de europeos que enviara a la fallida Nuevo Burdeos en la Corrientes de Pujol, mientras Chivilcoy, pilar de la producción agraria celebrara su declaración como pueblo elegido para encabezar la cruzada contra la barbarie y sentar las bases para el desarrollo de otro mil, como dijera un Sarmiento inspirado por la “democracia

⁶ Con Baradero se abrió en la historia agraria el capítulo de la “colonización radial” ejidal, en término de Latzina. Hasta entonces habían existido intentos fallidos como los de 1825 y 1826 de instalar comunidades agrícolas pobladas por inmigrantes en la provincia de Buenos Aires. En los comienzos ninguno de los emprendimientos de las llamadas “colonización periférica”, es decir, en áreas nuevas y lejanas de las vías de comunicación vigentes, pudieron afianzarse en el tiempo.

rural” norteamericana. Pero ese espejismo sarmientino preñado de buenos presagios se emplazará cuatrocientos kilómetros más al norte, en otra jurisdicción provincial, en otro Estado -La Confederación Argentina de Urquiza- y como colonia en lugar de “centro agrícola”. Regida por el trazado de Brougnez (Williams F. , 2014, pág. 121) emergía como dijimos Esperanza bajo una lógica diferente a la del *homestead* chivilconense (Djenderedjian, Bearzotti, & Martirén, 2010a, pág. 114).

Pero el contrato no sólo no se cumplió en el punto que versaba sobre la recompensa que le correspondía a Castellanos, ni respecto al lugar pactado. Al llegar a Santa Fe, las familias no tenían sus casas terminadas en la colonia, por lo cual debieron aguardar en la casona de una tradicional familia santafesina. Adaptando el plano de Brougnez se estableció que sus veinte cuadras dispuestas en plano ortogonal quedaban divididas en dos, una parte para francófonos y otra para germanohablante, separados por una lonja o “calle ancha” destinada a servir de campo comunal. Este últimos es un punto interesante porque justamente los conflictos vecinales pronto mostraron que la “identidad emblemática” pasaba más por la adscripción religiosa, que por la lingüística, y que la “incomunicación”, más que idiomática, era cuestión de credos –al menos, en su primera gran segmentación, la de católicos y disidentes.

Sin los animales de labranza convenidos y sin los ranchos, la demora en los comienzos del trabajo perjudicaron al empresario que cifraba en el tercio de las cosechas la recuperación de su inversión. Castellanos rompió contractualmente en mayo de 1856. Su alejamiento se vivió entre los colonos como una brisa reparadora con la noticia anexa de que el Estado disminuiría parte de la cosecha a entregar. Un año después se anularía el tercio, resarciéndolos por los incumplimientos gubernamentales con la duplicación de los animales de trabajo entregados a cargo del Estado nacional. Si la fama de Castellanos pareció oscurecerse entre los colonos en una nube de chismes y rumores, la del gobernador Cullen se benefició tras los nuevos rumbos. Sus visitas domingueras y este giro contractual justificaron el galardón de “Protector de los colonos”, relegando al olvido los inicios conflictivos que, según el empresario, casi los movilizaron armados a exigir al gobernador respetara el contrato. Con el correr de los años, la figura de Castellanos se recuperó, ocupando el centro de toda la monumentalidad, bautizado con su nombre un departamento provincial, innumerables calles de ciudades, y su misión civilizatoria guarnecida de toda duda.

Los trabajos agrícolas en Esperanza estuvieron durante varios años lejos de rendir lo esperado. En su lugar, la desorganización cundía y la bebida opacaba la idealización de estos inmigrantes promovida por la “nordomanía” de las elites. Mientras en sus Bases Alberdi sentenciaba que “cada inmigrado del norte vale por

tres de la Europa del sur”⁷, Castellanos argumentaba que su elección respondía a que vascos e italianos ya conocían medianamente el Río de la Plata. No así los de Alemania, Suiza y norte de Francia, quienes hasta entonces habían centrado su interés por los Estados Unidos, y de los que afirmaba eran los que más habían contribuido a su grandeza (1948, pág. 117). Esta elección se reforzaba con otro “prefabricado”: estos emigrantes nunca tomarían partido en nuestras convulsiones políticas, como sí lo habían hecho los del mediodía europeo (1948, pág. 32)

Sarmiento ya había entrevisto en sus viajes las ventajas de esta parca y laboriosa inmigración que contrastaba con la supuesta indisciplina criolla para las labores agrícolas. Cómo sea, el éxito de la convocatoria se conectaba con retablos históricos del otro lado del Atlántico. A poco de resolver su mayor conflicto político y militar del siglo XIX (*Sonderbundskrieg*), Suiza atravesaba entonces los umbrales de una grave crisis agrícola, consecuencia de modificaciones en los procesos de división hereditaria que afectaban a las superficies más pequeñas, el ingreso de cereales baratos de Europa oriental y de ultramar y de cambios en la política financiera que dificultaban la obtención de créditos a campesinos y artesanos (Fahrni, 1983, págs. 62, 69). De esa Suiza golpeada que visitó Sarmiento llegaron los primeros ecos asertivos para poblar el “desierto”. Bajo ese “neolítico pampeano” auspiciado por el lema el “arado civiliza y el arado embrutece”, se emitía el primer sello postal argentino con el ícono de la diosa romana de la agricultura. En sintonía con el destino que las elites aguardaban para una idea de nación en ciernes, la casa Beck-Herzog, con la Vaderest y Textor, una de las responsables de contratar emigrantes para Esperanza, daban sus primeros pasos en una ríspida competencia con otras agencias que publicitaban otros destinos.

Las empresas que propiciaban a la Argentina debieron en primer lugar contrarrestar la imagen negativa que promovía la competencia. Aquellas que publicitaban la inmigración a Estados Unidos se empeñaron en difundir la imagen de la Argentina como tierra de indios, enfrascadas en guerra fratricidas y con el facón gaucho como espada de Damocles para todo extranjero. Frente a estos embistes, la compañía de Charles Beck & Aquiles Herzog ensayó con la publicación y difusión de cartas de inmigrantes ya radicados en Santa Fe consiguiendo buenos resultados. En un clima menos hostil, la Argentina comenzó a dejar de ser el destino ignoto y peligroso, esa *Affenland* (tierra del mono) según murmuraban cetnotextos, para volverse el país de Jauja o *Schlaraffenland* -acepciones próximas que permiten pensar

⁷ Juan Bautista Alberdi, *Vida de William Wheelwright*, editorial Emecé, Buenos Aires, 2002, p. 162.

en la posibilidad de una “deformación” auditiva intergeneracional o en una transformación irónica.

Este trabajo de difusión debía atender muy especialmente al trauma social que representó ese primer ensayo de emigración a Brasil y, más fresco aún, el fracaso rotundo de la emigración de Argelia, que abrió un ajetreado debate político al seno de la Confederación Suiza con tintes y cuestionamientos morales sobre la acción de estos empresarios y las consecuencias de lo se llamó “el desangre de ciudadanos” y su contracara, el arribo de inmigrantes no deseados.

Cuándo esta tormenta puso en vilo su rentabilidad, la agencia Beck y Herzog emprendió su propia aventura colonizadora en tierras próximas a las de Esperanza. Beck se radicó junto a su esposa en la ciudad de Santa Fe para llevar adelante su proyecto. Su colonia se alinea con experiencias urbanísticas de mediados del siglo XIX pensadas para la clase obrera y media como fueron la “aldea modelo” en Inglaterra y su sucesora la “ciudad jardín”. Ambas formas de habitar respondían a los desvelos de sectores de las elites por descomprimir las ciudades en el marco de la llamada “cuestión social”, apuntando al autoabastecimiento un entorno saludable, moral y estético⁸. Cuando Perkins (1864) visitó San Carlos a comienzos de la década de 1860 quedó encantado con sus jardines y huertas. Esas flores vulgares y brillantes que tanto gustan a los pobres de Europa se volvían indicios de una dignidad que no encontraba en Esperanza. En los lacónicos apuntes de Beck (1954) el estado del jardín y la huerta se volvían un signo clínico del grado de progreso y civilización alcanzado por la familia colona.

Estas aspiraciones higienistas las tuvo en mente Beck para persuadir a la población de las ventajas de emigrar pero también para llevar adelante una meticulosa selección y conseguir el apoyo federal/cantonal/comunal. Además de los eventuales auxilios económicos que era dable esperar de instituciones sociales y políticas en pos de la emigración, los panfletos de esta empresa afirmaban que los emigrantes mejorarían su calidad de vida sin menoscabo de su sentimiento de nacionalidad. La emigración devenía una herramienta de control de la población eficaz para evitar que marginados y disconformes se sumaran a las filas de agrupaciones radicales que amenazaban la paz social. Mientras Beck insistía en las ventajas que para la Argentina

⁸ Si aldea modelo buscó que las clases obreras vivieran y trabajaran en poblaciones pequeñas con instituciones que satisficieran sus necesidades en un medio saludable, la ciudad jardín lo retomó pero con la clase media y los empleados especializados. Esta última intervención urbanística puso el énfasis en la importancia de los solares más grandes para aprovecharlos con cultivos diversificados regidos por criterios de salubridad y estética.

significaba la inmigración europea, su esposa Lina Beck Bernard escribía novelas y relatos autobiográficos desde los tropos humboldtianos de la exuberancia de la naturaleza, la poesía de los desiertos y el exotismo de los rioplatenses. Pero casi nunca sus escritos reparaban en la suerte de sus compatriotas, ese puñado de colonos implantados sin la cuota de aventura, intrepidez, valentía y libertad con el que la mirada romántica fantaseaba. Los semas del *pioneer* se encarnaban, como en su novela de 1864 *La Estancia Santa Rosa*, en un caballero inglés, exponente de los valores de la civilización burguesa, responsable y científica cuya cúspide mundial la representaba ese país, aquejado por otro tipo de miseria, la del *spleen* que sufrían las clases dominantes europeas a la que misma Lina y su marido pertenecían⁹.

Pero no sólo fueron burgueses europeos los osados demiurgos de estas colonias. También hubo vecinos santafesinos que se interesaron muy tempranamente por las ventajas que podían lograrse de experiencias como la de Beck. El latifundista e influyente santafesino Ricardo Foster, había ofrecido en 1857 gratuitamente tierras de su estancia Las Tunas vecina a San Carlos para conformar San Jerónimo Norte. Poblada en sus inicios por cinco familias suizas migrantes del Valais, a partir de 1861 por la acción del colono Lorenzo Bodenmann, líder étnico y agente encubierto en su cantón natal, se fueron sumando sucesivos contingentes de valesanos. Junto a Baradero representa una de las primeras experiencias de “inmigración espontánea” bajo la lógica de la “cadena migratoria”. Pero a diferencia de aquella no surgió en torno a pueblos preexistentes -colonización ejidal- característico de las tierras bonaerenses de pan llevar. Al igual que las otras colonias del *hinterland* santafesino y rosarino, el núcleo urbano se formó con el progreso del emprendimiento agrícola (Williams F. , 2014). Productivamente San Jerónimo Norte fue uno de los más emblemáticos y duraderos casos de un modelo granjero, combinando la industria láctea con una producción intensiva diversificada. Un viajero que la visitó decía que entre estos colonos prevalecía un orgullo asociado a la cantidad y calidad de sus cabezas de ganado. Su mayoría se ufana de ser tan ricos como el más rico de su aldea natal (Oggier & Julli, 1984, pág. 162).

Mientras Beck trababa relaciones con las elites santafesinas y el gobierno de turno, su socio Herzog convocaba en Basilea a empresarios locales a invertir en acciones para conformar la *Schweizerische Colonisations-Gesellschaft Santa Fe*. Por contrato la provincia cedía 20 leguas, que luego no fueron reales -lo que suscitó

⁹ Charles Beck Bernard provenía de un antiguo linaje aristocrático de la ciudad de Basilea (Gschwind, 1945). Había nacido en Ámsterdam en 1819 y se había casado con la alsaciana Lina Bernard en 1852, añadiendo éste último apellido al suyo (Gschwind, 1935).

reclamos en años siguientes, como pago por la radicación de 50 familias a partir de los dos años de otorgado el título y 250 al cumplirse el quinto año. Esas tierras eran entregadas exclusivamente para colonización agrícola y emprendimientos industriales, a diferencia del contrato con Castellanos que lo habilitaba para explotarlas como estancia.

La colonia San Carlos de Beck y Herzog representó en comparación con los anteriores proyectos colonizadores la más acabada experiencia medida con el rasero de la moderna empresa capitalista. A diferencia de Esperanza, en la cual el gobierno se hacía cargo de la construcción de los ranchos y la entrega de animales, estas obligaciones eran responsabilidad de la empresa, quien concedía “gratuitamente” animales, materiales de construcción y alimentos durante el primer año. San Carlos fue una empresa que debía desarrollar su ganancia en la misma explotación agrícola, reduciendo las posibilidades de especulación en la medida que toda su extensión debía ser colonizada. Mientras que San Jerónimo Norte surgió por el impacto que tendría la colonización en la revaloración de la estancia de Foster, San Carlos respondió a amortizar la inversión y obtener una jugosa ganancia en el corto plazo. En esta dirección apuntó su perfeccionamiento, su plan racional puntualizado en la disposición de la superficie, la instalación de una granja modelo (*Musterfarm*) y una administración, la supervisión permanente de un ingeniero agrónomo y la selección de las familias emigrantes.

En esa novedad que fue la granja central se experimentaba con tecnología y cultivos, en una etapa de producción diversificada, dirigida al autoconsumo y regida por una economía de intercambio. El futuro granero del mundo todavía importaba cereales. Restaban dos largas décadas para que la especialización triguera, a través de las variantes Barletta y Candeal, justificara el epíteto. Pero el proceso social que la acogería había comenzado. El trabajo experimental de esta granja y los ensayos en las parcelas familiares irán constituyendo ese capital de saberes sobre siembras, calidades de semillas, control de plagas, rendimiento y ajustes tecnológicos que Martirén (2016) denominó *know-how*. Los *Feldarbeiter* poco a poco, pero con apremios, se volvían colonos (Frid, 2013, pág. 16).

En noviembre de 1858 se instaló la primera familia de agricultores en la aún innominada San Carlos. A lo que se le fueron sumando 44 en 1859, 61 en 1860 y unas 50 más entre 1861 y 1872. La inmigración de origen suizo imperó con familias provenientes de 11 cantones diferentes, predominando las de Valais, Berna, Basilea y Lucerna. Hacia 1864 de una población de 728 habitantes, 410 eran suizos, 200 italianos, 95 franceses y el resto de otros orígenes. Para 1872 la población de San Carlos rondaba

los 1.992 habitantes, de los cuales 1.024 correspondían a italianos, 501 a suizos, 305 a argentinos –en su mayoría hijos de los colonos inmigrantes, 117 a franceses, 18 a españoles y el resto a otras nacionalidades (Gschwind, 1958, pág. 60). La firma de Juan Barbe figuró como la principal proveedoras de familias inmigrantes. Y aunque existían vínculos contractuales entre ambas firmas, se buscó mantener cierta independencia entre la compañía de tierras y su agencia de colonización (Schobinger, 1957, pág. 129).

Por la buena imagen de la empresa Beck & Herzog no faltaron postulantes para sumarse a los diferentes convoyes de emigrantes con destino a San Carlos. En la primera mitad de junio de 1858, la compañía enviaba a ciudadanos basiliense y de otras ciudades un documento titulado *Project zur Gründung von Schweizer-Colonien in der Argentinischen Republik*. Allí se aseguraba la existencia de condiciones propicias para fundar en las pampas una Segunda Suiza, apoyándose en la existencia ya de muchos compatriotas, el clima semejante, los campos fértiles y la posibilidad de continuar con la arraigada costumbre helvética de las manufacturas derivadas de productos ganaderos. Se transcribía cartas esperancinas publicadas por el consulado argentino destinados a rebatir las difamaciones difundidas en panfletos o libros como el de Jacobo Jaeggy Gybert “El amigo del emigrante” (El Colono del Oeste, 1879). No faltaron tampoco cuestionamientos que llegaban desde el seno mismo de las colonias. Así frente a la épica del pionero, encontramos la elegía de la derrota del zapatero esperancino Jacquin quien, en un poema epistolar publicado en Europa, instaba a su hermana a no emigrar .

Contractualmente la empresa se comprometía a entregar una parcela de 20 cuadras (30 hectáreas aproximadamente)¹⁰, alimentos hasta la primer cosecha, los materiales necesarios para construcción del rancho, los animales de labranza y uso doméstico¹¹ y las semillas¹². Para conservar los derechos durante los cinco años los colonos debían además del tercio, cultivar una extensión no menor a las 720 áreas (7,2 ha.) en el primer año, hasta llegar a las 1.800 en el quinto. Entre las cláusulas del contrato figuraba que una vez llegado a 50 el número de familias, la sociedad debía ofrecer servicios religiosos una vez por semana y supervisar el funcionamiento de una escuela durante al menos tres de los siete días. Otros artículos establecían la

¹⁰ Los documentos de la colonia utilizan la medida *Juchart*, equivalente a 0,35 hectáreas (Schobinger, 1957, pág. 133). Como aún no está unificado el país bajo una medida, la utilización de distintas unidades de peso y longitud sin duda generaba importantes confusiones.

¹¹ Compuesto por 4 bueyes, 2 caballos y 2 vacas lecheras con sus respectivas crías.

¹² Maíz para 720 áreas (7,2 hectáreas); maní para 144 áreas (1,4 hectáreas); trigo para 360 áreas (3,6 hectáreas) y hortalizas varias para 72 áreas (0,7 hectáreas).

conformación de un reglamento disciplinario regido por un tribunal constituido por el administrador, en calidad de presidente, y dos jueces elegido por los vecinos. También se detallaba una suerte de codificación de castigos de acuerdo a la ley infringida y a la reincidencia del delito, que iban de la simple amonestación o multa a la expulsión.

Como eco de la participación de esperancinos durante las revueltas contra Cullen, regía la prohibición tajante de inmiscuirse en cuestiones políticas nativas. Para evitar estos inconvenientes se les impedía ausentarse del núcleo agrícola sin previo aviso y la empresa vigilaba celosamente la compra y venta de armas. Pero el control más severo recaía en la colecta del tercio. Por el artículo 17 se prohibía cosechar sin previa notificación, a guisa de ser echados. Uno de los pocos despidos se dio por la violación justamente de este artículo, según lo explicaba Beck en sus apuntes sobre el desempeño de las familias entre octubre de 1859 y marzo de 1861. El parte del 10 de julio de 1860 justificaba la expulsión de los Kappeler: “Por su mal comportamiento contra la administración y por haber dispuesto de la tercera parte de la cosecha que pertenece a la Administración, sin ser autorizado para ello, ha sido despedido de la colonia...” (Beck, 1954, pág. 45).

Mientras Beck preparaba su renuncia como presidente¹³ tuvieron lugar una serie de hechos que marcarían un antes y un después en la historia de la provincia. Por un lado, las expediciones de relevo de Perkins al norte de Santa Fe, en el marco del “redescubrimiento del gran Chaco”. Recordemos que por entonces voces autorizadas como las del biólogo Karl Hermann Burmeister consideraban a estas tierras como las más feraces. Una opinión extendida y reproducida por medios nacionales aseguraba que en sus fauces se albergaban ricos yacimientos de carbón. Los años mostrarían que “Eldorado” no estaba en el chaco subterráneo; el tanino extraído del quebracho marcó el rumbo del norte provincial durante medio siglo. En segundo lugar, ese año se creó por decreto presidencial la Comisión Promotora de Inmigración con el objetivo de “fomentar la inmigración en el interior de la República” con sede en Rosario. La elección de esta ciudad fue consecuencia de la inauguración en 1863 de los trabajos para el tendido ferroviario que la unirían con Córdoba, en la que fue la obra más trascendente de la década, llevada adelante siguiendo los planos realizados por Campbell en 1855.

¹³ Años después comenzaba su periplo como cónsul honorario argentino en Suiza. Su situación económica precaria, y su importante labor para el país, instaba al gobernador Iriondo en 1877 a pedir a los colonos un auxilio pecuniario para su protector,

Todos estos proyectos estaban conectados social y comercialmente. Sus hacedores legales configuraron la “vanguardia capitalista” de los campos santafesinos (Pratt, 1997). Mientras que Castellanos y Perkins compartían el *staff* de la Comisión Promotora de la Inmigración, Beck oficiaba como uno de sus funcionarios en Europa. El politropo Perkins, futuro ejecutivo de la compañía, pujaba por la obra desde su periódico *El Ferrocarril*, publicitando el apoyo a Wheelwright e instando a los rosarinos a realizar aportes, mientras Castellanos no cejaba de proclamarse su ideólogo.

La ejecución de la obra estuvo condicionada por el otorgamiento a la empresa de una legua a cada lado de la vía como forma de pago. Contractualmente estas leguas estaban destinadas a la colonización a cargo de la *Central Argentine Land Compaenny*. Esta empresa con sede en Londres, figuraba como independiente de la del Central Argentino, aunque por clausula no podía acoger accionistas externos. Vigente hasta 1887 cuando fue vendida a la *Argentine Land and Investment Co.*, la función de esta empresa fue administrar las 346.727 hectáreas concedidas por el Estado. Las críticas llovieron desde un principio en lo que se juzgó una entrega cerril, aunque las pruebas aportadas por historiadores a partir de su comparación con otros países las encontraron razonablese incluso menos onerosas (Djenderedjian, Bearzotti, & Martirén, 2010a, pág. 158).

Poco tiempo antes de habilitarse su tendido habían arribado ya unas 25 familias embarcadas por Beck. Desde entonces, sucesivas remesas de suizos llegaron destinados a poblar campos lindantes con las estaciones de Roldán y colonias vecinas. Hacia los años 1860 esa gigantesca llanura estaba socialmente jalonada apenas por postas dispersas y cascos rústicos de estancias, algunos caseríos criollos como el de los Desmochados y un puñado anglo-alemanes allegados a la empresa ferroviaria que adquirieron desde extensos campos hasta pequeñas pulperías. Hacia finales de esa década Armstrong y Williams Kemmis sumaban vastas leguas mientras que el ingeniero Wheelwright, máximo representante de la compañía, visitaba a sus familiares en Cañada de Gómez (Álvarez, 1975).

La organización de la colonia respondió en mucho de sus puntos al reglamento acuñado para San Carlos y a la experiencia en el rubro que su director Perkins venía atesorando como periodista e integrante de la Comisión de Inmigración de Rosario. En primer lugar, al igual que lo dispuesto por Beck, las familias que llegaban tenían dispuesta la vivienda y las herramientas. La empresa les otorgaba una casilla de madera, una rastra, un arado, semillas, armas, un cajón de balas, carne, harina y el

dinero necesario a un interés de 10 % anual para subsistir hasta la primera cosecha¹⁴. Pero a diferencia de San Carlos, los colonos no sólo adquirirían chacras de 20 o 25 cuadras¹⁵. De acuerdo a su capital, podían además arrendar lotes. Las parcelas tenían una extensión de 20 a 40 cuadras que el inmigrante conocía recién a su llegada. Poniendo en práctica lo que desde años atrás venían pregonando Perkins y Beck, las operaciones entre la administración y los colonos se hicieron principalmente en dinero. En caso de comprarlas se les cobraba a razón de 20 pesos fuertes por cuadra, incluyendo el valor de la vivienda. Los plazos para el pago de la propiedad estaban estipulados en 10 % al contado, 15% el segundo año y 25% los años sucesivos, sumándosele un 10% de interés anual por atrasos. De optar por arrendar, el colono debía abonar 20 pesos fuertes al año por cada chacra de 20 cuadras.

En sintonía con el concepto sancarlino de tecnología social, la Compañía de Tierras dispuso la creación de un asilo de inmigrantes en Roldán y de una granja modelo. Ante la escasez de árboles, el abastecimiento de leña y madera se tornó uno de los puntos más sensibles. Pero a diferencia de la colonia de Beck, cuyo abastecimiento se logró con lentos viajes a los montes lindantes, en las del Central se sorteó ágilmente por medio del ferrocarril¹⁶. Otra diferencia respecto a San Carlos fue la exigencia de un desembolso de dinero al contado con el objeto de estimular la inmigración espontánea y evitar la llegada de inmigrantes no deseados, esos que, al decir de Perkins, derrochaban recursos del país en lugar de inyectar “anticuerpos” contra los inveterados vicios nativos (Djenderedjian, Bearzotti, & Martirén, 2010a, pág. 141 y 142). En pos de esta política, figuraba la exigencia de que los interesados debían poder costearse el viaje o bien solventarlo vía alguna sociedad de beneficencia o entidad política nativa -recordemos que la compañía de Beck facilitaba el adelanto para el pasaje. Desde su llegada al puerto de Buenos Aires, la empresa corría con los gastos del traslado a Rosario y desde este punto a la concesión designada por el administrador con la aprobación de Perkins.

Pero la diferencia capital fue la anulación del “tercio”. Esta modalidad ya había sido abandonada por los sucesores de Beck en la fundación de colonias satélites. Además, en la colonias del Central, no era condición que el agricultor vendiese su producción a la administración, sea cual sea su forma de tenencia –propietario o arrendatario. En caso de optar por comerciar con la empresa, se le respetaría al colono

¹⁴ Guillermo Wilcken, *Las colonias. Informe sobre el estado actual de las colonias agrícolas de la República Argentina*, Buenos Aires, 1873, p.149.

¹⁵ “Antecedentes biográficos de Roldán”. En Agustín C. Podesta y José Locicero (Ed.), *Álbum biográfico del Departamento San Lorenzo*, Rosario, 1935.

¹⁶ *Ibidem...*

el precio de mercado. Así dos *knows-how* se retroalimentaban; el empresarial con la mira puesta en la optimización del emprendimiento a partir de la selección de familias, el diseño de la colonia, la administración del canon; y el del agricultor, dinamizado por la capitalización *hic et nunc* de experiencias productivas y sociales. Con la monetarización del canon, la obtención de arados adaptados a la ecología pampeana se volvió imperioso para empresas agrícolas que depositaron en las herramientas adecuadas su mejor garantía de cobro. Lejos iba quedando la improvisación que regía apenas una década atrás cuando bastaba con los arados que emigraban con las familias. Estos avances, a lo que se sumaron el perfeccionamiento de las técnicas de selección de semillas y cultivos y las modificaciones en el plano de la colonia para facilitar adquirir parcelas anexas, configuraron un parteaguas en la historia de la colonización.

Las llamadas colonias primigenias del *hinterland* santafesino más un puñado de sus satélites¹⁷ y de las fronterizas del noroeste santafesino¹⁸, tuvieron en común una significativa presencia de suizos. Los cantos de sirena más tardíos llegaron del núcleo más antiguo de las colonias del Central Argentino, y de algunas de sus subsidiarias tales como Iriondo, Medici, Hansa, Germania. En la jurisdicción Roldán que incluía hasta 1876 a San Jerónimo Sud, y en menor medida en Carcarañá, esta corriente prevaleció. No así, sobre el mismo tendido, en las colonias contiguas de Cañada de Gómez y Tortugas en donde predominó la colectividad italiana y en menor medida la española, tendencia que continuó profundizándose con los años. Para 1880 el arribo de suizos se limitó a familiares o amigos de aquellos ya asentados. Desde entonces sus movimientos fueron principalmente internos. Los guarismos nos muestran a colonos emigrando del campo a la ciudad ovendiendo sus lotes para comprar otros más grandes en zonas menos cotizadas.

Se han propuesto múltiples periodizaciones atendiendo a múltiples indicadores, separados o combinados: la inserción social en el área rural, el rol del Estado, las características de los emprendimientos privados, la modalidad de explotación y sus relaciones con el avance tecnológico, la acción de otros actores y su

¹⁷ Surgieron por iniciativa de agricultores enriquecidos de las llamadas “colonias primigenias” o por estancieros decididos a ensayar esta forma de explotación

¹⁸ Estas colonias se originaron a partir de las tratativas con el gobierno de colonos como Kaufmann, Sager o Romang, quienes contaban con tiempo ya de residencia en las colonias más antiguas. Su función era pues consolidar el avance militar sobre la frontera, colaborando en la persecución de los debilitados grupos indígenas a través de incursiones sangrientas en las tolдерías. De allí su mote de cazadores de indios.

conexión con el mercado, y, más difusamente, la incidencia y periodización de distintos flujos inmigratorios.

Como las etapas sugeridas atraviesan nuestro corte temporal esbozaremos una presentación sintética. Retomando a Latzina, Gallo propone una clasificación de cuatro modalidades de colonización. Las “colonias oficiales” alcanzaban a aquellos núcleos agrícolas establecidos por empresarios privados pero bajo control del gobierno, a diferencia de las “gubernamentales” donde no mediaba la ganancia del empresario. Por otro lado, estaban las llamadas colonias “privadas” donde, por el contrario, la intervención oficial se ceñía a la mera exención o reducción del impuesto por un determinado plazo de tiempo. Para Gallo las modalidades oficiales y gubernamentales predominaron en los comienzos gestando colonias como Esperanza. A partir de 1870 esta variante iría perdiendo relevancia en beneficio de las llamadas “privadas” y desde 1895 de las “particulares” (Gallo, 1984, págs. 68-72). Se ha advertido que esta clasificación no siempre acertó con la “historia concreta” de las experiencias, obturando innumerables grises¹⁹. Por ejemplo, sobre las modalidades oficiales y gubernamentales, historiadores contemporáneos la pusieron en duda partiendo de la precariedad del Estado provincial a mediados de siglo XIX (Djenderedjian, Bearzotti, & Martirén, 2010a, pág. 127 y 128)

Interesado en la dinámica del mercado de tierras santafesinas, Martirén (2016) propuso una distinción en términos de colonias primigenias y satélites en el *hinterland* santafesino primero y rosarino más tarde. La Guerra del Paraguay y el proceso inflacionario que desató la demanda de trigo y maíz en el frente bélico, estimuló un proceso de nuevas inversiones en tierras más alejadas. Los inicios de década del 80 marcaron una bisagra en la historia agraria. Sus puntos destacados fueron el límite a la expansión de la frontera del centro y sur provincial, los avances técnicos en la explotación agrícola, la madurez fundiaria, la creación de un mercado de crédito por medio instituciones bancarias con actores *in situ* y diversos intermediarios, la llegada de capitales que dinamizaran la economía a través de inversiones ferroviarias y portuarias y la formación de un mercado nacional en sustitución de las tierras de pan llevar²⁰. De las colonias primigenias surgirán importantes agentes inmobiliarios, tales como Frank y Lehmann, que expandieron la colonización hacia el oeste provincial y los departamentos del sur acicateados por el menos valor de la tierra. Esta expansión

¹⁹ Si Esperanza surgió como “colonia oficial”, con el alejamiento de Castellanos viró a núcleo de colonización dirigida por el Estado. Humboldt, erigida en tierras de Beck & Herzog, aunque contó con la dirección de una Casa de Central, operó bajo la lógica de la llamada “colonización privada”.

²⁰ Se refiere a las tierras lindantes a los centros urbanos, dedicadas a abastecerlos con productos agropecuarios.

fue posible por avances técnicos, como el ferrocarril, y por la consolidación de un andamiaje jurídico basado en la unificación de medidas y la formalización legal de la propiedad.

Los historiadores Martirén, Djenderedjian y Bearzotti propusieron una periodización sobre el desarrollo de la colonización y de la agricultura en secano que reconoce tres etapas principales. Desde la implementación de las colonias primigenias, atentas a las experiencias pioneras de colonización del sur de Brasil, hasta las impulsadas en Santa Fe con capitales estrictamente privados. En esta etapa se delineó el pasó del actor colono, caracterizado por la economía de auto-abastecimiento en torno a la granja tipo europea, a la del *farmer* o agricultor especializado, cuya producción se dirigía al mercado.

Un primer escalón de la colonización agrícola se ubica entre 1840 y 1864. Por entonces predominaba la explotación diversificada en amelgas o pequeñas parcelas allende a los centros poblados y a la vera de algún curso de agua. Tecnológicamente, la etapa va desde el palo sembrador al arado de madera que se ajustaban a prácticas de cultivos superficiales. La mano de obra destinada a la cosecha o la siega provenía del grupo familiar y de vecinos convocados bajo la lógica de la “minga”. En este período se ubican las primeras colonias santafesinas, definidas como “auto-centradas” por su carácter de unidad de explotación a baja escala cuya producción no trascendía el ámbito local. Con excepciones de estos lunares agrícolas, el resto de la pampa atravesaba el “boom lanar” explicado por la mejor adaptación de la oveja a campos sin pasturas artificiales ni alambres, sin industria frigorífica y con fletes caros y vacas criollas flacas con poca demanda.

La segunda etapa quedaría comprendido entre 1865 y 1878. En esos trece años se expandieron notoriamente las áreas de cultivo, y las hectáreas por colono. Con el arado *sub-soil* se roturó a mayor profundidad, ajustándose a las necesidades que exigían las tierras vírgenes que se incorporaban con la expansión hacia el oeste. Por ejemplo, desde Humboldt y Esperanza partieron en la última década del siglo familias hacia las tierras más baratas de la frontera cordobesa originando la colonia Artagaveytia (Bischoff, 2013). Mis antepasados Stämpfli, al igual que otros vecinos del Central, vendieron su concesión en San Gerónimo Sud para retirarse hacia campos asolados por malones poco tiempo antes. Durante toda esta etapa la tecnificación tuvo ritmos diferentes en esas pampas.. Incluso siguiendo en pie la agricultura tradicional, los llamados “problemas de segunda generación” ya habían comenzado. El agotamiento del suelo, la consolidación de malezas resistentes y enfermedades del grano dio pie a debates sobre las ventajas de los cultivos combinados en revistas y

organizaciones especializadas. En los años 60 Latham recomendaba sustituir las prácticas predatorias del suelo (*wildcat*), por la alternancia de cereales y ganadería con la siembra de forrajeras.

Los seis años que duró la Guerra de la Triple Alianza abrieron un nuevo capítulo, desbrozando el camino para la inserción de productos agropecuarios en mercados de mayor escala. Los campos santafesinos contaron por su ubicación con ventajas sobre el entrerriano para abastecer con cereales al frente. Las divisas que generó la demanda bélica se tradujo en la incorporación de más tierras en primer lugar, pero también en inversión tecnológica y en el desarrollo agroindustrial –la industria molinero y metalúrgica. El aumento de la calidad de las harinas gracias al molino industrial devino un caballo de Troya para su ingreso al mercado de recorrido fluvial, en particular al porteño. Un período que ya no tendría fin se advertía en sus calles, la ausencia de harinas importadas de California y Chile²¹.

La tercera etapa que va desde 1879 y llega hasta finales de siglo está marcada por la especialización triguera de las colonias santafesinas y por su acceso al mercado mundial. El crecimiento de la maquinaria a vapor, hasta entonces en poder de grandes establecimientos, llegó vía el actor “empresario contratista” a la pequeña y mediana propiedad. Hacia fines del período, el 80% de la superficie cultivada estaba en manos de unidades de tipo empresarial que superaban las 100 hectáreas. Las colonias primigenias llegaban al límite de su crecimiento, comenzando la expansión hacia otras regiones recién incorporadas de Santa Fe o a provincias como Córdoba donde aún existía un reservorio importante de tierras baratas.

Socialmente esta evolución económica fue posible por la expansión y consolidación *in crescendo* de la inmigración europea en la provincia. Si durante la primera de estas etapas la emigración suiza fue dominante, en la tercera era ya imperceptible. Lejos de los viejos y sacrificados colonos, poco diferenciados social y económicamente, desde 1870 se formó una pequeña y mediana burguesía en las antiguas colonias. Mientras en su área rural se ampliaron las propiedades familiares, en el urbano tuvo lugar el desarrollo y el aumento en el número de comercios e industrias. Por ser una de las primeras oleadas, casi todos los colonos llegaron a ser dueños de sus hectáreas. Los surcos tardíos involucraron a otras corrientes migratorias, no siempre interesadas en la propiedad de la tierra. En todo caso, con

²¹ Bolsas de harina que los colonos esperancinos recibieron para su subsistencia provenían de California.

mayores dificultades de acceder a ella, al menos en las regiones más feraces y logísticamente mejor ubicadas (Frid, 1998).

PARTE II

AGENTES DEL HELVETISMO EN LOS PROLEGOMENOS DE LA ARGENTINIDAD: ETNIZAR Y DESETNIZAR PRÁCTICAS

“Quedaos por tanto allí donde, lozano, para su fiesta un pueblo se engalana, en silencio hacia el cielo desplegando de su pendón la seda delicada. En los festines de la madre patria el regocijo siempre es inocente; por volver al hogar no tengo ansia, pues no quiero pecar más de imprudente.” (Keller, *La gente de Seldwyla*, 1996, pág. 380)²²

Las colonias primigenias funcionaron como atmósferas culturales cuya situación derivó en un particular balance como “vecindario real” definido por sus aperturas o constricciones. Un vecindario se reconoce como singular y diferente por sus experiencias con otros vecindarios dentro de un área mayor. Pero aquí germina también lo opuesto; son esas relaciones con el mundo exterior las que erosionan su involucramiento y sentimiento de pertenencia local (Tuan, 2007, pág. 283). En sus umbrales ese Estado embrionario poco incidió, más que en alentarlas y provisionarlas a tono con la sociopoética de un imaginario social que depositaba en ellas el futuro provisorio de la nación. Hasta la década del 60 las visitas de funcionarios oscilaron entre paseos domingueros, plagados de exotismo prometedor, y agasajos paternalistas. Ya mencionamos el papel protector de Cullen frente al sentimiento de orfandad de esos pioneros atacados por lo que Drieu La Rochelle llamó el “vértigo horizontal” de la pampa (Saer, 2015, pág. 115) o el asfixiante exceso de espacio sobre el que escribía Jules Supervielle (Bachelard, 2000, pág. 192).

Como los lirios o nardos del campo argentino estaban acoplados, pero en colonias cultivadas, y en ese vacío estatal debieron autogestionarse, negociar con empresarios y con las hilachas de un Estado para continuar su “cultura de cultivo” (Gellner, 1991). La emigración implicó dejar atrás comunidades relativamente homogéneas. Sentían y pensaban a partir del grupo doméstico, el villorrio, el valle alpino. Con el cambio del contexto, su cultura perdió invisibilidad e intangibilidad. Aunque lejos de ser la “Isla Andamán” que ironizaba Barth, en la bisagra histórica en la que tuvo lugar la partida todavía la movilidad y los intercambios pasaban por el

²² El fragmento corresponde a un poema titulado “Weglied” (“Canción de los caminos”). Fue publicado por Gottfried Keller en 1833 en sus *Gesammelte Gedichte* (Poemas completos) aunque su escritura se remonta al menos a diez años antes.

mundo de las aldeas. Ese honrado peinero alemán del cuento de Keller (1996), podía comprender la lengua, pero no a los vecinos, ni sentirse parte del *ethos* de la aldea suiza de Seldwyla. En estas “zonas de contacto” que son las colonias, chocaron con sus particularidades y conocieron cotidianamente la de los otros. Ladjali nos dice “nadie es consciente de lo que es hasta que no se enfrenta con la alteridad” (Dussel, 2007, pág. 23). El proceso de ensamblado (Latour, 2008) los interpelará desde una cultura ahora tangible.

En una reapropiación del funcionalismo radcliffebrowniano, Gellner hipotetiza sobre la nueva estructura que inauguró la era del nacionalismo, de la mano de un cambio en el rol de la cultura. En el “mundo finito”, lo que se movía fronteras hacia adentro del Estado Suizo refractó al seno de estos microcosmos agrícolas. La estructura dispone llenar un casillero que digitaba el inconsciente cultural de la nueva sociedad, una formación discursiva que impelía a decir y pensar en términos de identidad –la identidad de situación (Sartre, 2005, pág. 96), la identidad en término posicionales y estratégicos (Hall, 2003), cuyo mandato pasa justamente por necesitarla en clave diferente a lo estrictamente “real” (Levi-Strauss, 1981).

Serán lirios o nardos en un cantero donde se subdividirán y desraizarán, en un metáfora poco feliz, si asumimos que los grupos humanos tienen referencias más que raíces fijas al “milieu” (Ortiz, 1998, pág. 42). Aquí cuestiones comunicacionales hicieron que se agruparían y que los agruparan, trazando permeables fronteras interiores. Pero si su diseño respondió a un enfoque liberal prometeico, lo epimeteico se expresó en que lo religioso tuvo un peso subestimado en sus comienzos. Una vez más la idea que del vecindario tiene el planificador rara vez concuerda con la que abriga el residente (Tuan, 2007, pág. 283). La fe sacra se sobrepuso a la liberal y actuó como rasgo entropífugo²³ catalizando la construcción de microbloques de intereses propios con aristas incluso conflictivas: construcción del templo, educación religiosa o laica. Aunque lo religioso seguiría permeando lo grupal, la del origen nacional la irá paulatinamente relevando en la dimensión identitaria. El patriotismo como religión cívica que agencia lo estructural pero también lo *communita*, se vuelve tangible, como nos recuerda Asad (2002), cuando lo religioso puede vivirse como separado de los otros campos sociales. Dice Gellner (1989):

²³ Una clasificación es entropífuga cuando se basa en un atributo que tiene una acusada tendencia a no diseminarse uniformemente por la sociedad ni siquiera con el paso del tiempo... Cuando este rasgo entropífugo se da, los individuos a que caracteriza tenderán a concentrarse en algún sector de la sociedad (Gellner, 1991, pág. 91)

...en el mismo momento en que los hombres adquieren plena consciencia de su cultura y de la decisiva importancia que tiene para sus intereses vitales, pierden buena parte de la capacidad de reverenciar su sociedad a través del símbolo místico de una religión (pág. 28).

En términos estructurales, este pasaje de lo protonacional a lo nacional coincidió con el esbozo de un programa político que presentaba a las pampas como tierra de promisión para la conformación de una nueva Suiza. Resulta atinada la observación de Hobsbawm de que hablar de nación y nacionalismo sólo tiene sentido si refiere al “estado-nación”, y más aún si tiene afán imperial (1998, pág. 18). Y aunque lejos estuvo Suiza de ser una potencia colonial, el discurso de algunos sectores de la dirigencia comulgó con la retórica expansionista. No sería por las armas y el derecho de conquista, sería por el poblamiento de las pampas y el espíritu nacionalista de sus emigrantes. Cuesta imaginar ese discurso antes de 1848, incluso antes de 1870 en Suiza. Los Robinsones de Wyss sólo al final de la obra insinúan la posibilidad de una Nueva Suiza. Deberán esperar al francés Julio Verne y la década de 1890 para consolidar esa huella patriótica en la novela continuación de la saga. Como advertía Genette (1989, pág. 386), desde el Robinson de Defoe cada país quiso tener el suyo.

Agentes palmarios de esta retórica fueron los cónsules y diplomáticos, maestros y periodistas de la comunidad suiza. Nos encontramos con colonos atrapados por estados-naciones que disputan discursivamente lealtades –los europeos y el argentino, y como lo traducen desde su inserción pampeana, al menos hasta la postrimerías de la década de 1880. Las comunidades de estas abigarradas colonias se vuelven puntos de intersección de los vientos nacionalistas y las políticas estatales que soplaban a uno y otro lado del mar. Y cuando la emigración desde Suiza decayó hacia los años 90, la acción de los líderes y la gramática de los “vínculos fuertes” étnicos continuaron gravitando frente a la segmentación de las familias por la misma subdivisión de la herencia y la búsqueda de nuevos horizontes. Bodemann o Beck como eslabones tutores de los movimientos ultramarinos tuvieron sus continuadores en los desplazamientos internos. Hacia el último lustro de siglo, esperancinos y humboldenses siguieron la prédica publicitaria de Juan Diehl para instalarse en campos cordobeses, empujados por la presencia de una estancia de dueños alemanes, administradas por una familia del mismo origen y con vínculos directos con el embajador germano (Bischoff, 2013, pág. 7).

Un constructo día a día más potente se impondrá desde la última década del siglo XIX: su procedencia común europea. La “identidad de situación” vivió otro corrimiento en una segmentación más amplia, afirmando otro sentido de pertenencia

con la argentinización de sus descendientes. El “otro” será entonces menos el vecino que proviene de familias con otra lengua, religión o procedencia; se correrá al criollo, de lejano a próximo de la cotidianeidad de estas peceras agrícolas, y el porvenir de la nacionalidad argentina finalmente quedará esculpido en el litoral torneando lo residual del criollo y lo emergente del “gringo”²⁴. Aquello “natural” del pionero se redirigirá al reducto de lo folklórico, a lo familiar extraño de aquellas costumbres opacas frente los brillazones de la proclamada cultura nacional.

Del cruzamiento de algunas fuentes de las colonias con los debates políticos que envolvían a Suiza nos interesan las resonancias de los discursos nacionalistas en los “colonos”, sus desplazamientos “subliterarios” (Hobsbawm, 1998, pág. 19). Pero aquí “subliterario” debe ser tomado con cautela. A diferencia de lo que ocurría en otras regiones y países europeos, Suiza tenía una alta tasa de su población alfabetizada²⁵.

Hace años que sabemos lo que significa la lengua impresa para generar ese sentimiento de simultaneidad inherente a la comunidad nacional. Y bajo esta premisa mucho se ha escrito sobre la correlación entre educación e identidad en las

²⁴ Podríamos sintetizarlo en una de las estampa relativamente actual de la criolla totorense Doña Dolores, “colonizada” por la voz gringa:

“Siempre noté que los gringos eran diferentes a nosotros, los argentinos. Ellos ahorran y si tienen lo que tienen ahora, es porque siempre han sido trabajadores. El argentino fue por lo general haragán y hay que decir la verdad, no todos lo fueron, pero la mayoría le gustaba muy poco el trabajo.

Uno va viajando y cuando ve un campo con un rancho, caballos y algunas plantitas, enseguida sabe que ahí vive un negro, que no es extranjero. La casa, en vez de tener árboles frutales, tiene un paraíso o un sauce para que dé sombra y sentarse ahí a tomar mate. Yo soy argentina, negra o criolla, como quieran decirle, y digo la verdad. Usted ve al extranjero y en un pedacito de tierra siembra lechuga, acelga, perejil y planta árboles frutales. Yo no le tengo ni rabia ni envidia al gringo, al contrario.

Usted vez que hay italianos que hace dos años que están en el país y a tienen en su casa de todo. Un argentino que hace muchísimos años que vive allí y todavía no tiene nada. Viven en su rancho. No digo que todos los argentinos sean vagos, hay de todo en la viña del Señor. Muchos argentinos rechazan a los gringos, pero yo creo que no hay que ser así.” (Griva, 2007, pág. 116 y 117).

²⁵ En víspera de los comienzos de la emigración europea hacia Santa Fe, Suiza encabeza las naciones europeas con menos 30% de analfabetismo en la población adulta. Hacia 1879 los censos de reclutas en esta Confederación arrojaban para los varones una tasa de sólo 6% de analfabetismo, mientras que países como Italia y España, que entonces ya dominaba el flujo migratoria hacia la Argentina, este porcentaje ascendía al 63% en 1877 y 52 en 1875 respectivamente. En Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, editorial Crítica, Buenos Aires, 2006, p. 67 y 69 y Eric Hobsbawm (1987) *La era del imperio, 1875-1914*, editorial Crítica, Buenos Aires, 2006, p. 354.

colectividades de inmigrantes. A mayor capital educacional mayor conciencia étnica y mayor conocimiento de la sociedad de acogida. Por otra parte, el éxito ocupacional y profesional incidió para un grado mayor de conciencia y sensibilidad sobre la discriminación étnica (Nagel & Olzak, 1997). En las colonias agrícolas del Central Argentino es común ver lápidas de inmigrantes suizos con inscripciones en la lengua de su cantón²⁶ a diferencia de las de los italianos, redactadas casi siempre en español. Por otra parte, mientras existía la costumbre en los colonos suizos de inscribir en las piedras funerarias la aldea y el cantón natal, en los italianos la comunicación mortuoria se ceñía al año de defunción y edad, siendo escasas las que precisan siquiera el país de procedencia y mucho menos la “patria chica”.

La cuestión educativa debería ser tenida en cuenta para comprender la temprana organización de los vecinos, y desde ya el lugar prioritario otorgado, sea en la publicidad de las agencias, sea en la agenda de las empresas, a la implantación de escuelas particulares. La lengua de enseñanza fue el alemán estándar (*Hochdeutsch*) que convivirá con la oralidad del *Schwyzerdeutsch*, *hegemónica* en el hogar y la escritura íntima. Por la presencia de colonos de la suiza francófona, y por el prestigio de esa lengua, como lengua de la elite y de las cortes, era celebrada cuando el maestro la dominaba –Hans Kaspar Helbling en Esperanza y Hans Meyer en Carcarañá fueron emblemáticos al respecto. En la interacción social, la minoría alemana utilizó alguna de las variantes lingüísticas alpinas. Todavía, en 1910, un ministro germano que visitaba las colonias quedó azorado cuando un niño hijo de alemanes del norte le respondió en suizo-alemán. Otro viajero descubría asombrado que hasta un maestro del Reich daba sus clases en esa variante (Lütge, Hoffmann, Körner, & Klingenfuss, 2017, pág. 245). Poesía y prosa de los “productores culturales” de las colonias²⁷, alternaran entre el alemán oficial y algunas de las variantes suizas. Este celo determinó que una familia radicada en el aislado sur cordobés, viajara con su pequeño hijo enfermo cientos de kilómetros atravesando ciudades como Rosario para llegar a Humboldt. Su periplo respondía a que los padres buscaban consultar con un doctor suizo que hablará su lengua, o, lo que sería lo mismo, con un médico de su plena confianza (Bischoff, 2013, pág. 16).

Partimos de que el encuentro con “otros” los hizo tomar conciencia de su cultura de origen. Por rivalidad mimética los veremos pujando por una fiesta nacional,

²⁶ Los suizos italo hablantes del Ticino tuvieron una marcada inserción urbana,

²⁷ Siguiendo a Williams (1981, pág. 201) , los “productores culturales” son aquellos que, reconocidos como agentes de la cultura, ocupan sin embargo un escalón muy por debajo de esos pensadores y artistas consagrados que hegemonizan el casillero intelectual en la sociedad capitalista y mantienen relaciones importantes aunque inciertas con la clase dirigente.

cuestionando a los agentes diplomáticos luego de ver que otras comunidades las tenían. Nos concentraremos en lo que Weber llamó bienes de la “cultura sensual” (1964, pág. 325). Símbolos, rituales y prácticas colectivas como las competencias de tiro fortalecieron el comunalismo con ingredientes de lo “helvético”. Lejos de romper con lo cotidiano, o instaurar pasajes de lo profano a lo sagrado, estas fiestas y celebraciones sintetizaban, como apuntó Canclini (1981, págs. 78-80) dimensiones centrales de la vida entera de las colonias. Una de ellas la de su “situación” histórica atenazada por líneas de fuerzas locales, nacionales, mundiales, con sus conflictos inherentes de mandatos y lealtades (Ortiz, 1998, pág. 38 y 39). Las fiestas ofrecían ciertos “utillajes vivenciales” y “modelos intelectuales” para resolver tensiones y contradicciones sociales que eran, como los mitos para Levi-Strauss, “irresolubles en la realidad” (Da Matta, 2001). Sus perplejidades, sus proyectos, sus temores, sus relaciones políticas y su organización económica, lo omitido y silenciado, se hacían capilares en lo festivo. Su batería semiótica estaba inspirada por los relatos de historiadores suizos, por los “arqueólogos políticos” abocados a las tareas de redescubrir y reinterpretar –instaurar finalmente, un pasado comunitario (Smith, 1997). Pero esta línea de fuerzas tenía un semblante local que al reterritorializarse configuraba lo suizo acá, lo suizo en familias argentinas, lo suizo en colonias abigarradas. Aquellos relatos apelaban a la cooperación y al reconocimiento, neutralizando los márgenes que separaba el aquí y el allá en diversas coyunturas. Y aunque estos sentimientos étnicos nunca catalizaron reivindicaciones nacionalistas amenazantes, oficiaron de fundente en movilizaciones por diferentes reclamos ante el gobierno provincial y nacional, sumando a su vez a vecinos y dirigentes étnicos en las filas de los primitivos partidos argentinos (Brass, 1997, pág. 77).

HUELLAS PRÍSTINAS DEL HELVETISMO EN SANTA FE

En sus memorias, Castellanos recordaba que durante una visita junto a las autoridades provinciales a poco de fundada Esperanza salió a su encuentro un grupo de niñas de la colonia entonando en alemán el *God save the Queen*. Esta melodía fue tomada del himno inglés para acompañar las estrofas que acuñó en 1811 el escritor suizo-bernés Johann Wyss. Conocido como el primer himno nacional, el *Heil dir Helvetia* o *Rufst du, mein Vaterland*, rigió desde 1850 hasta 1961, y fue traducido en 1857 al francés por el pastor ginebrino Henri Roehrich, quien, al igual que Wyss, era un intelectual no católico alineados con las fracciones liberales.

Esta primera referencia de lo helvético en las colonias estaba teñida de una cuestión política que atravesó la Confederación Helvética en el siglo XIX: los enfrentamientos de las elites que expresaron lo ideológico con el ropaje de lo lingüístico y lo religioso. El hallazgo de indicios de un sentimiento “nacional” en esta corriente inmigratoria fue una preocupación ulterior de historiadores e integrantes de la colectividad. Lo religioso en las colonias, a menudo fusionado con el cantón, predominaba en los procesos de segmentación local. A la par, el sentimiento de patria chica o *Heimat* relegaba al de nación o *Vaterland* aún en ciernes. Las fuerzas centrifugas de la lengua y la religión impulsaban lo identitario hacia lo cantonal.

En el primer lustro de 1870, el inspector de colonias Wilcken, anotaba como de origen francés o alemán a familias suizas, probablemente siguiendo el criterio lingüístico que utilizaba la *Land Company* en sus registros catastrales. Un emigrante suizo en su diario contraponía los hablantes alemanes a los francófonos aunque fuesen sus compatriotas o incluso ciudadanos del mismo cantón. Para ese argoviano, eran sus connacionales del bajo Valais los generadores de disturbios y rencillas en el barco, sacando desleal provecho de su idioma común con la tripulación, perjudicando en las raciones a los de lengua alemana. La barrera lingüística ahondaba la brecha y profundizaba los estereotipos: “Los valesanos... eran una compañía de gente ruda, petulante y desaseada”²⁸.

Antes de emigrar a la Argentina con su título de maestro, Dürst junto a un amigo emprendieron un viaje de formación por el interior de una Suiza convulsionada por la guerra “franco-prusiana” en los umbrales del *Kulturkampf*²⁹. En el camino se toparon con una francofilia extendida y una declarada animadversión hacia sus prédicas patriotas que invocaban la “unión multicultural”. Nadie por esos lares creía que el triunfo del emperador francés haría trastabillar la libertad de la Confederación e impondría su sometimiento a Roma. De poco sirvieron, recordaba este maestro, sus apelaciones a la historia para recordarles el oprobioso pacto al que se vio obligado el país con Napoleón I, según el cual debían enviar 30.000 campesinos-mercenarios para engrosar sus huestes. Se nos injuriaba con el mote de “los prusianos”, escuchándose por lo bajo “¡Vean allá a los prusianos! ¡Pónganles a cada uno un casco sobre su cabeza de maestro!”. Tampoco faltó un intento de emboscada perpetrada en las afueras de

²⁸ “Viaje de un emigrante suizo a Santa Fe, y regreso. Escrito por él mismo para enseñanza y advertencia a los demás”. Editor Albrecht, Aarau, 1865. Resumen y extractos en Schobinger (1957, págs. 197-204).

²⁹ Este conflicto internacional enfrentó a Prusia comandada por Otto von Bismarck aliada con los otros estados alemanes contra Napoleón III. Eco de este conflicto fue un movimiento semejante en Suiza que profundizó la división entre franco y germanófilos, católicos y protestantes, forzando en 1874 la revisión de la Constitución en aras de una mayor centralidad a la Confederación,

Niederwils cuando tres muchachos se le aparecieron espetándoles “Bueno prusianos, ahora vienen los franceses”.

Una miembro de E.V.A. –Entidades Valesanas Argentinas, ex vecina de la colonia San Carlos coincidía con una historiadora esperancina³⁰ de que a los inmigrantes de este origen se los ridiculizaba. Esta estigmatización era recurrente todavía en los años 50 durante los partidos de fútbol entre clubes de Esperanza y San Jerónimo Norte³¹. La segmentación “negativa” alcanzaba al mismo Valais. Orillando ese “narcisismo de las pequeñas diferencias”, circulaba el estereotipo de que mientras los del Alto Valais eran gente tosca y poco educada, los del Bajo Valais eran en cambio laboriosos y disciplinados.

En tanto narraciones de procesos sociales e históricos, las toponimias oficiales o populares utilizadas ponen de manifiesto las grietas existentes en esta memoria social de la diáspora y las pugna glotopolítica entre las designaciones propuesta o utilizadas y las impuestas u oficiosas (Massotta, 2009). Durante su radicación la producción territorial del espacio estuvo regida por la operación semiótica de lo que Anderson llamó “nuevas versiones de ‘antiguas’ toponimias”, en donde “lo nuevo” y “lo viejo” coexistían en un tiempo homogéneo (Anderson, 2005, pág. 260). Antes de imponerse el epónimo hagonímico, la toponimia propuesta por la empresa para San Carlos fue *Neue Basel* (Nueva Basilea). San Jerónimo, a la que desde 1914 se le agregó “Norte”, fue conocida popularmente durante varias décadas como colonia Valesana - actualmente, su gentilicio.

Similar fue lo ocurrido una década después con su homófona del sur. Al habilitarse su estación en 1871 una parte del vecindario propuso bautizarla “Nueva Suiza”, mientras que la otra promovió el de “Nueva Francia” -finalmente se la denominaría San Jerónimo agregándosele más tarde el “Sud” (Álvarez, 2010, pág. 204 y 205). Su vecina *Bernstadt* (ciudad de Berna) fue rebautizada Roldán como la estación y el otrora propietario de esos campos. Pero aquí, lo ocurrido en San Jerónimo y San Carlos se llevó más lejos profundizándose la tensión glotopolítica. Las dos denominaciones habrían convivido revelando la pragmática lingüística la fisura étnica y la pervivencia de los etnónimos: mientras los criollos utilizaban la de Roldán, los suizos preferían la de *Bernstadt*, soliendo figurar ambos gentilicios en patentes de vehículos y documentos oficiales³².

³⁰ Entrevista a G. R., Esperanza, 28 de noviembre de 2008.

³¹ Entrevista a M. K., Rosario, 9 de diciembre de 2010.

³² Comunicación personal de Adolfo Garinot, anticuario de la ciudad de Roldán, 08 de julio de 2006.

Hacia 1889, cuando el nombre de Roldán estaba oficialmente impuesto, una colonia en el chaco santafesino recibió a instancia de uno de sus primeros propietarios, el bernés Juan Liechti, la castellanizada designación de Berna³³ (Armato de Welti, 2004, pág. 74) (Ramseyer & Grimal). Sólo podemos registrar en el ámbito urbano un topónimo histórico de la suizandad. La colonia Grütly fundada en 1869, y vecina a San Carlos, debe su nombre al prado en donde, según un mito fundador, se proclamó el juramento de los tres primeros cantones contra la tiranía de los Habsburgo. Por su parte, en la onomástica geográfica santafesina, sólo la colonia Helvecia, establecida en 1865 sobre el río San Javier, remitía a un autónimo que incluía a todos los emigrados de la Confederación.

La utilización de símbolos nacionales tampoco peso demasiado durante parte del siglo XIX. En lo que refiere a la bandera y el escudo nacional³⁴, el uso de la cruz suiza aunque ya aparecía en crónicas del medioevo, representando a San Mauricio y su martirio con los cristianos del Valais o a los mercenarios en el extranjero, se volvió divisa oficial recién con la victoria de los liberales en la guerra civil de 1848. Si bien el sello de garantía para los objetos helvéticos es una ballesta, la bandera sigue siendo la más representativa del *swiss made*, más aún cuando hacia 1889 adoptó su rara forma cuadrada (Dumas, 2015, pág. 19). En 1850 encontramos este símbolo en el primer sello postal nacional, emitido siete años después del de Zürich - segunda estampilla en el mundo detrás del "Penny Black" inglés. Hacia 1854 apareció en este soporte el nuevo personaje simbólico nacional de Helvecia, elegido en un concurso de Correos y Telégrafos tras la entrada en vigencia de la Constitución de 1848 que unificaba postalmente al país (Levy, 1989, pág. 114).

En los primeros años de las colonias hubo pocas manifestaciones de carácter nacional. Sabemos de algunas reuniones sociales como la de aquel casamiento en Esperanza entre contrayentes valesanos donde la bandera cantonal y la federal adornaron la residencia³⁵. Una de las varias imágenes que componen una litografía sobre el Carcarañá de 1878, reproducía la bandera suiza flameando sobre la casa de la familia Fleuti, tal como puede verse en el apartado visual³⁶. Unos años después, la encontramos estampada en una chimenea aún en pie, en un antiguo establecimiento dedicado a la elaboración de aceite de lino. Hacia el cambio de siglo, la vemos en fotografías tomadas en las barrancas del río Carcarañá durante los tradicionales

³³ Hundida en un tapiz de palmeras, los pinos plantados a lo largo de la calle principal por un descendiente del fundador buscaron impregnar lo urbano de cierta aura alpina (Ramseyer & Grimal).

³⁴ Se cree que el distintivo suizo está inspirado en la insignia del cantón de Schwyz.

³⁵ Carta de Jean Grenon, Esperanza, 12 de junio de 1861. Reproducida en A. y C. Carron (2009, pág. 93).

³⁶ Litografía *Carcarañal (este)*. Museo de la ciudad de Carcarañá.

picnics por la conmemoración del 1 de agosto y, con eco sincrético, durante la ansiada trilla; la postal de la maquina a vapor, con todo el equipamiento y la veintena de hombres enrolados en la faena, con la bandera al frente enarbolada por un jinete medio gaucho, medio valesano (Müller, 1998, pág. 35). La iconografía nacional en las décadas siguientes se figuró en otros soportes. Molduras con el escudo se inscribirán en las portadas de composición italianizante en una arquitectura pampeana dominada por constructores italianos y por una memoria material que carecía de los recursos de las regiones originarias³⁷ (Müller, 1998, pág. 46).

El 16 de abril de 1882 se organizó una fiesta con motivo de la bendición de una bandera confeccionada en Suiza que fuera donada por un grupo de damas para la Sociedad de Canto sancarlina. Emocionado ante ese trasplante de la vieja patria y sus rituales, Dürst, por entonces director del coro, escribió una canción cuya dos estrofas finales decían:

Los cantos suenan. Si lo dice tu ondear:
Nos traes ganas de cantar desde la patria.
Por eso seas saludada con sonar de cantos
Tú, querida bandera, acá a orillas del Plata!

Arriba la bandera! Hasta los tardíos días.
Lo que tu unes, quede unido, oh perdón!
Y nuestros cantos siempre te dirán
Te seremos fieles, oh bandera, a ti!

Desde Humboldt, Hunziker le escribía a Dürst abogando en favor de una fiesta que congregara a los suizos. En esa carta, fechada en julio de 1876, le cuestionaba el haberse negado a su organización durante las asambleas de la Sociedad de Socorros Mutuos "Guillermo Tell", esgrimiendo razones económicas,

...Los tiempos son ciertamente malos, eso es cierto, pero el patriotismo no se debe regatear y no dar durante dos años ni una señal de vida. Si los alemanes

³⁷ Estas características arquitectónicas tan ajenas a las regiones de origen de estos colonos, responden indudablemente a diferencias paisajísticas, topográficas, climáticas, tecnológicas y a la disponibilidad de materiales. El sur argentino, más afín con los ítems mencionados, fue más benevolente para la continuidad de una "memoria arquitectónica" (Müller, 1998, pág. 44).

podieron festejar su fiesta ¿por qué los suizos no lo podríamos hacer también? Así que adelante!...³⁸

Esta declaración es sintomática de un proceso que tenía lugar en Suiza, cuyas repercusiones fueron agenciadas por inmigrantes como el mismo Hunziker, Dürst, Lehmann o el periodista Alemann, activos participantes de las asambleas y reconocidos profesos del liberalismo y el anticlericalismo. El sacerdote Niemann que atendía la feligresía de San Jerónimo Norte y Esperanza, le escribía una carta a su superior alarmado por el arribo de inmigrantes más educados y con mayor capital cultural que, desde roles institucionales estratégicos –mutuales, periódicos, escuelas, introducían la duda y discordia en las filas de los creyentes (Oggier & Julli, 1984, pág. 268). En 1892 el cónsul suizo en Montevideo destacaba que, mientras cada una de los otros consulados celebraba su fiesta nacional, su país en cambio no tenía fecha designada. Sobre su consulta de volver al primero de agosto feriado nacional, el Gobierno Federal le respondió que eran los cantones quienes debían sancionarlo (Bendix, 1992, pág. 777).

Desde Montevideo había provenido una de las primeras convocatorias para celebrar un evento festivo que aglutinará a los suizos del Río de la Plata. Concretado el 8 de enero de 1872, la velada incluyó un torneo de tiro a 300 metros y la actuación de una orquesta constituida por connacionales con el propósito oficial de homenajear a la patria. Se dieron cita vecinos de la colonia uruguaya Nueva Helvecia e integrantes de la Sociedad Suiza de Socorros Mutuos de Buenos Aires quienes alquilaron un vapor para realizar el viaje³⁹.

Hasta 1892 cruzando el Plata los banquetes patrios de carácter oficial se celebraban el tercer domingo de septiembre, en coincidencia con el día del inmigrante. Ese año hubo un cambio de fecha a instancias del Ministro Suizo en Buenos Aires quien resolvió por exhortaciones del Consejo Federal Suizo festejarlo el 1 de agosto (Osella & Severi, 1996, pág. 81). Aunque su sanción oficial data recién de 1994, autores contemporáneos plantean que la celebración desde 1891 de la fiesta nacional del primero de agosto fue más consecuencia de la presión de los suizos del extranjero en su afán por tender lazos con la patria que de las ideologías nacionalistas promovidas por las elites políticas.

³⁸ Carta de Emilio Hunziker, Humboldt, julio de 1876. Reproducida en Dürst, *Erlebnisse und Erfahrungen...*, op .cit.

³⁹ *La Capital*, jueves 4 de enero de 1872.

Indudablemente lo que estaba en debate era el origen mismo del “artefacto” Suiza. La fila de los historiadores liberales y patriotas leyeron a la Confederación como “resultado de un acto histórico creacional importante” (Rentsch, 1953, pág. 12) que tuvo lugar en el prado de Rütli –Grütli en alemán. Según su relato representantes de los cantones de Uri, Schwitz y Unterwalden (la vieja Suiza o *Urschweiz*) acordaron en agosto de 1291 una alianza para liberarse de los Habsburgos⁴⁰.

Las consultas populares que todavía existían durante la reforma habían desaparecido hacia el siglo XVII. Pero la idea de libertad asociada a Suiza seguía en el imaginario europeo como lo muestra hacia principios del siglo XVIII la tabla dibujada en un cuadro del austríaco Steiermark con las características de las naciones europeas. En el criterio “Su amo” el artista llenaba el casillero que definía a los suizos con “Ser libres” (Goody, 2008, pág. 172). En ese mismo siglo, un joven pintor zuriqués Johann Fuseli (Füssli) tenía que exiliarse por atacar políticamente al corrupto alcalde de su urbe (Boime, 1994, págs. 275-277). En su autobiografía, Johann Wolfgang Goethe, recordaba la intolerancia que experimentaron sus dos compañeros cuando en 1775, en lugar de hallar esa positiva libertad natural que habían ido a buscar a Suiza, fueron casi lapidados al bañarse desnudos en un lago pasando por alto las advertencias de que “no se hallaban en seno de la Naturaleza primitiva, sino en un país que había reputado bueno y provechoso mantenerse apegado a las rancias instituciones y costumbres de la Edad Media” (Goethe, 1983, pág. 473 y 474).

Hasta 1798, cuando se produce la caída de la Antigua Confederación por las tropas francesas, la Dieta funcionaba desde hacía 300 años como una suerte de primer órgano estatal común, en cuya conformación cada cantón tenía derecho a dos representantes y a un voto. Aquel año Napoleón declaró la República Helvética y erigió una Constitución introduciendo un intenso enfrentamiento entre centralistas y quienes pujaban por la autonomía cantonal que derivó en la reocupación francesa y la promulgación de una nueva Carta Orgánica. Llamada Acta de Mediación, buscaba conciliar “unitarios” y “federales”, devolviendo derechos a los cantones, incluyendo seis nuevos a los trece ya existentes. La derrota francesa puso fin a la Mediación-declarándose la Confederación Suiza y reconociendo el Congreso de Viena a partir de

⁴⁰ Desde este legendario pacto y durante todo el antiguo régimen los territorios confederados atravesaron un largo proceso de alianzas señoriales, imposiciones de las familias burguesas sobre los distritos rurales, enfrentamientos religiosos post Reforma, conflictos entre ciudad y campo y entre los gremios y las aristocracias urbanas, disputas entre cantones por territorios de encomienda y arreglos de los grupos patricios con las monarquías europeas para abastecerlas con mercenarios campesinos.

entonces su neutralidad. Durante este período la aristocracia recuperó sus privilegios y tres nuevos cantones francófonos que se habían incorporado a Francia, se sumaron a la Confederación: Ginebra, Valais y Neuchâtel (Fahrni, 1983).

En esta “restauración” pervivieron normas tomadas del código civil francés durante el tutelaje napoleónico, como las que establecían la igualdad jurídica de los ciudadanos, las que abolían la diferencia entre usufructo y dominio de la misma parcela y las dirigidas a facilitar la divisibilidad de la propiedad (Frid, 2013, pág. 9). Los cantones que conformaban esa Suiza tenían a principios de siglo XIX las tasas de emigración más insignificantes de Europa, un crecimiento demográfico bajo y el aumento de la expectativa de vida debido al mejor control de las epidemias y la introducción de alimentos baratos como la papa. Ese escaso aumento poblacional fue explicado aludiendo a la acción de mecanismos sociales como el celibato, los casamientos tardíos y la práctica mercenaria. En el plano económico se afianzó la explotación agrícola intensiva (Frid, 2013, pág. 9).

Políticamente, en consonancia con la ebullición de los movimientos populares de la década de 1830, como las luchas callejeras de París, las corrientes liberales en Suiza iniciaron un movimiento ideológico conocido como la Regeneración que puso en jaque a los sectores aristocráticos. El avance liberal logró imprimir en las constituciones cantonales un sesgo más democrático. Algunos cantones resistieron a este avance, y cuando conminaron a los jesuitas a instalarse en Lucerna, tras su expulsión de Argovia, estalló la guerra civil. El conflicto enfrentó a los cantones liberales con la liga defensiva católica, conformada en 1845 por Lucerna, Friburgo, Uri, Schwyz, Unterwalden, Glaris y Valais. Con el rápido triunfo de aquellos se proclamó la Constitución Federal de 1848 a partir de la cual comenzó un ciclo de 43 años con mayoría de radicales en el Parlamento y en los siete escaños del Consejo Federal - *Nationalrat*⁴¹.

Aunque esta Constitución fue reificada como diacrítico de lo helvético⁴², lejos estaba entonces de lograrse el sentimiento de patria. En 1849 continuando las viejas tradiciones de los festivales o *Festspiele*, que el suizo Denis de Rougemont (1942, pág. 139) entreveía como un género artístico que Suiza dio al mundo⁴³, tuvo lugar el primer festival confederado de tiro en la ciudad de Aarau –Argovia. Estos eventos de efímera

⁴¹ Recién en las elecciones de 1919 los liberales radicales perdieron la hegemonía de ambas cámaras.

⁴² “La Constitución de 1848-1874 expresa en efecto... el espíritu de una democracia que es muy suiza y nada más que suiza.” (Siegfried, 1958, pág. 131).

⁴³ Las fiestas de tiro en siglos anteriores habían sido calderos recurrentes para las protestas contra las aristocracias urbanas.

“efervescencia solemne” y sentimiento *communitas* (Turner V. , 1988) han sido citados como otros de los indicios de la característica del helvetismo. Suiza ha sido definida como un raro ejemplo de moderado patriotismo y ausencia de nacionalismo (Bendix, 1992). Para explicarlo se ha remitido a las fuerzas centrifugas que emanan de la diversidad religiosa y lingüística que la Confederación reconoce con el concepto de *Sonderfall Schweiz* (Dumas, 2015, pág. 20 y 21) .

En su novela corta de 1860 “El estandarte de los siete hombres justos” el zuriqués Gottfried Keller (2000) centraba el relato en uno de esos festejos desde la mirada de un personaje alineado con los liberales. La obra literaria de Keller ha sido considerada la expresión más popular y genuina del realismo alemán, impregnado del *ethos* social de la democracia suiza de donde manaría su vigor poético (Lukács, 1970). Sus relatos fueron reivindicados como fuentes etnográficas, junto a las de Jeremías Gotthelf y Rudolf von Tavel, para reconstruir el estilo de vida y la mentalidad de la pequeña burguesía helvética del siglo XIX (Bendix, 1992, pág. 773).

La novela narra los avatares que debieron enfrentar un grupo de amigos que sentían el deber de presentarse al festival de 1849 para homenajear a la patria. Tras un debate sobre el presente a ofrendar, durante el cual la mezquindad y el egoísmo hicieron gala, los ancianos se inclinaron por una copa que el platero había forjado pero que no había podido vender. Solucionado el regalo y el estandarte, bordado con el lema “Amistad en libertad”, el adinerado presidente del grupo Frymann advertía sobre los inconvenientes que para la unión grupal acarrearía los envites hacia su hija del descendiente de Hediger, el más pobre de los amigos. Bajo el argumento de no afectar el vínculo, se escondía el verdadero motivo que ninguno de los dos quería reconocer, la diferencia de fortuna y la aspiración de ascenso social de Frymann.

Cuando se decidió por sorteo que sería el presidente el orador, su inquietud fue en aumento con el presentimiento de que sus lugares discursivos ya eran vetustos. Todos sus intentos caían una y otra vez sobre el odio hacia jesuitas y aristócratas que su hija Hermine tildaba de anacrónico, sugiriéndole optara por una expresión alegre y feliz de comunidad. Finalmente, el pretendiente de la joven, novel soldado confederado, se hizo cargo de la misión y del pánico del anciano. Improvisó un efusivo discurso sobre la tolerancia y la necesidad que la patria grande tenía de todos, unificando generaciones, creencias religiosas y políticas. El amor a la “patria chica” se articulaba con la lealtad a la Federación y su Constitución, condición de la libertad cantonal.

Su discurso conciliador cautivó sobremanera a una multitud que estalló en aplausos. La emoción de su padre y su prometida treparon en intensidad cuando el joven alentado por Hermine venció en la prueba gimnástica y la competencia de tiro. Enmarcada en una atmosfera donde hacía gala la confraternidad entre personas de diversas extracciones sociales, cargada de la sensorialidad de los colores desplegados por los estandartes, la música de las bandas, los licores y manjares, los dos ilustres ancianos henchidos de orgullo consintieron gozosos el matrimonio. En medio de la algarabía popular, la flamante pareja, después de un dialogo que podría haberse extraído del Hermann y Dorothea de Goethe, se alejó de la muchedumbre para fundirse en el abrazo y la negra noche, mientras la suave brisa cobijaba las banderas de los pequeños estados en los pliegues de la Confederación:

-¡Ahora todo ha de ir bien entre nosotros! ¡Ojalá vivamos el tiempo que nos merecemos por ser valientes y honrados, ni un día más!

-¡Entonces espero vivir mucho, pues mis intenciones para ti son buenas –dijo Karl volviendo a besarla-. Pero ¿qué pasa con el regimiento? ¿De verdad quieres tenerme bajo tu zapato?

-¡Todo lo que pueda! ¡Poco a poco irán naciendo entre nosotros una justicia y una Constitución, y serán buenas, sean como sean!

-¡Y yo seré el garante de esa Constitución y pido ser el primer padrino! –exclamó de repente una poderosa voz de bajo.

Hermine estiró la cabeza y agarró la mano de Karl, pero éste se acercó al castillo y vio a un guarda de los tiradores de Aargau en pie a la sombra de una columna... (Keller, 2000, pág. 317 y 318).

Inspirada en esta novela, un artículo de Bendix comparaba la celebración popular de 1849 con la surgidas a partir de 1890. Para la última década de siglo las principales ya eran oficiadas por el Estado Federal, como fue marcadamente notorio en los festejos por los 600 años de la Confederación. El 1 de agosto cobró visibilidad y centralidad política desde 1899 con la institucionalización del feriado, hasta entonces bajo el arbitrio de los cantones. Hasta el momento, la más monumental convocatoria nacional había sido la del 1 de mayo obrero, catalizado por el movimiento de los trabajadores pero fuera del control estatal.

Cuando a fines de la década de 1890 el politólogo e historiador norteamericano Jesse Macy (1896) visitó Suiza, quedó sorprendido de la cantidad de festejos patrióticos que tenían lugar en Ginebra, el más joven de los cantones. Macy advertido de no ir a ese novel cantón, si en verdad quería aprender del espíritu del país se

preguntaba cuán ferviente lealtad debía reinar entonces en los otros “menos franceses”. Una décima parte de sus dos meses de estadía estuvieron marcados por celebraciones patrióticas.

Para 1899 sólo dos cantones no habían acordado aún con la propuesta del Estado Federal de festejar el 1 de agosto. Como simbología festiva se apeló a la idea acuñada por el artista Rudolf Munster de sustituir la hogueras encendida de 1891, señales de liberación de los primeros confederados, por un repique simultáneos de campanas de todas las iglesias. Desde estos espacios sagrados la patria trascendía las aún frescas huellas de los conflictos entre protestantes y católicos. Tanto las hogueras sugeridas por el profesor Fernando Vetter, como el sonar de las campanas convivieron desde entonces como formas de ritual patrio. Insoslayables, los héroes legendarios de la liberación y las alegorías históricas ya habían desfilado durante los viejos festivales de tiro y canto. Estos espacios de socialización habían servido para familiarizar a los sectores populares con iconos históricos como Guillermo Tell, el juramento de Rütli, la batalla de Sempach cuya imaginería administrará el Estado en pos de un sentimiento de lealtad confederado que trascendiera la de los cuatro cantones primigenios.

Todo este asunto estuvo mechado por los debates historiográficos entre grupos de intelectuales y políticos por la instauración de una memoria oficial. Desde 1870 venía consolidándose la historiografía liberal, logrando acuerdos dentro del campo histórico y político para establecer 1291 como año de la fundación de la Confederación en lugar de 1307. Este último año llegaba desde el siglo XV agenciada por dos relatos del Libro Blanco de Sarnen de 1470: un mito fundador, basado en el Juramento de los Rütli, y un mito de la liberación, personificado en las figuras de Guillermo Tell y de otros aldeanos legendarios como Werner Stauffacher, Arnald von Melchtal y Walter Fürst. La primera de estas narraciones versaba sobre la concertación de una alianza contra el yugo real en ese prado mítico el 8 de noviembre de 1307. La segunda evocaba el asesinato de Gessler, representante de la casa de Austria, en manos de Tell el 19 de noviembre de ese año.

Por su parte, el documento que avalaba la existencia de una alianza en agosto de 1291 entre las comunidades de Uri, Schwyz y Unterwalden fue encontrado en 1760 por el estudiante Johann Heinrich Gleser. Pero debió esperar hasta mediados de siglo XIX para tener cierta repercusión en la opinión pública y en los sectores ilustrados. Todavía dos décadas después, Johann Füssli pintaba “Juramento en el Rütli” siguiendo la tradición histórica medieval. Su amigo Johannes von Müller, el más

representativo historiador suizo del siglo XVIII, aun conociendo el documento, escribía su monumental Historia de Suiza siguiendo la periodización del cronista moderno Aegidius Tschudi en base al ciclo mitológico de tradición católica de la suiza central.

Todavía a fines de siglo XVIII y principios del XIX eran pocos los que dieron importancia al hallazgo, tal es caso de Philippe-Sirice Bridel quien en 1792 publicó su traducción al francés y del filólogo católico Joseph Eutyck Kopp quien lo utilizó como fuente histórica. En 1835 Kopp apeló al documento para remarcar la naturaleza fantásica de iconos históricos como el pacto de Rütli y la figura de Guillermo Tell, universalizado por la obra de Friedrich Schiller. En pleno siglo XIX estas afirmaciones no fueron tan bien recibidas, y Müller y Tschudi más allá de sus cuestionamientos conservaron su autoridad sobre la opinión pública (Zimmer, 2000).

Con el apogeo de la matriz positivista hacia 1870 la rigurosidad metodológica sobre las fuentes se impuso profundizándose la crítica hacia el núcleo mítico de la historia oficial y la memoria monumental suiza. Sus análisis dividieron las aguas en lo que Zimmer ha definido como el enfrentamiento entre una concepción de los orígenes, centrada en el valor cívico y la virtud republicana, frente a la más antigua del “historicismo orgánico” de Tschudi y Müller que habían hecho de la continuidad de Suiza la persistencia de un plan divino. Exponentes de la concepción liberal fueron historiadores de cantones protestantes como Karl Hilty, Karl Dändliker, Johannes Dierauer y en particular Wilhelm Oechsli, quien fue designado por el Consejo Federal para desarrollar una nueva historia de Suiza en el marco de la celebración del 600 aniversario del país.

La nueva concepción chocó con la crítica no sólo de los alineados con el partido conservador sino también de algunos adeptos liberales. Tal fue el caso de Keller quien veía en los mitos y leyendas los medios imprescindibles para la cohesión social y la creación de un sentimiento de pertenencia a una comunidad mayor. Probablemente hubiese acordado con su contemporáneo Renan (2010) para quien el error histórico era esencial en la creación de una nación así como interpretar mal la historia era el costo de seguir unidos. En su obra de formación *Der grüne Heinrich – Enrique el verde*, deslizaba que de no existir estos mitos sobre el origen de la Confederación, nos veríamos en la obligación de crearlos. El *Schweizerische Lehrerzeitung*, principal órgano de prensa de las maestras de escuela suizas, argumentaba que, aunque era inobjetable pedagógicamente considerar a las leyendas como tales, mientras se continuara enseñando mitología griega, romana y germánica “era ‘irreverente’ mantener un

cuchillo en la garganta de Guillermo Tell, nuestro héroe nacional” (Zimmer, 2000, pág. 218).

Lejos de la simple imposición de un discurso nacional elaborado bajo el paradigma rankeano, sectores de la dirigencia política y de académicos formados bajo los lineamientos del positivismo, como Karl Dändiker, denunciaron la profundización de la brecha que separaba al “pueblo” de los historiadores. Desde la celebración de 1891 se pudo ver una búsqueda deliberada por alcanzar una síntesis histórica entre el nuevo relato que reivindicaba 1291 y su antecesor mítico que lo hacía con 1307. En su inscripción espacial, según Zimmer, podían encontrarse indicios de este intento de fusión de la historia y la memoria popular, dividiendo la localización de los festejos. Mientras en el prado de Rütli se evocaba la leyenda de la alianza de 1307 con *tableaux vivant* representando la historia de Guillermo Tell y la batalla de Sempach, la acción heroica de Arnold Winkelried era la elegida en Schwytz, cantón en donde, según la historia académica, se dio forma a la carta fundacional de 1291 (Zimmer, 2000, pág. 221 y 222).

En las colonias santafesinas, la leyenda de Guillermo Tell fue la narrativa dominante, como quedó plasmado en los nombres de las instituciones, las representaciones teatrales o las menciones recurrentes del héroe en los géneros íntimos y públicos. Su implosión icónica ocurrió vía una práctica no discursiva como fue el tiro al que pensamos como un poderoso agente en la configuración de un espacio identitario. Práctica tan imbricada a un hacer étnico-nacional que, con pocas excepciones, los clubes donde se practicó, siempre con socios de diferentes orígenes, comenzaron llamándose “Tiro Suizo”. A diferencia de lo planteado por Bendix sobre la fugacidad de esa atmosfera de embriaguez que envolvía a las competencias de tiro y los festivales de canto, en las colonias santafesinas estas etnoprácticas advinieron hábitos con una pragmática de lo socioétnico sostenida en el tiempo. Como rituales configuraron un espacio de encuentro entre suizos de clivajes sociales y culturales diferentes y de colonias dispersas en la región neutralizando las divergencias lingüísticas y religiosas. Con el correr de los años, a diferencia del canto y la gimnasia donde la clave étnica siguió dominando, escaló su segmentación, alcanzando la de la “europeidad”.

LOS TIROS SUIZOS

Precursor de los trabajos de Ulrich Im Hof sobre las sucesivas apropiaciones de símbolos y artefactos fundadores de la suizandad, fueron los que Rudolf Braun realizó en los años 60 desde la disciplina del folklóre –*Volkskunde*. Braun mostraba que la novedad de los festivales federales de canto, tiro y gimnasia desde 1849, en su retórica barroca y resonante de ecos religiosos y patrióticos, pasaba por su eficacia para fundir en acontecimientos sensoriales, Estado e iglesia, adscripciones liberales y conservadores, germanófonos con las otras tres grandes divisiones culturales. Sus aportes sobre la semántica de los rituales suizos fueron utilizados por Eric Hobsbawm como *exemplum* del uso de materiales antiguos para inventar tradiciones; en este caso para el desarrollo de la religión cívica del nacionalismo. Puntualmente sobre Suiza, nos dice,

las tradicionales prácticas de costumbres ya existentes, como las canciones populares, las competiciones físicas y el tiro, fueron modificadas, ritualizadas e institucionalizadas para nuevos propósitos... (Hobsbawm, 2002, pág. 12).

Pero estos nuevos propósitos difícilmente pudieran ser los mismos al cruzar el océano. En conexión con su proposición de que las tradiciones difieren, por un lado, por la invariabilidad de las costumbres, y, por el otro, por las convenciones o rutinas implicadas en los significados rituales podríamos en efecto preguntarnos qué papel tuvo la práctica del tiro en estos comienzos y en donde podríamos ubicarla, de caber y, de qué modo, en estas tripartición hobsbawniana. Su idea de que una tradición tiene más fuerza cuando menos puede justificarse pragmáticamente, parecería ciertamente poner en duda la fuerza de la tradición del tiro con fúsil cuando son precisamente razones prácticas las alegadas por los colonos. Sin embargo, su uso en las colonias fue más bien la de la competencia deportiva que la del entrenamiento defensivo. Debemos profundizar en esta dirección para sopesar la vinculación entre este deporte y su capacidad de agencia para la identificación nacional, con la salvedad que en esta práctica no hubo ninguna ingeniería social promovida desde arriba, como ocurrió con las escuelas. Fueron los inmigrantes quienes trasplantaron el tiro antes incluso de la emergencia de políticas culturales imperialistas que se propusieran cooptar a los suizos del extranjero.

Según Castellanos, 400 de los colonos que llegaron a Esperanza lo hicieron con rifles que traían de su país (1948, pág. 46). El contrato firmado entre los inmigrantes y Beck, estipulaba en el apartado 1 que la compañía colonizadora entregaría, en

concepto de adelanto, el dinero necesario para la compra de armas en aquellos que no la trajeran (Wilcken, 1873, págs. 56-58) (Peyret, 1889, págs. 250-252). A su vez, la administración se comprometía a controlar la comercialización de armas en la colonia según rezaba el artículo 35 del reglamento⁴⁴. Quince años después, en las del Central Argentino la compañía de tierras proveía a todos los jefes familias de armas largas con un cajón de balas, en caso de no disponerlas. Estos inmigrantes solían arribar con fúsiles de percusión y antecarga, algunos de marca Henry, y también con escopetas belgas y franceses de principios de siglo XIX⁴⁵. A partir de 1866, el fusil suizo de repetición y cerrojo *Vetterli*, adoptado ese mismo año por las fuerzas armadas de la Confederación, se volvió el arma más común entre los colonos suizos por la decisión gubernamental de que todo joven, al finalizar su formación militar inicial, lo conservase en su casa como parte del modelo del ciudadano soldado.

En esas pampas indómitas y feraces de fauna autóctona, las armas se convirtieron en un valioso auxiliar de la subsistencia. Pero también ayudó, dicen las crónicas, para desalentar, y eventualmente repeler, las incursiones de indígenas o bandidos. Sobre este aspecto defensivo, todos aquellos que visitaron las colonias en sus comienzos tenían palabras semejantes a las que Hutchinson o a las de Lina sobre esas gavillasdesbandadas de la avanzada mitrista. Respectivamente,

Los colonos son buenos tiradores, y tienen más confianza en su propio rifle que la que pudieran tener en batallones de guardias argentinas (Hutchinson, 1945, pág. 164).

...Los colonos patrullaban activamente desde el comienzo de la guerra. Todos eran buenos tiradores de carabina y esa fama infundía respeto. La administración de la colonia no permitió ningún estacionamiento de tropas sobre las tierras cultivadas, pero los colonos, apiadándose de esos desgraciados, les señalaban los mejores sitios para vivaquear, fuera de los límites asignados a la colonia.... (Beck-Bernard, 2001, pág. 172).

Aunque los documentos sobre encuentros con indios son escasos, las armas no fueron la respuesta a un mero fantasma si pensamos que, aun moviéndonos en el terreno resbaladizo de las tradiciones orales y otros etnotextos, tuvieron lugar raptos

⁴⁴ Reglamento transcrito por Schobinger (1957, pág. 127 y 128).

⁴⁵ En el Museo de la Colonización de Esperanza, inaugurado el 8 de setiembre de 1968, puede verse una colección compuesta por un buen número de estas armas, acompañada por la descripción del modelo, calibre y origen. Relevamiento personal realizado los días 28, 29 y 30 de octubre de 2008. Agradezco el asesoramiento recibido y la información vertida en la entrevista por su Directora Graciela Russi.

de niños en las cercanías de Esperanza, San Carlos y San Jerónimo o que colonias como Gessler, Tortugas e Iriondo sufrieron malones y secuestro de mujeres hasta la década de 1870. En todo caso, el gobierno permitió durante los primeros 30 años guardias civiles de colonos bajo la cláusula de que no traspasaran los límites de la colonia. En el mismo año de arribados a Bernstadt, inmigrantes suizos suspicaces por el crimen de dos ingleses, se organizaron en patrullas para repeler posibles ataques de las montoneras jordanistas. Un matutino rosarino construía la noticia apelando a prefabricados culturales inspirados en el contrapunto entre lo gaucho y lo civilizado,

...en el acto que tuvieron conocimiento de la invasión Jordanista á San Lorenzo se armaron con ricos rifles y patrullaron durante el día y la noche, con el objeto de hacer respetar sus intereses si los invasores hubieran caído por allá con negros propósitos. Es así como lograremos que cualquier gaucho levante el pocho y vaya á hacer de las suyas en las poblaciones industriales...⁴⁶

Desde los inicios de la colonización, las armas les confirieron un medio de presión en las negociaciones políticas con el gobierno provincial por incumplimientos contractuales y derechos relegados. Castellanos y Sommer Geiser, un diplomático suizo que supervisó el viaje a Esperanza, escribían que más de trescientos colonos estuvieron a punto de avanzar sobre la ciudad Santa Fe para exigir a los gobiernos de Cullen y López el cumplimiento del contrato (Castellanos, 1948, pág. 77) (Sommer Geiser, 1997).

Pero a más de sus usos prácticos, el ejercicio de tiro sentó la primera institucionalización de una práctica deportiva en las colonias. Postulamos que el Tiro actuó como una archinstitución o etnoinstitución que se erigió modelo para otras que vinieron después impulsadas desde abajo. En el trascurso de su conformación y consolidación hizo las veces de escuela para la formación de cuadros dirigentes y para que los colonos inmigrantes en rudas asambleas afinaran la redacción de estatutos, la organización de comisiones y las prácticas de negociar con las empresas colonizadoras y los gobiernos. Junto a las mutuales y las sociedades de canto fueron los antecedentes más directos de los clubes de pueblos. Porque el tiro aunque tuvo ese cariz competitivo, tuvo su eco moral desteñido por una lectura turbulenta de la época. Un ex director de la Sociedad Tiro Suizo de Esperanza citaba en 1893 un fragmento del discurso proferido desde la tribuna de la institución:

Dichoso el día en que los tiros no tengan por finalidad más que la recompensa a la destreza y a la conquista del laurel pacífico, que las balas no estén dirigidas

⁴⁶ *La Capital*, jueves 15 de septiembre de 1870.

a nuestros semejantes, que el plomo no traspase más que cartones y no perforé más pechos humanos! (Emonet, 1893).

Norbert Elias consideraba al tiro y a la pesca, diversiones egoístas, en la medida que la competencia convocaba exiguos rivales (1995, pág. 201). Dentro de su caracterización de la deportivización como “batallas miméticas”⁴⁷, la práctica de tiro implicaba una potencia de “figuración”⁴⁸ más limitada que otros pasatiempos, una capacidad de catarsis menos potente para refrenar la pulsión de odio colectivo. Si el Tiro como institución representaba un avance del proceso civilizatorio al interior de las colonias, su práctica cotidiana, separada pero no desconectada de su institucionalidad, se volvió un síntoma de un movimiento des-civilizatorio que estructuraba la sociedad en clave racista. En 1879 un diario esperancino celebraba la heroica gesta de un descendiente de la familia Reutemann y de los hermanos Lottersberger, quienes dieron muerte a diez indios en la colonia Grütly. Los siete cadáveres hallados entre los pajonales fueron trasladados por orden del juez de paz de Felicia al cementerio de Esperanza en medio de la algarabía de la colonia⁴⁹. Por su actuación, el gobierno provincial los había premiado con un flamante fusil Remington⁵⁰ que utilizarían con los Vetterli, un año después, contra otra excursión, dando muerte a dos indios e hiriendo a otro de un malón de más de cuarenta individuos⁵¹. Arnoldo Reutemann será recordado como uno de los fundadores del Tiro Suizo de Humboldt (Kröhling, 2013, pág. 297). Los productores culturales han vuelto sobre estos acontecimientos vivos en la memoria colectiva de la gesta colonizadora. José Pedroni, lo evocaba en su poema “Romance del agua amarga”, agregando en la última estrofa la rememoración de un criollo.

Fermín González cuenta:

-¡Viera usted la gringada!

El cementerio lleno

como en día de ánimas.

⁴⁷ “La experiencia del objeto, y particularmente el complejo de sentimientos a ella asociados, es trasladada, si pasamos de la contemplación del objeto real a la del mismo objeto representado en un cuadro, a un engranaje diferente. Los aspectos emocionales de la experiencia, sobre todo, sufren entonces una transformación característica... El término ‘mimesis’ puede servir como símbolo conceptual de esa transformación...” (Elias, 1995).

⁴⁸ “Las figuraciones constituyen el núcleo central de la investigación cuando se estudian los deportes. Todo deporte –aparte de lo demás que pueda ser– es una actividad de grupo organizada y centrada en la competición entre al menos dos partes... El enfrentamiento se realiza siguiendo reglas conocidas, incluidas... las que definen los límites de violencia permitidos...” (Elias, 1995, pág. 191).

⁴⁹ *El Colono del Oeste*, n° 87, sábado 8 de noviembre de 1879, Esperanza.

⁵⁰ *Ibidem*, 15 de mayo de 1880.

⁵¹ *Ibidem*, 25 de septiembre de 1880.

Bajaron a los indios
con sus pieles de gama.
Hasta nueve bajaron.
Nadie decía nada.
De a uno los tiraron
en un pozo de agua.
'Dispué l'echaron tierra
pa que no noj miraran'.

Y el agua fue poniéndose
turbia, lechosa, amarga." (Pedroni, 1999, págs. 357-359).

Un año después de fundarse en 1859 el Tiro Suizo de la colonia entrerriana de San José, surgía en San Carlos su primera sosía santafesina⁵². Su constitución fue alentada por el director y el administrador de la colonia, interesado por gestionar el uso del tiempo ocioso imprimiéndole un sesgo utilitario y moral. En esta dirección la Sociedad Beck-Herzog ya había iniciado la organización de los cultos, una pequeña biblioteca en alemán y francés, que disponía de periódicos suizos como la *Gazette de Lausanne* y *Basler Nachrichten* para mantener a los colonos informados sobre los avatares de su patria. En una carta con fecha 17 de febrero de 1860, destinada a un tal Augusto Burquin de Sonvillier, Berna, Agustina Semon decía "...tenemos también una biblioteca, en la que podemos obtener libros a voluntad, y libros muy morales." (Gschwind, 1958, pág. 174).

Estos afanes recreativos, como ocurría con el canto, respondían a la búsqueda por aprovechar los domingos, día contractualmente prohibido para toda actividad laboral, so pena de multa⁵³. Como queda constatado en el registro de Vollenweider, la práctica del tiro se circunscribía a una actividad dominguera que comenzaba tras la de culto. Luego se extendería a feriados, al instaurarse en 1862 el 4 de noviembre fiesta patronal (Gori, 1958).

Bajo el nombre de "Schnetzen Gesellschaft San Carlos", y no del de "Tiro Suizo", la novel sociedad tuvo que afrontar la resistencia del primer juez de Paz, el inefable conde Tessières-Boisbertrand. Un mes antes de presentar su renuncia, le escribió a un funcionario del Ministerio General de la provincia, alertando sobre los

⁵² *Revista de la Policía de Entre Ríos*, Abril de 1945. Transcrito en *Libro de Oro. Centenario de la colonia San José, 1857-1957* (Centenario, 1957, pág. 88).

⁵³ "Contrato y Reglamento". Reproducido en su totalidad por Gori (1947, págs. 39-46).

riesgos que implicaba para la colonia la conformación de una fuerza militar encabezada por colonos de la suiza alemana. En esa carta expresaba haber condescendido a formarlos por razones de seguridad, pero que la presentación de Federico Goetschy, secundado por el comisario Fred Madoery, lo hizo recapacitar tras las ínfulas del solicitante quien presentaba el proyecto redactado en alemán. Según el Conde, el acento puesto en una disciplina severa supervisada por un capitán, lo asemejaba más que a una asociación vecinal a una verdadera fuerza armada independiente del gobierno, con la amenaza que significaba por las rivalidades religiosas, de las cuales Goetschy era todo menos neutro⁵⁴.

Provenientes de Rütönen, cantón suizo de Solothurn, los Goetschy fueron una de las primeras familias en llegar a la colonia, compuesta por el matrimonio de Juan Bautista Goetschy y Elisabeth Ringlen y sus tres hijos adultos (Gori, 1947, pág. 60). Con algo más de treinta años, Federico llegó a la Argentina con el rango de capitán de infantería otorgado por el gobierno del cantón de Basel-Landschaft -Basilea Campaña⁵⁵. Esta familia que había emigrado con cierto capital despertó los elogios de Beck por su laboriosidad e inteligencia (Gori, 1954, pág. 48). Y los buenos augurios del empresario se cumplieron, en poco tiempo se consolidaría como una de las familias más acaudaladas. La casa de Federico fue designada por su amplitud y belleza para hospedar al presidente Avellaneda, al gobernador Iriondo y a sus ministros durante su visita oficial de 1879 (Gschwind, 1958, págs. 335-337).

Una carta remitida por Federico fue el detonante para la que el conde acudiese al gobierno. Fechada el 23 de abril de 1860, tras la asamblea fundacional del tiro, Goetschy le espetaba que la institución se erigiría aún contra su voluntad, recordándole que los suizos aman por sobre todo la libertad y que, de negarse, “cada suizo podía convertirse en un Guillermo Tell de palabra y acción” (Gschwind, 1958, pág. 248). En sus términos, su despotismo era el catalizador de las discordias entre católicos y protestantes.

Vollenweider no lo registró en su diario, pero la primera reunión fue presidida por Goetschy, elegido presidente de la comisión, acompañado por el maestro Adolfo Ineichen como secretario. Su proyecto fue leído y aprobado por los participantes. Entre sus artículos figuraba como *leitmotiv* la definición de la práctica del tiro como deporte dirigido a robustecer el cuerpo social y el honor de los individuos. El

⁵⁴ Carta de Jean Baptiste Leòn Tessière-Boisbertrand al señor Carreras, San Carlos, 26 de abril de 1860. Fragmento reproducidos en Gschwind (1958, pág. 246 y 247).

⁵⁵ Se desempeñó como teniente 1° de infantería en Solothurn y lugarteniente de la Legión Británica al servicio de la reina Victoria.

documento dejaba constancia de sus funciones de velar por la paz y el orden, fortalecer los vínculos inter-personales, promover la formación de un fondo común para la conservación del polígono y los blancos y el aprovisionamiento de todo lo necesario para la práctica del tiro.

Si repasamos la composición de estas asambleas vemos el predominio de suizos de lengua alemana y religión protestante, esperable en una colonia donde estos clivajes eran proporcionalmente mayor a la de otras. De los 26 socios fundadores, un 90 % comparten su condición de disidentes, aunque uno de sus integrantes, y futuro director del tiro, Santiago Stelzer fuera el presidente de la comisión católica. Sus integrantes provenían de familias acomodadas en términos de los frugales parámetros de las colonias, cuyos ingresos les permitían abonar la cuota.

Entre los socios, no había francohablantes, sólo suizos germanohablantes y algunos alemanes a secas. Esta tendencia en San Carlos, pero no sólo allí, comenzará a virar hacia los años 80s con la sedimentación de las diferentes colectividades en el sustrato común de la vecindad, para entonces colonos con hijos argentinos o colonos argentinos con padres extranjeros. Los primeros pasos en la configuración de un espacio no comercial de encuentro entre suizos de diferentes regiones, lenguas y religiones fueron las fiestas de tiro que comenzaron en 1863 con motivo del feriado de San Carlos. Beck refiere al poder de concurrencia de las celebradas en 1863 y 1864, que generaron entre los asistentes una fuerte evocación de las fiestas federales suizas:

Los colonos de Esperanza y de San Jerónimo, los extranjeros que viven en Santa Fe y hasta en Rosario, tomaron parte con mucho ánimo. La suscripción para los premios alcanzó la última vez la cifra próxima a los mil francos. Habíamos hecho arcos de triunfo con plantas ornamentales, adornado con cintas y guirnaldas la casa del tiro y todos los establecimientos cercanos; de todas partes veíamos flotar los colores suizos, algunas veces en grandes banderas y otras en pequeños pabellones. Entre las guirnaldas de flores habíamos colocado inscripciones que debían recordar a Suiza y excitar la alegría. Un baile campestre cerró la jornada y la alegría que reinaba por todas partes no se vio enturbiada por ningún desorden. Todo el mundo experimentaba un sentimiento que le recordaba las fiestas análogas de la madre patria (Beck, 1865, pág. 219).

Aunque en estas fiestas continuaron predominando los suizos-alemanes-protestantes, otros clivajes culturales se fueron sumando. Poco a poco, los tiros configuraron un espacio de interacción de identidades que en la semántica de la colonia se expresaban como franceses, alemanes, católicos, protestantes, de diversos

cantones, incluso procedentes de aquellos enfrentados en la última guerra civil; por ejemplo, en el podio de los tiradores más sobresalientes de Esperanza figuraban valesanos católicos. El “Tiro Suizo” esperancino también aparece como la primera institución de la colonia. Creado en 1866 en terrenos donados por el bernés Carlos Henry⁵⁶, al igual que el de San Jerónimo Norte⁵⁷, sus promotores fueron vecinos que ya lo practicaban, participando en los concursos anuales de San Carlos y en las guardias cívicas de la colonia (Raiter, 2011).

En 1865, el juez de paz de San Jerónimo Norte notificaba al gobierno de Oroño la creación de una guardia de 40 tiradores voluntarios. Esta división, compuesta, según Oggier y Julli (1984), por ex milicianos valesanos de batallones al servicio de Roma, Nápoles o Palermo, realizaban prácticas dominicales de tiro y de maniobras para rechazar posibles incursiones de indios. Pero su acción no se redujo a la seguridad de los vecinos, ni a lo lúdico competitivo. La guardia actuó políticamente contra Oroño y su “gestión blasfema” que tuvo la osadía de declarar en 1867 la laicización del matrimonio y los cementerios. Ritualmente brilló durante la celebración anual del Corpus Christi, transponiendo de su Valais natal la función de los regimientos *Hergottsgranadiere* –granaderos de Dios - que para esa fiesta desfilaban acompañando la procesión popular.

Esta dimensión ritual del uso de las milicias también la hallamos en Cayastá, conocida entonces como colonia del Conde⁵⁸. En su fiesta patronal del 8 de septiembre, veteranos del bajo Valais con sus vestimentas oficiales desfilaban, seguidos por un grupo de zapadores engalanados con casacas azules, cascos metálicos y portando sus alabardas. Pasos detrás, el conde y tres de los más añosos vecinos transportaran en andas la imagen de la virgen, seguidos por un destacamento de fusileros ataviados con uniformes rojiblancos, sombreros adornados con plumas y portando el pendón de Valais. La muchedumbre católica se congregaba detrás para acompañar el movimiento sagrado en torno a la capilla, reglado por el tañer de la campana, los rezos y las descargas al aire (Kaufmann, 2000, págs. 52-53).

Los católicos valesanos del Tiro Suizo de Esperanza, a diferencia de los de San Jerónimo, provenían del Valais francófono. Entre 1880 y 1902 el cargo máximo de la sociedad recayó en vecinos de este origen (Carron & Carron, 2009, pág. 77). En 1893 el valesano Jules Emonet, presidente del tiro entre 1887 y 1888 y, posteriormente director

⁵⁶ Apodado *Tete Blanche*, Henry fue el propietario del primer servicio de diligencia en la colonia

⁵⁷ Este Tiro, como el de la capital santafesina, datan de 1872.

⁵⁸ Recibió este apodo por haber surgido a iniciativa del noble Tessières-Boisbertrand tras su expulsión de San Carlos,

del periódico porteño *Le Courier Suisse du Rio de la Plata*, relataba el cronotopo⁵⁹ festivo que conjugaba la diversión con la formación moral y el espíritu patriota suizo.

Un periodista de *La Capital* de Rosario describía una práctica de tiro en Esperanza. En la nota evocaba su sorpresa por la precisión de las armas y la destreza para dar en objetivos del tamaño de un sombrero ubicados a 210 varas – algo más de 175 metros⁶⁰. Sobre las competencias en esa colonia, Dürst evocaba la que tuvo lugar en julio de 1874 “celebrada a la memoria suiza”. En medio de la algarabía y los discursos encendidos una corte de jóvenes elegantemente ataviadas dispensaban el vino de honor a las comitivas que de San Carlos, San Gerónimo, Humboldt, Grütli, Frank, Santa Fe y Rosario iban llegando portando sus insignias y banderines. El *Festspiele* pampeano duró tres días y como las de San Carlos, fue sellado con un banquete recordado por Dürst en un intermezzo:

Sentados tranquilos después de la fiesta
Los señores con el vino champaña
El mesonero entusiasmado cual los visitantes
Servía las copas siempre otra vez.
En esta última alegre hora
Todos con el henchido corazón
Y fuerte sonó de cada boca:
¡Qué viva la unión entre tiradores!
Entonces levanta de un alegre círculo
Un brazo patriota su mano...⁶¹

Un lustro más tarde, desde en San Carlos Sud, este maestro se refería al vigor que conservaba la práctica del tiro. A más de dos décadas de fundadas estas sociedades, la disciplina seguía creciendo en socios y adeptos. Según él, los sancarlinenses habían alcanzado renombre como tiradores que, al costado deportivo, antepoñían la divisa pragmática de “defender con más eficacia su hogar y su familia, y en la caza tener la certeza o seguridad en el tiro”. Hacia finales la década de 1880, se extendió a la misión de salvaguardar la patria. En los albores de un inminente conflicto bélico con Chile, el Estado promocionó estas asociaciones, buscando imprimirle un

⁵⁹ Utilizamos aquí una transposición la noción acuñada por Mijail Bajtín para la literatura. Su traducción literal significa “tiempo-espacio”. Este lingüística ruso lo definía como “la conexión esencial de relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura” (Bajtin, 1989, pág. 237).

⁶⁰ *La Capital*, jueves 19 de diciembre de 1867.

⁶¹ Dürst, *Erlebnisse und Erfahrungen...*, op .cit

carácter nacional. Se impulsó una campaña de extenderlas hacia todos los rincones a fin de “ejercitar a los ciudadanos en el manejo de armas y en el tiro”. Bajo el lema, “Acá se aprende a defender la patria” nacieron en 1891 los Tiros Federales Argentinos, con la fundación de su primera sede en Buenos Aires (Bertoni, 2001, págs. 217-221).

En el cambio de siglo, muchas de las sociedades de Tiro Suizo se refundirán en las del Tiro Federal. Pero ya muchas habían devenido en sociedades cosmopolitas, en parte debido a la moda que había ido cobrando este deporte a nivel mundial, cambiando con frecuencia sus nombres por el de Sociedad Internacional de Tiro”, como ocurrió en San Jerónimo, San Carlos Norte y San José. Hacia 1893, Emonet señalaba que a pesar de mantener sus banderas y denominaciones primitivas, la mayoría de ellas habían ido modificando sus estatus, deviniendo sociedades internacionales. En 1892 en el concurso del VI de los torneos organizados por los Tiros Federales del Río de La Plata, hallamos que once de las doce sociedades participantes fueron gestadas por inmigrantes suizos, de las cuales cinco provenían de Santa Fe: Esperanza, San Jerónimo, Carcarañá, San Carlos y Rosario. En esta competencia, Ami Droz, un esperancino de origen valesano se alzó con el trofeo máximo y el título de “Rey del tiro”.

Los Tiros Suizos del país, en particular el bonaerense de Belgrano, fueron importantes formadores de muchos de los futuros líderes de las Sociedades del Tiro Federal Argentino, además de importar de aquellos aspectos de su reglamento. La diferencia esencial radicaba en que su manutención estaba cubierta por fondos estatales (Roldán, 2005, págs. 188-189). El modelo del ejército suizo basado en el adiestramiento del hombre común en tiro y ejercicios gimnásticos devino norte a seguir en la formación y entrenamiento del pueblo argentino, usando los polígonos existentes e impulsando la creación de nuevos. Este legado edilicio y deportivo se acoplaba de maravillas al tiro certero como novel paradigma militar que se imponía tras las guerras bóeres sobre las teorías de Souvaroff, las cuales, según la definiera el general Fotheringham, confiaban más en la bayoneta que en la bala (1994, pág. 275). En sus memorias sobre su vasta carrera en la milicia argentina escribía “Poco tiraban al blanco y no comprendo hasta hoy por qué daban tan poca importancia a tan serio ejercicio, y esto hasta después del 80.” (Fotheringham, 1994, pág. 87).

Para cumplir con servicio militar obligatorio que instauraba la Constitución Suiza de 1848, y sus distintos periodos de formación, debía presentarse el suizo con el arma y el uniforme que el Estado le proveía y que conservaba desde entonces en el hogar. Aquí se dijo yacía una de las razones, mucho más que el mito de Tell, para explicar la importancia del tiro como deporte nacional y la pléyade de

clubes/polígonos que cubrían el país (Dumas, 2015, pág. 52 y 53). El modelo de formación de este ciudadano soldado instaló un debate sobre la militarización de la enseñanza, levantándose voces favorables incluso para extenderlo a la escuela primaria. De allí el interés que concitó el libro de Alejandro Guesalaga⁶² sobre la instrucción pública en Alemania y Suiza. La razón blandida por el autor para la elección residía en el éxito militar germano en la guerra franco-prusiana que eran ante todo el triunfo de las cualidades intelectuales y morales del pueblo promovidos por el sistema de educación alemán consolidados durante los gobiernos de Bismark y Graf von Roon (Guesalaga, 1894, pág. 8).

Como antecedente para el perfeccionamiento del sistema educativo argentino, este informe subrayaba que en Suiza la gimnasia era una práctica obligatoria y preparatoria para el servicio militar en casi todos los cantones. De las 5.130 escuelas, la gimnasia se enseñaba en 4.382 y en 397 de las 409 superiores (Guesalaga, 1894, pág. 241). Por su parte, la *paideia* militar era impartida en seis cantones en escuelas primarias, superiores y normales, mientras que en los restantes se ofrecía en las Escuelas de reclutas y en las complementarias; en todos los casos el adoctrinamiento estaba dividido en ejes como instrucción del soldado, estudio del fúsil y tiro al blanco. La construcción de este ejército de ciudadano-soldado se fortaleció con la emergencia en casi todas las aldeas y pueblos, con la subvención cantonal y federal, de las *Shützein-Verein* - sociedades de Tiro y de Gimnasia a las cuales todo joven hasta los 18 años estaba obligado a pertenecer (Guesalaga, 1894, pág. 245).

El maestro suizo Meyer, arribado al país durante en la década del 80, se refería a la formación militar que había recibido como adolescente en la escuela de Lenzburg, prestigiosa institución del cantón de Aargau. Volviendo sobre la debatida utilidad de esta formación, él, que no la juzgaba incongruente en términos pedagógicos, la describía así:

Cada alumno del distrito era 'cadete' y con mucha habilidad, pero con mucho rigor, se nos formaba como jóvenes soldados. Durante el verano todos los martes y viernes de cuatro a seis horas efectuábamos ejercicios, y cada año había maniobras del conjunto de cadete y combates. Las opiniones de la utilidad de esta institución eran y aún hoy están divididas, pero aquellos que afirman que

⁶² Guesalaga, integrante de la legación argentina en Berlín, fue encargado por el gobierno nacional a los efectos de recabar experiencias con miras a implantar un proyecto de educación similar en la Argentina. Los tópicos de esta investigación se amoldaban a la solución propuesta por las élites, configurar sujetos disciplinados, adiestrados, morales y patriotas como el más eficaz antídoto para los desafíos planteados por el aluvión inmigratorio.

los alumnos encuentran demasiada distracción, están a mi juicio en un error. En nuestro reglamento decía: sólo los alumnos que todos los años son promovidos a una clase superior, pueden alcanzar en el cuerpo de cadetes un mayor grado. Eso ayudaba; se estudiaba con ahínco, pues cada uno quería cambiar su fúsil por un sable...⁶³

Entre 1897 y 1903 se crearon o refundaron alrededor de 54 sociedades y hacia 1915 se contabilizaban unas 124 sociedades de tiro en la Argentina (Raiter, 2011). Tratados publicados sobre esta práctica tuvieron una excelente acogida en el estamento gubernamental y el público en general, tal es el caso del libro para el adiestramiento del tirador de Alejo Covian, cuya primera edición se agotó en dos meses (1898, pág. 5). La idea del ciudadano-soldado que Suiza⁶⁴ seguirá exportando como institución patriota⁶⁵, tenía para algunos su paralelo en la Guardias Nacionales, instauradas por Buenos Aires en 1852 y por la Confederación en 1854. Esta institución militar, de impronta civil, se cimentaba en la obligación ciudadana de asumir la defensa de la patria. Ante la apremiante necesidad de instruir a la población en el manejo de los modernos fúsiles, se refundó el Tiro Federal Argentino en 1895. Ese mismo año se promulgaba la ley que disponía la obligatoriedad del alistamiento de todos los argentinos que hubiesen cumplido los 20 años para una instrucción militar de dos meses.

En los aires patrióticos finiseculares, esta instrucción se extendió a un año, enrolando por sorteo 893 conscriptos santafesinos durante el período 1899/1900 (Iturraspe, 1970). Eco de la fisonomía social del litoral, se introdujo en la agenda política la necesidad de contar con el apoyo militar de su población extranjera. A la legión ítalo-argentina presta a ejercitarse con la Guardia Nacional, las colonias santafesinas, interpeladas por la flamante Liga Patriótica, ofrecieron sus legiones. Las esperancinas, autodenominadas “franco-suiza” y “tirolesa”, se alistaron para sumarse a las filas de los reservistas extranjeros. En 1899, en su mensaje de apertura de las

⁶³ Hans Meyer, “Aus dem Leben eines Schulmeisters”. Publicada en el periódico de la colectividad alemana de Buenos Aires *Hubens uns Druben*, 10 de octubre de 1920. Agradezco al historiador Dr. Gerardo Álvarez por haberme facilitado una copia de esta fuente traducida por Knut Axel Benno Sylwan Schnack.

⁶⁴ En Suiza hacia fines del siglo XIX no existía ejército de línea permanente. En su lugar, todo ciudadano era soldado activo –*Landwehr*– desde los 20 a los 44 años y soldado de reserva –*Landsturm*– entre los 17 y 20 años y de los 45 a 50. (Guesalaga, 1894, págs. 242-244).

⁶⁵ Aunque esta propaganda tuvo comienzo de intensidad durante la primera guerra mundial y el intento por la Nueva Suiza en su periódico *Echo*, puede visualizarse con mayor intensidad en el marco de la segunda guerra mundial donde una serie de libros destinados alguno de ellos a los suizos del extranjero se publicaron con carácter propagandístico y patriota. Ver (Calgari, Bolla, & al., 1942) (Rougemont, 1942) (Siegfried, 1958).

sesiones ordinarias de la Cámara Legislativa, el gobernador santafesino José Iturraspe subrayaba el celo patriótico demostrado por el cuerpo de infantería del departamento Las Colonias, frente a los rumores de una conflagración internacional. Conformado por voluntarios, sus integrantes se entrenaron durante quince días haciendo vida de cuartel bajo el mando de oficiales del ejército nacional⁶⁶.

Llevando la experiencia del enrolamiento obligatorio un paso más allá, en 1901 fue promulgada la Ley del Servicio Militar, en sintonía con la divisa política de arraigar en las masas un sentimiento de patria de cara a un discurso social impregnado por la “cuestión social”, la movilización popular y el aluvión inmigratorio. Sus principales adalides fueron el ministro de guerra Pablo Ricchieri y el Presidente Julio Argentino Roca, quienes la defendieron inspirados en la superioridad del ejército prusiano sobre el francés, en momentos donde el conflicto con Chile se reinstalaba en la agenda política y el imaginario colectivo. Esta concepción tuvo que hacer frente a la que propugnaba la continuación de una organización militar agenciada por un ejército pequeño y profesional y una Guardia Nacional conformada por civiles, al estilo de la ordenación militar suiza⁶⁷.

Con la promulgación del servicio militar obligatorio, las sociedades de Tiros vivieron un punto de inflexión. A partir de entonces el Ministerio de Guerra comenzó a reglamentar las condiciones que debían reunir para obtener subsidios y armamentos y municiones. Hacia el cambio de siglo el gobierno provincial afirmaba subvencionar varias de estas asociaciones (Iturraspe, 1970, pág. 549). La personería jurídica se volvió una exigencia, por lo cual muchas de estas sociedades comenzaron las gestiones pertinentes mientras adecuaban sus instalaciones a la resolución ministerial. Hacia los primeros años del siglo XX, los Tiros Suizos de las colonias del oeste santafesino, o se refundaron, federalizándose y argentinizando hasta el nombre, como en Esperanza, o se disolvieron, donando o cediendo *pro tempore* sus instalaciones a los bisoños tiros federales, tal como ocurrió en San Jerónimo, San Carlos, San José. Todas podrían hacerse eco *mutatis mutandis* del devenir de su par esperancina,

... Este despertar patriótico [se refiere a la concurrencia de los tiradores a los tiros federales] repercutió en aquellos suizos, que con hijos argentinos ya, vinculados a la patria por la propiedad y la familia, se sintieron un tanto argentinos por su bienestar, y deseosos al mismo tiempo de que su sociedad sirviera de base a la

⁶⁶ *Historia de las Instituciones de la provincia de Santa Fe, op. cit.*, p. 495 y 496.

⁶⁷ El triunfo de la primera modalidad, implicó un avance más en el control estatal, perfeccionando la mecánica del poder disciplinario al centralizar, unificar y otorgar una estructura permanente a la institución militar.

fundación de otra con moldes nuevos de acuerdo a la época (...) el 19 de enero de 1902 resolvieron acogerse a los beneficios que ofrecía la nación, federalizándose; cambiando, por consiguiente, su nombre por el de Tiro Federal Argentino de Esperanza.⁶⁸

Colonias más pequeñas como Humboldt vivieron como amenaza esta avanzada estatal. Para el centenario el Tiro de esta colonia reabrió sus puertas como entidad deportiva bajo el diacrítico argentino (Kröhling, 2013, págs. 297-299) al igual que sus pares, más al sur, del Central Argentino. Aunque existían desde la última década del siglo XIX su organización era harto precaria en comparación con las colonias más antiguas. Las primeras actas del Tiro de Carcarañá datan de 1891. Estos documentos redactados mayormente en alemán nos hablan de los prolegómenos de la institución, su reglamento y sus proyectos inmediatos de expansión. Durante los quince años que pervivió sus socios fueron en gran mayoría suizos alemanes con un puñado de tiradores originarios de cantones franceses e italianos y de alguna otra nación europea. Todos los cargos directivos fueron ocupados por colonos de la suiza germánica: Juan Fuchs, Teófilo Ott, Juan Schaff, Benito Franz (Benedetto & Vadillo, 2010, págs. 203-206). Hacia 1903, a instancia de un grupo numeroso y cosmopolita, con presencia de nativos, se obtuvo la personería jurídica que reconocía el carácter de sede Sociedad del Tiro Federal Argentino al polígono abierto ese mismo año (Álvarez, Tiro Federal Argentino de Carcarañá (1903-2003), 2003) –según otra crónica esta entidad fue creada en 1903 pero obtuvo la autorización un año después⁶⁹. Hasta 1906 ambas sociedades de tiro pervivieron, fundiéndose entonces la más antigua al nuevo Tiro Federal.

Jirones del helvetismo en esta institución pueden verse en las divisas de las diferentes sociedades nucleadas en el Tiro Federal Argentino. Si la Cruz Roja de Henri Dunant invierte los colores de la bandera helvética, el emblema del Tiro vuelve celeste la cruz blanca cambiando su fondo rojo por uno blanco. Según un informe de la delegación suiza en Buenos Aires fechado el 18 de abril de 1895 la divisa del Tiro Federal Argentino despertó hilaridad en la colectividad debido a que la cruz azul se las identificaba con las asociaciones antialcohólicas en Suiza (Arlettaz, 1979, pág. 352).

Sobre el cambio de su denominación o razón social, una de las pocas excepciones fue el Tiro Suizo de Rosario. Aunque volvió a fundarse con nuevos estatutos en 1903, esta sociedad conservó su marcador étnico. Sin embargo, el discurso de la institución adoptó también un cariz marcadamente pro-argentino. Quien fuera uno de sus

⁶⁸ *Tiro Nacional Argentino*, año 2, n° 9 y 10, marzo y abril de 1911, p. 66 y 67. Citado por Raiter.

⁶⁹ Hilda Burkhardt de Piloti, *Origen de la fundación del pueblo de 'Carcarañá'*, mimeo.

fundadores, Bautista Chiesa, originario del cantón italo parlante de Ticino – llamado hasta 1894 Tiro Suizo Unión Liberal Ticinense, celebraba en 1914 los avances en el ejercicio de esta distracción “viril”, “sana” y “patriota” que contaban con 258.000 practicantes en el país (Chiesa, 1914), en comparación a los 50.000 que lo ejercitaban una década antes. Su difusión conllevó el ascenso argentino en el podio internacional. Sumando los puntos logrados en los 17 concursos internacionales de tiro desde 1897, la Argentina ocupaba el séptimo lugar en un ranking encabezado por Suiza, pero el primero entre los hispanoamericanos⁷⁰. En 1907 una delegación nacional participó en el Fiesta del Tiro Federal en Zürich, con un desempeño y patriotismo tal que fue honrada con un poema traducido “A los tiradores argentinos”. El maestro sancarlino Adolf Schuster, de vuelta en Europa, publicó un extenso libro sobre la Argentina que, alineado con la retórica imperialista en boga, auguraba el liderazgo de este país en Latinoamérica, esperable por su pasión patriótica y la popularidad del tiro (Schuster, 1913, pág. 175).

En este proceso de difundir y argentinizar la práctica, la organización de competencias nacionales y provinciales fue una vía fundamental de la intervención gubernamental. El subsidio estatal en armamentos y vituallas lo hizo un deporte bastante popular, extendido a casi todas las capas sociales a diferencia del más elitista y costoso tiro a la paloma (Roldán, 2005). A las competencias y campeonatos organizados por cada Sociedad de Tiro en diferentes categorías se le agregaron otras promovidas desde el Estado. En 1902 por ley provincial se instituyó el tradicional campeonato anual “Copa de Honor”, cuya última celebración tuvo lugar en 1971, regido por el sistema suizo de Detentor utilizado en el Tiro Federal Argentino. Para su primera edición concurren 12 de los 28 *stands* existentes en la provincia, alzándose con el triunfo la delegación de San Carlos, cuyo premio fue entregado por el Ministro de Guerra. En 1903, nombrado Buenos Aires como anfitrión de VII Campeonato mundial, este ministro creó el torneo “Copa Argentina” o “Trofeo Genio de la Paz”.

En 1905 se creó la Dirección de Tiro y Gimnasia, dependiente del Ministerio de Guerra, para relevar a la Inspección General de Tiro. El control bajo un mismo

⁷⁰ “El primer concurso internacional de fusil se celebró en Lyon (Francia), en 1897, y desde entonces los torneos se han realizado anualmente sin interrupción. En un principio, el blanco estuvo dividido en cinco zonas, y desde 1898, no ha variado, con 1 metro de diámetro, dividido en 10 zonas de 10 centímetros. Cada nación designa cinco tiradores que disparan cada uno 120 balas a 300 metros, distribuidas en 40 por posición, de pie, de rodilla y acostado; lo que hace un total de 600 tiros por nación que interviene, con un máximo ideal de 6.000 puntos, dado el caso de que todos los proyectiles se ubicaran por los tiradores de una representación en el centro mismo del blanco.” (Chiesa, 1914).

organismo indicaba además el valor militar otorgado a ambas disciplinas. Suizos e ingleses aparecían como pioneros en la introducción de la gimnasia. Dos sociedades se destacaban como las flamantes difusoras de los principios del sueco Henrik Ling; en 1880, el Club Cosmopolita Gimnasia y Esgrima, posteriormente Club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires (GEBA) y, en 1885, la Sociedad Suiza de Gimnasia fundada por Hans von Arx (Zago, 1995, pág. 50).

La primera, surgida a instancia de la elite porteña, será en la década siguiente la expresión más acabada de la gimnástica militar que buscaba imponerse en las escuelas nacionales. Esta posición será resistida por el Consejo Nacional de Educación, desde cuyas filas se oponían a este concepto militarista, abogando por una disciplina intelectual que hallaba en el ejercicio libre y lúdico un espacio de estimulación natural.

En 1892, con la presencia de las máximas autoridades nacionales y de instituciones como la Sociedad Suiza de Gimnasia, GEBA organizó el primero de los grandes torneos de esta disciplina en pos de la creación de una Federación Nacional Gimnástica (Bertoni, 2001, pág. 222). Aunque sin la popularidad del tiro, motivó la organización de sociedades gimnásticas en las colonias bajo la supervisión de un entrenador suizo. Es el caso de la Sociedad de Gimnasia de la pequeña colonia de San Jerónimo Sud, creada en el cenit de la popularidad y el prestigio del lema de Juvenal "*mens sana in corpore sano*". Dirigida por el instructor y gimnasta Edwin Wullschleger esta sociedad se anexó en 1908 a la de Tiro. Los éxitos de varios de sus integrantes en torneos realizados en Rosario y Buenos Aires, no impidió que se disolviera años antes de que la de Tiro alcanzara su esplendor –recién en 1931 ganó el primer campeonato por la Copa Patria realizado en el polígono del pueblo de Las Rosas (Palacios, 1971, pág. 45 y 46).

La introducción de la gimnasia como materia obligatoria de las escuelas étnicas generó rispideces entre maestros y padres. Mientras aquellos solían juzgarlo parte del proceso educativo, los padres se mostraban displicentes a la hora de enviar a sus hijos fuera del horario áulico. El maestro Meyer subrayaba que, a diferencia de lo que ocurría en las grandes ciudades, la gente de campo no podía entender que los movimientos corporales controlados ejercían una influencia invaluable sobre los órganos internos, como se sabía desde la antigüedad,

...La gimnasia es una importante materia didáctica y no debe descuidarse jamás, pero cuesta trabajo, especialmente ente la población agrícola, llegar a la meta deseada. Recuerdo muy bien que los padres no estaban conformes con un plan de estudio donde la gimnasia era declarada obligatoria y manifestaban que sus

hijos no necesitaban ser equilibrista, que en sus casas se podrían proveer de suficientes ejercicios con la azada, la escardilla, o la sierra, el hacha, la horquilla y la guadaña...⁷¹

Otros maestros y vecinos comprometidos con las sociedades escolares y las actividades artísticas coincidían con Meyer en sus críticas al creciente interés que suscitaba el fútbol. Sostenía que, aunque no debía desalentarse su práctica, en tanto mediara la disciplina, lejos estaba este “ejercicio unilateral” de alcanzar la completud física y moral de la gimnasia. Año después, Weihmüller desencantado explicaba el naufragio de la Sociedad de Gimnasia en San Jerónimo por la expansión de la pasión futbolera en los umbrales del siglo XX: “es que los argentinos no querían hacer gimnasia, solo ‘pateaban’ y jugaban”⁷².

Ambas prácticas fueron una apuesta de la ingeniería estatal. La Confederación echó mano de ellas para alentar un discurso alineado con las políticas imperialistas. A comienzos del siglo XX, y más aún los años siguientes a la Primera Guerra Mundial, vía la agrupación intelectual Nueva Sociedad Helvética (NSH) constituida en 1912, el gobierno suizo alentó el desarrollo de programas destinados a cooptar a los “suizos del extranjero”. Entre las razones esgrimidas por la NSH figuraba la preocupación por el riesgo de desdibujamiento de la identidad nacional debido a la alta tasa de extranjeros residente en Suiza -en 1910 rondaba el 14% de la población (Arlettaz, 1986).

Regida por esa vocación pro-nacionalista y proto-imperialista debe ser leída la fundación de la revista *L’Echo*, la circulación de obras apologéticas del “helvetismo” como *Ta patrie*, la creación de sociedades helvéticas en otros países, la instauración oficial en 1916 de la Organización de los suizos en el extranjero y su Secretaría en 1919. En esta constelación política tuvo lugar la invención de la “cuarta suiza” que sumaba a los suizos del extranjero como parcialidad a las otras tres divisiones lingüísticas de las Confederación –la suiza alemana, la francesa y la italiana. Con el reconocimiento en 1938 del romanche o retorrománico como lengua nacional, la “cuarta suiza” se volvió finalmente “quinta” (Arlettaz, 2002).

Con la sanción de una fiesta nacional, sustentada en relatos alegóricos sobre la solidaridad suiza, los flujos transnacionales de la cultura helvética cobraron oficialidad. Así, organizaciones gimnásticas y de tiro fueron invitadas a participar en torneos en la “Madre Patria”. En 1912 un grupo de gimnastas suizos de Buenos Aires compitió en la popular Fiesta Federal de Gimnasia celebrada en Basilea, retornando

⁷¹ Meyer, “Aus dem Leben eines Schulmeisters”, *op. cit.*

⁷² Weihmüller, “Erinnerungen an die Gründungszeit der Schweizerkolonien...”, *op. cit.*

con una medalla de oro (Zago, 1995, pág. 50). A su vez, una delegación suiza de tiro ganadora en una competencia internacional en la ciudad de Buenos Aires recorrió varias colonias, inspirando fervor entre los suizos y sus hijos⁷³. La colectividad de Baradero los invitó a visitar la ciudad, homenajéndolos con un picnic y un baile. El informe anual de la Casa Suiza resaltó la comunión de sentimientos y pensamientos patrióticos entre estos representantes y los colonos⁷⁴. Dürst ha dejado un testimonio de su afable y recordado paso por Roldan:

Después del festival, hicieron una gira [se refiere a los tiradores suizos], para poder contar en su patria de la tierra y la gente de la Argentina. Así vinieron también a Roldán, le mostramos lo máspreciado que tenemos y de los cual estamos orgullosos: la escuela. Era la primera que veían, junto al Río de la Plata. Los niños cantaron canciones de su lejana patria, sus acordes armónicos le llegaron a los sencillos hijos de los Alpes al corazón y con las sentidas pero sentimentales: ‘Si le pregunto al caminante: Dónde vas?’ habrá cabido quizás unos ojos llenos de emoción y nostalgias. Los tiradores les dieron la mano a los alumnos y maestros y uno dijo: ‘Igual que nosotros en casa, precisamente igual! Yo recién salí de la comisión escolar de nuestra comuna.’⁷⁵

Sobre ese contingente de tiradores se dijo que representaron “doblemente a la patria”. Eran connacionales exitosos, y nada menos que de una práctica que agenciaba la identidad. Pero su éxito en el torneo reforzó lo colectivo y lo patriótico. El objeto fúsil, mediación de la actividad y prolongación del brazo, como el éxito del disparo, se fundieron en una cualidad vuelta diacrítica y premisa de lo suizo como “etnicidad emblemática” (Segato, 2017): la precisión devenida rasgo de la etnomercancia artesanal, relojera, armera, óptica, deportiva (Comaroff & Comaroff, 2011). Todd explicaba por este atributo la expansión industrial helvética y la singularidad de su clase obrera (1995, pág. 157). El arma y el labrador como cualidad distintiva de las narraciones de lo helvético. La precisión y la pasión por el tiro se ponen a merced de la libertad y la valentía. Guillermo Tell o el Monumento al león de Lucerna⁷⁶. El mito

⁷³ Esta delegación deportiva estaba compuesta por Émile Kellenberger, Adolphe Tobler, Alfred Grüter, Louis R. Richardet, Conrad Wüger y Roberto Hitz. (Mauron, 2006, pág. 114).

⁷⁴ “12º Informe anual de la Sociedad Suiza de Baradero”, Imprenta Helvetia, Buenos Aires, 1904, p. 7. Citado por Mauron (2006, pág. 116).

⁷⁵ Dürst, *Erlebnisse und Erfahrungen...*, op .cit

⁷⁶ Se trata de una escultura labrada por el escultor danés Bertel Thorvaldsen. Está situada en una roca de la ciudad de Lucerna. Tallada entre 1819 y 1821 conmemora la muerte de 300 mercenarios de la Guardia Suiza que defendían el Palacio de las Tullerías durante la Revolución francesa

se vuelve de piedra, el afán de autonomía e independencia será consecuencia de campesinos que tomaron la alabarda (-ahora el fúsil-) para esculpir su memoria.

Su trascendencia cobra fulgor con el interés político que suscitó la “Quinta Suiza”. El nuevo legendario interpelado por las políticas culturales de ese nacionalismo a distancia fue más allá de las fronteras, ampliando la escala de ese sentimiento de simultaneidad que pone en juego el artefacto nación. Para el suizo del extranjero se creó el periódico *L’Echo*, luego *Helvetia*. Escudos y objetos que simbolizaban la madre patria se volvieron fetiches que circulaban por las redes locales, como *souvenir* obligado para todo aquel que viajaba, venía o seguía conectado con la parentela ultramarina –muy común era hallar en las casas adornos diacríticos, anverso de postales que significan transparentemente el imaginario alpino. Los viajes familiares a Suiza se volvieron ritual entre los económicamente acomodados. Familias carcarañenses entrevistadas mencionan al menos un viaje de retorno entre sus antepasados y la primera generación nacida aquí. Mis bisabuelos argentinos y sus padres viajaron al menos una vez a Suiza, con largas estadías –mientras escribo, pienso en uno de los tantos relojes de pie que trajo mi tatarabuelo para diversos usos, regalos y objetos de venta.

Estos retornos temporales tuvieron mayor asiduidad durante las primeras dos décadas del XX, con la marea helvética en creciente y el testimonio del pionero ya inmortalizado en la foto familiar y pueblerina. Por entonces comenzó la proliferación de símbolos en los frontispicios de las flamantes casas de las viejas colonias del Central Argentino. Los hermanos Bürki incluyeron en cada una de sus tres residencias rurales construidas hacia 1917, los mismos escudos confederados traídos en uno de los viajes de sus padres. La única que se conserva en pie actualmente, desde hace dos décadas deshabitada, mantiene flamante el escudo entre las ruinas, pintado con esmero hace unos años por uno de sus descendientes, como puede verse en el apéndice pictórico.

El interés por las armas seguirá siendo una tradición. Las charlas con A.B., solían volver sobre ese fúsil de precisión con el que su padre viajó para competir en Suiza, mientras arreglaba matrimonio allí, con una allegada paisana. Más de noventa años después, el arma seguía en el hogar, a pesar de la dificultad de obtener balas, permisos y la fragilidad económica que atravesaba la familia. Una fotografía de 1920 muestra a ese campeón posando con autoridades del ejército nacional en la fundación del Tiro Argentino, bajo el arco de ingreso que rezaba “Acá se aprende a defender la Patria”. Su pariente W.B., un apasionado por las armas, quiso comprárselo. Ciudadano suizo, jamás visito Europa y apenas farfulle algunas palabras en alemán estándar. Pero los escudos palpitan en cada uno de sus objetos privados o públicos. Su padre solía

incrustar el símbolo suizo y el del cantón en los cuchillos que fabricaba. Tampoco había visitado Suiza, pero cobraba la jubilación de aquel país, votaba por sus representantes y recibía todos los meses desde hacía ocho décadas la revista de los suizos del extranjero. Como argentino, hizo el servicio militar. Su retrato como "colimba" pende en la pared del comedor. Era un soldado argentino, con una salvedad, en algún momento de su ancianidad o quizás antes, agregó un escudo helvético en la esquina inferior del cuadro.

ESCUELAS Y SOCIEDADES ÉTNICAS

"No se ha visto que la mitad de la patria está en la garganta..."

(Bialet Massé, 1985, pág. 63)

Mucho se ha escrito sobre el lugar estratégico de la educación para comulgar a las masas en torno a un sentimiento nacional. Pero si ampliamos el lente sobre estas colonias, vemos elocuentes idas y vueltas entre esos discursos argentinizantes y las tácticas desplegadas para hacer persistir otros sentires de pertenencias protonacionales o nacionales a secas. En un primer momento, los maestros de las escuelas denominadas étnicas llevaron adelante su labor encuadradas en su tradición y su empoderamiento pedagógico. Sostuvieron una escolaridad basada en su lengua y en diálogo con los planes de estudio y las teorías en boga en los viejos lares. El vacío institucional de las colonias primigenias demandó la intervención del Estado en asuntos entrevistados más urgentes que el educativo. Pero avanzando hacia el cambio de siglo la apuesta estatal instalará la política de equiparar el monopolio de la violencia con el de la educación legítima (Gellner, 1991, pág. 52). Los escollos entonces gravitaron entre la escasez de las arcas provinciales para afrontar sueldos y menesteres escolares y las demandas de las familias por la mano de obra infantil. Sobre este aspecto existieron diferencias frente al problema de la deserción escolar en favor de las colonias privadas, más normadas en materia educativa que las oficiales.

Cómo sea, durante las primeras dos décadas la regla fue la endeblez educativa en un sentido moderno. Establecimientos provisorios, títulos docentes dudosos, inmuebles rudimentarios, magros sueldos, matrículas escasas, lealtades religiosas en conflicto con el perfil de maestros ensombrecidos por rumores y cuestionamientos de vecinos y agentes del estado. Lo habitual fueron las peregrinaciones de docentes, sus retornos a Suiza, sus cambios de oficios o, entre los más afortunados, sus radicaciones

en ciudades más populosas para crear sus propias escuelas. Hasta mediados de 1880 pocos tuvieron una continuidad mayor al lustro en la misma colonia. Sin embargo, el trabado pasaje de la endo a la exoeducación fue bastante diferente a las vividas décadas después por ese otro actor rural pampeano. El chacarero arrendatario aunaba a la precariedad laboral y al aislamiento, un alto índice de analfabetismo que arrastraba del terruño natal (Scobie, 1982).

Las colonias del oeste santafesino

Los cambios sociales fueron tan drásticos que no tardaron en quedar olvidados los ríos de tinta que viajeros e inspectores invirtieron para representar el miserabilismo educativo de estas colonias. Sus advertencias sobre la desorganización de sus magros establecimientos educativos, frente al crecimiento demográfico y la desidia gubernamental, pero también la de los mismos padres, parecerán años después y, en comparación con otras regiones, excesivamente exagerados. Condicionado por factores económicos y sociales –el predominio de propietarios de chacras, la antigüedad de los asentamientos, la organización de los vecinos- su progreso en el campo educativo puede visualizarse en las diferencias que median entre los resultados arrojados por el censo provincial de 1887 y el educativo de 1912. Mientras en el primero, el porcentaje de niños que recibían instrucción en el departamento Las Colonias estaba por debajo de los de Rosario, Santa Fe Capital, San Lorenzo e incluso del fronterizo San Javier (Carrasco, 1888, págs. 46-48), en el de 1912 se ubicaba en la cima de la alfabetización. Para entonces, el departamento Las Colonias tenía la mayor proporción de asistencia escolar entre los 6 y los 14 años y la más alta tasa de alfabetización en esa misma franja etaria - 79,78 %. (Censo de la población escolar. Provincia de Santa Fe. Año 1912, 1913, pág. 42 y 45).

Como dijimos, en sus orígenes esta situación fue bien distinta. Compartiendo espacio con las iglesias protestantes, los suizos de habla alemana formaron sus primeras instituciones de enseñanza. Estas escuelas privadas, conocidas como “escuela alemana” o *Deusche Schule*, en referencia a la lengua de enseñanza, alternaban el rústico edificio con las actividades corales de la grey disidente⁷⁷.

Sus comienzos en Esperanza no pudieron haber estado rodeados de peores augurios. Se cuenta que en días previos a su arribo, dos jóvenes de 16 y 18 de apellido

⁷⁷ Constituidos desde el origen del asentamiento, su organización en sociedades con estatus, balances periódicos, programas de gestión y comisiones directivas debió esperar hasta los años 1870s.

Delleweld (Lehmann, 2011) que venían con sus padres a regentar la escuela murieron durante el último tramo del viaje (Cervera, 1956, pág. 35). Según el relato de una alemana del Rin, eran las únicas hijas de una familia suizo-francesa y su deceso por enfermedad tuvo lugar cerca de San Nicolás, apresurando el retorno de sus padres a Suiza. (Schuster, 1913) (Lütge, Hoffmann, Körner, & Klingenfuss, 2017, pág. 239).

Estas muertes en la travesía, como las del niño ahogado en el Paraná y la de joven Ana Essex, se han vuelto íconos verborrágicos de los relatos sobre la llamada “gesta colonizadora”. El lugar de lo trágico vinculado a pasajes dolorosos que involucraron a los pioneros ha ocupado un lugar privilegiado en las tradiciones locales y un terreno prolífico para una literatura que cobró gran impulso en la década de 1950. Los umbrales gringos tuvieron en José Pedroni su venerado interventor poético⁷⁸, también será abordado en el campo literario por la novelística “regional”. La muerte trágica o “por pena” como dos de los tópicos comunes de estas novelas de los andares primigenios (Heer de Beaugé, 1945) (Gori, 1958).

Pioneros de las cruzadas ambivalentes de la esperanza y la angustia, lo que sabemos sobre estas dos futuras maestras se esfuman como la niebla de las auroras isleñas. Desde 1857 la escolaridad de los niños la llevaron adelante los pastores Phillip Staiger y Eugenio Sauvain y, según algunas fuentes, la maestra Ana Schöchli (Schuster, 1913, pág. 147). Emplazado en el templo protestante, el primer establecimiento propiamente escolar en Esperanza data de 1861 y estuvo a cargo de Hans Kaspar Helbling quien impartió clases a un centenar de alumnos de ambos sexos durante los primeros cuatro años. A pesar de no ser docente, Helbling era reconocido por su moral rígida, su celebrada honestidad y poliglotismo – hablaba perfectamente alemán, inglés, francés y castellano. La confianza que consiguió en la comunidad educativa la ponía en evidencia esa anécdota opaca, y por lo mismo significativa en el sentido de Darnton⁷⁹, que contaba que cuando algún alumno le llevaba un obsequio, desconfiado preguntaba “¿Vuestros padres tienen noticia de esto?” (Grenón, 1945, pág. 45).

A esta escuela concurrieron niños de ambas confesiones. Pero las exiguas fuentes sugieren que las familias católicas más sectarias enviaron sólo a los varones. Helbling no recibía contribución ni del Estado, ni de la municipalidad, subsistiendo por el pago de los padres. El 9 de julio de 1862 el Concejo deliberante lo nombró maestro, contratándolo a prueba con un sueldo de \$30 mensuales. Por digesto se resolvió que

⁷⁸ Ver sus poemas “Las dos Maestras” y “Ana Ésser” (Pedroni, 1999).

⁷⁹ Según Darnton (2002, pág. 12), cuando no podemos comprender algún fragmento discursivo otrora popular, estamos en presencia de pistas que pueden conducirnos a una visión del mundo extraña.

la escuela Municipal se ubicara en el rancho situado al Este de la capilla católica, debiendo asistir todos los niños de 8 a 14 años pagando dos reales mensuales para sostener al Preceptor (Digesto Municipal, 1955, pág. 13). El mismo año de la apertura de la escuela, Antonio Gay Carlos Barlatay se ofreció como preceptor-maestro católico para los colonos francohablantes de la sección este. Según Grenon, para evitar recelos con los de lengua alemana se lo admitió *Ad honorem*. El Digesto Municipal señalaba que Barlatay y Santiago Hipp se ofrecieron como preceptores sin sueldo de sus respectivas secciones lingüísticas, mientras se construían la Escuela Municipal y los Colegios particulares (Digesto Municipal, 1955, pág. 79).

Del plan de estudio, el cónsul británico de Rosario Hutchinson informaba que la escuela de Helbling se regía por un programa formulado en base a un sistema progresivo que iba de los 5 a los 12 años:

...empieza con la lectura, escritura y canto en el primer año; sigue con la gramática el segundo; composiciones el tercero; geografía, aritmética y dibujo en el quinto; y geometría el sexto, continuando sucesivamente, por su puesto todos los ramos mencionados uno después del otro, conjuntamente con el desenvolvimiento de los que los siguen (Hutchinson, 1945, pág. 163).

Este maestro además dictaba clases de canto dirigida a jóvenes de lengua alemana quienes, decía Hutchinson, interpretaban composiciones melódicas y géneros propios de su patria. Esto tenía lugar *circa* una década antes de la constitución de la *Gesangverein* o Sociedad de Canto en 1870, segunda de las sociedades fundadas en Esperanza después de la del Tiro y junto con ella las que tuvieron mayor porosidad hacia las familias disidentes. En la grey católica la práctica disciplinada del canto se ciñó al terreno de lo sacro. Hacia 1864 el diario *La Verdad* describía un domingo en la colonia. Desde la plaza, el corresponsal observaba bien temprano el arribo de carros cargados con personas solemnemente vestidos que llegaban a misa desde todos los rincones de la colonia. Impresionado por el recogimiento y la modestia de estos colonos, escribía:

Asistimos á misa que fue cantada y oficiada por siete colonos. –No tienen órgano ni instrumento alguno con que acompañarse; y sin embargo los coros estaban bien cantados y las voces eran excelentes – Parece que en todo esto hay un marco y notable adelante á que ha contribuido el cura actual R. P. Rafael [Pezzini] (Perkins, 1862-1866, págs. 102-103).

En julio de 1863 Helbling planteo su renuncia por falta de pago. El Concejo se dirigió entonces al gobernador Cullen a los efectos de informarse sobre la

obligatoriedad de la educación y la actitud que debía tomarse frente a los padres que no pagaban. El gobernar respondió "que los niños eran libres de frecuentar o no la escuela y que la Corporación tenía la culpa si el Institutor permanecía a su cargo tanto tiempo sin alumnos" (Acta del 12 de julio)." (Digesto Municipal, 1955, pág. 14).

El Concejo destinó varias sesiones para tratar esta cuestión. Pero la no respuesta de las autoridades y la resistencia de los padres a cumplir con la cuota imposibilitaron llegar a buen puerto. Perkins, que ese año visitaba Esperanza, encontró la educación en una situación alarmante, endilgándola a la ignorancia e irresponsabilidad de los colonos. En su opinión, el gobierno había hecho todo lo posible, y si las cuatro escuelas sólo funcionaban en invierno, la explicación sólo podía radicar en que justamente durante esta estación los trabajos rurales mermaban:

...bajo el frívolo pretexto de que no querían que sus hijos aprendiesen el español, lo que no era un sine qua non del Gobierno, los alemanes les retiraron. El verdadero motivo era, que no siendo jente para saber apreciar la educación, creían que mas cuenta les hacia aprovecharse del trabajo de sus hijos en casa (Perkins, 1864, pág. 32).

Las cuatro escuelas de las que hablaba Perkins eran la municipal, la protestante⁸⁰ y dos escuelas particulares mixtas: una con clara formación en ciencias exactas, concentraba 14 alumnos bajo la guía de Nahm, y otra con 31 niños era regida por el maestro Schreiber (Grenón, 1945, pág. 218). Desde mayo de 1863 la Corporación municipal había aceptado los servicios como preceptora de Sofia Didier para la escuela oficial, alegando sus condiciones morales, pero sólo accediendo a pagarle 15 de los 40 pesos que solicitó, gestionado la diferencia con el gobierno santafesino (Digesto Municipal, 1955, pág. 13). Su contrato se inscribía en una constelación política de mayor control sobre lo que ocurría en el campo educativo, a partir de la llegada de Oroño a la gobernación y, más aún, con el desalentador informe de la Comisión Supervisora de Escuela en enero de 1865⁸¹.

Un mes antes de la asunción de Oroño, Patricio Cullen emitió una nota comunicando que los padres estaban obligados a enviar a la escuela a sus hijos entre los 8 y los 13 años. Además, imponía que las clases debían ser impartidas en castellano, quedando la enseñanza de los otros idiomas a cargo del erario familiar (Digesto Municipal, 1955, pág. 16). Costeado su sueldo por el gobierno, Félix Coblentz fue

⁸⁰ Dirigida por Wehrham, sus clases de dictaban en alemán o francés.

⁸¹ Este Informe fue redactado por los concejales de Esperanza Carlos Henry y Jorge Dayer de la sección este) y Wendel Gietz y Johann Jacob de la oeste (Digesto Municipal, 1955, pág. 16).

designado para regentear bajo estas condiciones la nueva escuela de varones fundada en abril de 1865 (Cervera, 1956, págs. 45-46). A su vez, se nombraba oficialmente a Didier para el cargo en la escuela mixta.

Cuando las diferencias entre los disidentes se exacerbaban enfrentando a quienes acordaron formar parte de la Iglesia metodista y aquellos que prefirieron continuar con la iglesia alemana, el gobierno de Oroño otorgó una nueva subvención de 20 pesos para la escuela que comenzaba a funcionar bajo las órdenes del pastor metodista David Sauvain (Schuster, 1913). Lo religioso aún regía los conflictos y la segmentación de lo local. Cuando el jesuita alemán Auweiler emprendió con las familias católicas la construcción de un establecimiento escolar, la administración del dinero gubernamental y las tierras fueron motivo de enfrentamiento entre la comisión católica y el Concejo municipal. Los 2.000 patacones que el gobierno nacional dispuso en 1869 para la creación de otra escuela fiscal, la donación de lotes para establecimientos educativos y la constitución de una nueva Comisión escolar, crispó los ánimos de los seguidores de Auweiler, exhortados por la buena impresión que su cruzada religioso-educativa había causado en Sarmiento. En 1876, la recién formada Comisión obtuvo un lote céntrico para su obra. El 16 de abril Pedro Dürst fue nombrado maestro de la escuela municipal que funcionaba en el templo metodista con un sueldo de 40 pesos mensuales. El uso de dinero donado por el gobierno, el funcionamiento del establecimiento educativo a la vera de esa iglesia y la administración del terreno donado motivó la renuncia de integrantes de la Comisión. Los católicos del Concejo expresaron enérgicamente su disconformidad, tal es el caso del influyente vecino Pedro Grenon.

Días antes de que se aceptaran los planos para la Escuela Municipal el gobierno redirigió al Concejo una denuncia firmada por católicos esperancinos. Con fecha del 22 de agosto de 1876, estos vecinos denunciaban la enajenación de un terreno destinado a obras públicas. Según constaban, el Concejo conformado por vecinos de trayectoria liberal y anticatólica, habían dispuesto su loteado para un beneficio sectorial. Así, en lugar de favorecer a los colonos agrícolas, habían invertido parte del dinero conseguido en la instalación de un telégrafo que beneficiaba a los comerciantes, quienes actualizaban más prontamente los valores de sus transacciones mercantiles. Señalaban además que el Concejo no había cumplido con lo acordado de entregar el dinero necesario para culminar la obra de la iglesia católica. En su lugar, habían promovido la creación de una nueva escuela municipal en el templo protestante, designando director a un maestro que buscaba desterrar la educación religiosa:

...Aunque la Esperanza posee presentemente más que nunca, buenas escuelas en número suficiente y excelentes maestros que hablan el idioma del país, con todo nuestra Municipalidad, sin más motivos que para desterrar la religión de las escuelas (como sus miembros lo dicen públicamente) está tomando las medidas para establecer un gran edificio de escuela en que no se debe hablar ni de religión ni de Dios, y destinando a este efecto 7/8.000 \$. Poco les importa lo malos resultados que en varios países (según los documentos oficiales de Francia y Alemania) tales escuelas han ofrecido a la experiencia; poco les importa que los mismos protestantes en sus asambleas generales (como recién lo refirieron los periódicos europeos) reprueben la enseñanza primaria sin religión, afirmando que formará una generación incrédula y revolucionaria; poco les importa, en fin, que esas empresas siembren la discordia y el descontento, que ya es general en nuestras Colonias, protestando la mayoría de los colonos, que no mandarían sus hijos jamás a semejantes establecimientos; la Municipalidad sigue adelante y como el dinero en efectivo ya se acabó está haciendo deudas sobre deudas (Digesto Municipal, 1955, pág. 29).

El maestro en vilo era Pedro Dürst, quién había ingresado en la escuela protestante de Esperanza en 1874. Su llegada fue alentada por Finkhein quien lo conoció en uno de sus viajes pastorales *ex profeso* a Roldán. Según las memorias de Dürst, Esperanza contaba para entonces con cinco establecimientos educativos: la muy concurrida escuela de la Sra. Hobenfels, la escuela católica-fiscal, la escuela francesa, la escuela alemana y la escuela protestante. Cuando en 1876 esta última institución fue absorbida por la escuela municipal, Dürst fue designado maestro y director como atestigua el certificado final extendido por la Comisión protestante:

El señor maestro Pedro Dürst, de Diessbach, cantón Glarus, fue contratado por la comisión escolar que suscribe, a principios del año 1874... y administró esta función hasta el primero de marzo de 1876. Después de esta fecha la escuela comunal protestante se disolvió y en consecuencia el señor Pedro Dürst, siguiendo el honroso llamado de la municipalidad, se ha hecho cargo del puesto en la escuela municipal, construida recientemente...⁸²

El idioma escolar sería a partir de entonces el español y el nuevo plan de estudio no contemplaba la enseñanza del alemán. Esta cláusula sería de aquí en más perentoria. Ya un año antes de inaugurarse, un maestro había sido destituido por no dominar la lengua nacional (Digesto Municipal, 1955, pág. 29). Sin embargo, como

⁸² Documento transcripto en Dürst, *Erlebnisse und Erfahrungen...*, op .cit

recordaba Dürst, la gran afluencia de hijos de familias germanohablantes, enrarecía la situación porque demandaban horas semanales en su lengua⁸³. Su antecesor, Rodolfo Luder aunque había incluido al español, continuó en su currículum la enseñanza del francés y el alemán⁸⁴. Si el alemán estándar era la lengua escolar y de la interacción oficial, acá y en la Suiza germana, en los lares y penates del hogar resonaban esos tonos dialectales donde vivía el alma local -Dürst apelaba a ellos en sus poemas (Martínez Estrada, 1957, pág. 212).

Con el prestigio de Dürst, la flamante escuela llegó a contar con una matrícula de 120 alumnos sobre los 75 alumnos que tenía en 1872. Frente a semejante concurrencia la enseñanza comenzó a tornarse no sólo problemática por una cuestión edilicia, sino debido a la existencia de un solo docente. Ignorada sus peticiones de un auxiliar, un salario mejor, una reforma edilicia y la adquisición de material didáctico y gimnástico, decidió marcharse a San Carlos Sud.

Dürst dejará allí además huellas por su actuación en la Sociedad de Hombres Cantores conformada en 1871 –*Männergesangverein*. En su legado figura también su participación en una pequeña compañía teatral que bajo la dirección de Kleiber-Gietz representó la obra *Guillermo Tell* de Schiller. Congregando actores de otras colonias, al maestro le cupo encarnar al héroe de la independencia durante los largos y dificultosos ensayos y sus tres puestas en escena que hubiesen sido seguramente muchas más de no haber fallecido inesperadamente su director⁸⁵.

Entre lo más recordado de su trayectoria resalta su contribución mutualista, antesala de otras empresas semejantes que lideró años más tarde en otras colonias. En efecto, fue ponderado por su rol en la organización de la segunda sociedad de socorros mutuos y beneficencia - la italiana databa de 1870. Bautizada con el nombre de “Guillermo Tell”, esta institución fue fundada el 16 de agosto de 1874, siendo elegido como su primer presidente. Su “carta credencial” de helvetismo explicaría que recién en 1913 su presidencia la ocupará un argentino –como era dable esperar, descendiente de suizos. Esta lógica hegemónica de generar agrupamiento apelando a lealtades nacionales, siguió en Esperanza profundizándose con la cristalización de otros actores locales. Un año después se creó la Sociedad Alemana de Socorros Mutuos y en 1878 la francesa. Desde 1874 a 1938 la sociedad suiza contó con 20 presidentes provenientes

⁸³ Dürst, *Erlebnisse und Erfahrungen...*, op .cit

⁸⁴ Los textos en cuestión eran: Sarmiento, Método de lectura gradual; Barbatti, Historia; Bello, Gramática castellana; Gonzales del Solar, Aritmética; Schmitt, Geografía; Dominguez, Historia Argentina; Pequeño tesoro de fabulista; El amigo de los educandos (Wilcken, 1873, pág. 10).

⁸⁵ *El colono de oeste*, 24 de julio de 1880.

de diversos cantones lo que muestra que su acción trascendió al segmento germanohablante y disidente: "...seis eran del Valais, tres de Aargau, dos de Berna, dos de Zürich, uno de Neuchâtel, uno de Basel, uno de Glarus, uno de Appenzell, uno de Ticino, uno de Vaud y uno de Ginebra." (Russi, 2008, pág. 5).

Los primeros pasos de la sociedad "Guillermo Tell" tuvieron lugar en las instalaciones de los tiradores. Allí fueron citados los colonos por medio del periódico de Juan Alemann *Argentinischer Boten*, radicado por entonces en la ciudad de Santa Fe. Con el aporte de los 150 socios que tenía a finales de la década de 1880 se inauguró en 1891 un chalet⁸⁶ y, poco después, una imponente planta baja adornada con los 22 escudos cantonales y con un teatro con capacidad para 400 espectadores.

La participación de Dürst fue tan sustancial como fugaz en casi todas las instituciones. Su puesto de maestro fue nuevamente ocupado por Rodolfo Luder, su predecesor de la escuela protestante, secundado por su esposa María Insinger (Digesto Municipal, 1955, pág. 33). Para la designación de este último la Comisión debió evaluarlo junto a otros tres candidatos. En especial, al gaditano Juan Rial, quien si por sus títulos no fue electo, la razón estribó, deslizaban los editores, en "cuestiones raciales" (Digesto Municipal, 1955, pág. 32).

Poco más al sur, la Escuela Particular Alemana de la colonia San Carlos abrió sus puertas el 18 de abril del 1860, oficiando Adolfo Ineichen como maestro. Procedente de Reichensee, cantón de Lucerna, acababa de llegar a la colonia junto a su familia. Por su prestigio entre la comunidad de lengua germana, fue casi simultáneamente elegido por asamblea secretario de la Sociedad de Tiro y vocal de la Comisión escolar. Esta escuela fue motivo de controversia entre el director de la colonia y el juez de paz con el Conde Borisbertrand, un acérrimo católico. El conflicto tuvo su inicio en la resistencia de las familias saboyanas a enviar sus hijos a la escuela mixta, no cumpliendo con el artículo 13 de la administración que establecía su carácter obligatorio. Sobre el tema, el administrador Vollenweider escribía en su diario el 23 de abril de 1860,

La inauguración de la escuela dio como resultado que la mayoría de las familias saboyanas se negaron (patrocinadas por el Sr. Grafen⁸⁷) a mandar a sus hijos con el pretexto de que es mixta, sobre todo Didier, quien se oponía resueltamente a acatar las órdenes de la administración siendo que fuimos autorizados por el

⁸⁶ Construcción de dos pisos con estilo alpino, lo que nos da una idea de su imponentia para una colonia de entonces. La obra estuvo a cargo del constructor de origen bernés Federico Weible

⁸⁷ "Grafen" sería una transcripción errónea de *Graf*, "Conde" en alemán.

gobierno de Santa Fe para hacerla funcionar. Una visita a las familias refractarias por parte de la Administración, dio poco resultado. Debemos hacer mención a que varias de estas familias en un principio estaban de acuerdo en enviar sus hijos a la escuela, las negativas actuales tenemos que atribuir las exclusivamente al señor Grafen a quien llegamos a reconocer como verdadero jesuita; en cambio los colonos protestantes alemanes, están conformes en hacer educar sus hijos en esta escuela. (Vollenweider, 1958, pág. 30).

En sus inicios la escuela contaba en el plantel docente a la esposa del colono Charles, encargada de dictar las clases de labores, junto a los pastores Teofilo Weigle y Eugenio Sauvain, quienes oficiaban el culto reformista en alemán y francés respectivamente. Estos clérigos estaban encargados además de impartir las lecciones de canto en una currícula dictada en ambos idiomas que incluía asignaturas como lectura, escritura, cálculos elementales, gramática, dibujo, geografía e historia. En respuesta a las demandas por la enseñanza en la lengua del país y por la libertad religiosa que profesaba la administración, el misionero católico Constancio Ferrero comenzó en 1862 a impartir clases en español periódicamente durante casi dos años hasta su desvinculación del convento de San Lorenzo.

Aunque no tenemos datos precisos hubo quienes sostuvieron que esta escuela convivió con una destinada a infantes católicos al frente de la cual estaba el padre Weber y otra dirigida a los párvulos disidentes. Hacia 1863 Perkins hablaba de la existencia de varias escuelas en San Carlos, en las que se notaba mayor gado de presentismo de los niños procedentes de hogares protestantes en una colonia que, sin embargo, gozaba de un nivel educación media por encima al de Esperanza (1864, pág. 64).

Durante más de un lustro no ejerció la provincia control alguno. Recién en 1866, en respuesta a un pedido de informe solicitado por el ministro de gobierno Juan del Campillo, el juez de paz Santiago Stelzer tuvo que pasar revista sobre el estado educativo de la colonia. En este informe señalaba que las divisiones idiomáticas y religiosas, entre católicos y protestantes, pero también entre sectas reformistas, impidieron aunar criterios comunes de enseñanza, brotando escuelas particulares con métodos y currículos diferentes. Según el informe, como estas escuelas eran tuteladas por pastores que dominaban una u otra lengua, los niños de familias católicas italianas y franceses no habían tenido acceso a ningún grado de instrucción⁸⁸.

⁸⁸ Archivo del Gobierno, n° 29, apéndice n° 12, 1866. Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

Tres años después que Perkins contabilizara 75 educandos -50 de hogares reformistas y 25 de católicos (Perkins, 1864, pág. 64), Stelzer decía que de las tres escuelas, dos habían sido clausuradas a comienzos de 1866 por desencuentros entre vertientes diferentes del protestantismo. Para entonces el juez de paz informaba al ministro de gobierno que sólo doce alumnos asistían a la única escuela que permanecía abierta, la regida por el pastor Weigle. Además, solicitaban el nombramiento de un preceptor hispanohablante; petición que se cumpliría un año después con la designación de dos preceptores.

Tras su visita de 1869, y por los buenos resultados que arrojaron los exámenes en la colonia, Iriondo prometió mayor apoyo gubernamental. No obstante, ese auxilio se pospondría hasta diluirse con los sucesivos cambios de gobierno⁸⁹. Un año después continuarían los protestantes compartiendo el espacio con la Escuela Alemana, ya levantado el edificio de la comunidad disidente en San Carlos Sud. Y cuatro años después, en el terreno donado por el presidente municipal Tomás Lubary, se erigirá la escuela primaria oficial, posteriormente bautizada Escuela Sarmiento. En las primeras décadas de las llamadas colonias primigenias fue denunciada la influencia perniciosa que ejercía el catolicismo en la educación de las niñas. Wilcken observaba en 1872 que mientras los 40 alumnos del establecimiento educativo católico eran exclusivamente varones, en la escuela alemana asistían en cambio niños de ambos sexos (1873, págs. 49-50).

Emilio Wil, Rodolfo Madoery, Rodolfo Luder –anteriormente maestro en Esperanza y para el cambio de siglo en Artagaveytia, en el sur cordobés (Bischoff, 2013, pág. 25), y Gottlieb von Kaenel, alternaron como docentes de la escuela alemana hasta la llegada de Dürst hacia finales de la década de 1870. Su itinerario docente cubrió una extensa región entre las provincias de Entre Ríos y Santa Fe. Por la cantidad de escritos que dejó se vuelve un informante obligado sobre la vida social de estas colonias. Por su acción en pos de prácticas y sociedades con impronta étnica, ha sido reivindicado como uno de los íconos más conspicuos de la germanidad y el helvetismo en el Río de la Plata.

Dürst había nacido el 12 de febrero de 1840 en Diesbach, un pequeño pueblito del cantón de Glarus, en el seno de una familia de leñadores. Por intermedio de un familiar de su padre, comenzó su carrera como maestro, primero en Linth, cursando la preparación para el seminario, luego en el instituto de “Bächtelen”, cerca de Berna. A principios de 1870 se graduó con el título habilitador “Patentexamen”, dando sus

⁸⁹ *La Capital*, jueves 16 de diciembre de 1869.

primeros pasos profesionales en la comuna de Niederwil, Argovia, poco antes de su nombramiento como maestro de un instituto en Constanza. Temeroso del hastío pueblerino, se embarcó en 1872 hacia la Argentina, estableciéndose en la flamante colonia Carcarañá, en tierras del Central. Sus primeros meses transcurrieron trabajando una concesión adquirida por una desopilante sociedad de jóvenes suizos compuesta por tres maestros, un pintor, un escribiente y un encuadernador. La ignorancia galopante en materia rural y los escasos ahorros condenaron la empresa a un estrepitoso fracaso. Tres de sus socios partieron hacia el sur argentino, uno al chaco santafesino, otro retornó a Suiza, permaneciendo sólo Dürst en la región⁹⁰. De esta etapa surgirá su poema *Heimweh!* –Nostalgia:

Vive en cada pecho suizo
Un inefable añorar:
No es dolor, no es placer...
En los ojos lagrimas como perlas.

Anuncian lo que ella debería significar,
El añorar, las lagrimas?
Tu lo sientes, querido suizo, y bien,
Tus ojos están mojados, tu corazón esta lleno.⁹¹

Pensaba que al suizo, a diferencia de otras nacionalidades, lo asolaba una suerte de añoranza mesológica, extrañando más bosques y lagos que padres y amigos. Pero este sentimiento común no era en absoluto garantía de cordialidad entre paisanos. Todo lo contrario; más bien explotaban compatriotas a falta de pinos y bosques. Y Dürst lo vivió en carne propia por su ignorancia del español lo que retardaba su incursión en la docencia. Mientras estuvo en Rosario sobrevivió como hachero en una panadería y lava-botellas en la cervecería de Magdelin. La deshonestidad de este empresario lo impulsó a retornar a las colonias, trabajando para el importante comerciante Samuel Amsler en la corta y trilla del trigo, en la destilación del aguardiente de papas, en el cobro de créditos atrasados y en su pequeña herrería. Tras otro traspié en el intento de hacerse con una concesión, Dürst marchó hacia la vecina San Jerónimo para oficiar como maestro germanohablante en la flamante escuela. Pero

⁹⁰ Pedro Dürst, *Freud und Leid. Zwanzig Jahre Campleben in argentinien Erinnerungen*, Buchdruckerei Helvetia, Buenos Aires, 1892. Traducción de María Sol Fransoi. Agradezco este material al cinéfilo y coleccionista Adolfo Garinot de la ciudad de Roldán.

⁹¹ *Ibidem*...p. 34 y 35.

su paso por este cargo fue apenas perceptible ya que prontamente fue nombrado encargado de la colonia, con la misión de recibir el porcentaje de los frutos que le correspondía a la Compañía de Tierras. A diferencia de lo que se ha dicho sobre la tolerancia de esta empresa (Martirén, 2014), Dürst escribía que su despido se debió a su decisión casi piadosa de diferir el cobro a colonos cuyas cosechas habían sido harto modestas.

Nutrido de la experiencia en la dirección de la sociedad coral de Roldán, San Jerónimo y Esperanza, y con una trayectoria docente en estas dos últimas colonias, llegó Dürst a San Carlos Sud asumiendo inmediatamente la dirección del coro de la Sociedad de Canto "Harmonie". En la escuela, igual que en el coro, encontró un nivel alentador, enalteciendo la labor de su predecesor, el ya mencionado Luder. Los alumnos evidenciaban disciplina e higiene, exhibiendo todavía quince años después esa superioridad sobre Esperanza de la ya que habían hablado viajeros y periodista.

Debido a la falta de manuales editados en castellano, Dürst implementó un plan semejante a los de las escuelas primarias de Berna. Introdujo materiales didácticos de este cantón, como la aritmética de Egger. Defendía este método pedagógico frente al de las escuelas argentinas en las cuales "el aprender de memoria era lo usual"⁹². Su libertad profesional dependió de que, y a diferencia de Esperanza o Humboldt, San Carlos no tenía comisión escolar. Su ausencia, más que una carencia, era el eco de una decisión de las familias de desligarse de esta tarea; "a los padres sólo les interesaba pagar y que el maestro llevara adelante responsablemente su oficio".

La escuela se hallaba en una casa que congregaba a la grey germanohablante refractaria a la expansión metodista en ascenso. En su edificio se celebraban los oficios impartidos durante las visitas mensuales del pastor de Esperanza y se llevaban a cabo las reuniones y los ensayos de la Sociedad Harmonie, dispuestos según edad y género. Dürst recordaba que la actividad coral brillaba en todas las jornadas celebratorias como feriados, visitas oficiales o reuniones festivas con los esperancinos y, en la cotidianidad de la vida sancarlina, era la nota de gala de bodas, bautismo y funerales, escoltando al maestro que solía hacer de pastor. Cuando se trataba de acompañar a los difuntos de la Sociedad, se escuchaba el homenaje postrero y rutinario "Callado duerme el cantor, cuyo oído/ escuchó a las puertas de otro mundo"⁹³. Durante la visita del presidente Avellaneda, un coro de niños entonó en su honor el himno nacional y otras canciones en castellanos. Su performance y la muestra de patriotismo de esos

⁹² Dürst, *Erlebnisse und Erfahrungen...*, op .cit

⁹³ *Ibidem...*

niños con biotipo germano, arrancaron sentidos aplausos del presidente y su comitiva, semejantes a los que Dürst percibía en el rostro encendido del gaucho Maciel cuando sus bayos alumnos le cantaban durante sus visitas anuales a la estancia. Al culminar el acto oficial, el gobernador Iriondo tomó la palabra para felicitar al maestro haciendo público el otorgamiento de una subvención de 20 pesos mensuales expedida en libramiento, de los que Dürst, nos dice, y no por primera vez, vería sólo un puñado.

Hacia mediados de los años 1880s. se radicó nuevamente en Esperanza, abandonando la docencia para administrar un hotel. El cambió lo explicaba por el recorte que sufrió su sueldo al no renovarse la matrícula; con la bonanza económica los alumnos egresados partieron a continuar sus estudios en las grandes ciudades argentinas y europeas. Índice más de la consolidación en las colonias del oeste de esa pequeña y mediana burguesía de la que se ha hablado (Albaizeta, Bonaudo, & Sonzogni, 1988), y que Zeballos sintetizara en ese banquete de boda al que asistió en Esperanza con menú y vinos dignos de un restaurant metropolitano de mediana categoría (Zeballos, 1985, pág. 151 y 152).

En San Carlos y Esperanza, la marca étnica de los comienzos de la escuela municipal fue diluyéndose con el avance gubernamental sobre el campo educativo y las demandas de otras colectividades. Hacia 1870, el enclave germanófilo de San Carlos Sud eligió la escuela particular alemana, mientras que el italiano de San Carlos Centro el establecimiento escolar Silvio Pellico. Los metodistas por su parte se volcaron al Colegio Evangélico, más tarde Instituto Pestalozzi, dirigido desde sus comienzos por el influyente Roberto Weihmüller⁹⁴.

Este colegio desde su apertura en 1890, y hasta 1897, contó con un promedio de 86 inscripciones anuales. Muchos de sus alumnos provenían de hogares católicos, patrocinando este establecimiento el ideal de educación religiosa interconfesional propulsada por algunos cantones suizos (Guesalaga, 1894, pág. 194 y 195). Incorporó docentes auxiliares para alcanzar mayor especificidad y profundidad en los espacios de enseñanza, y suplir las ausencias del mismo Weihmüller, quien oficiaba también de pastor⁹⁵.

Pero no todas las trayectorias educativas de las colonias estuvieron marcadas por los desafíos de administrar la diversidad, ni por las pujas “multiculturales”. La

⁹⁴ Además de su labor educativa y religiosa, este último tuvo injerencia en diferentes sociedad locales, como la gimnástica y muy en especial la de canto durante más de una década.

⁹⁵ Tras su fallecimiento en 1906, la dirección recayó en su hijo, iniciando una tradición institucional en la cual este cargo alternó entre integrantes de esta familia.

homogeneidad étnico religiosa que diferenció a San Jerónimo Norte, imprimió en lo educativo una fisonomía menos conflictiva que la de las anteriores. Las primeras enseñanzas en esta colonia estuvieron a cargo del juez de paz Bernardo Risse quien las dictaba *ad honorem* en castellano. Más dedicados a la educación fueron el maestro José Eggel, quien impartía sus clases alemán por una cuota mensual, y Domingo Ineichen⁹⁶. Este último había arribado a San Jerónimo a comienzos de 1864, asignándosele la concesión 62. Prontamente compró en la calle ancha una casa para iniciarse como docente con el beneplácito del Juez de Paz Risse y de 23 colonos, quienes por escrito se comprometieron a enviarle sus hijos. Su emplazamiento primitivo no duro más de dos años. Hacia 1866, con la finalización de una amplia sala que haría las veces de templo-escuela, Ineichen y sus alumnos se trasladaron, permaneciendo en el nuevo emplazamiento por más de una década. Recién en 1875, con la inauguración del nuevo templo, el lugar de culto y educación se bifurcaron definitivamente (Carron & Carron, 2009, pág. 194).

Cuando Wilcken visitó San Jerónimo Norte todavía existía una sola escuela funcionando en el espacio de la capilla. El hecho de no contar con edificio propio, obligaba al maestro a interrumpir la jornada para permitir los servicios religiosos. La institución hacía del alemán y la formación cristiana sus pilares. Su programa contemplaba materias como catecismo, lectura y caligrafía alemana y española, aritmética y geografía de la República Argentina. Aunque San Jerónimo se presentaba para conocedores como Perkins como la experiencia de colonización más lograda y con más porvenir, por su uniformidad cultural y religiosa, por el capital de los emigrantes y por la no mediación empresaria, en asuntos escolares su nivel estuvo por debajo de San Carlos, e incluso de Esperanza.

Abstrayéndonos de singularidades propias de cada una de estas colonias, hacia 1870 la condición educativa de las tres rozaban un estado rayano en lo deplorable. Según los cálculos de Wilcken, de los 150 infantes en edad escolar que residían en San Jerónimo Norte sólo asistían a la escuela unos 45 niños y unas 40 niñas (1873, págs. 32-33). Por su parte, la situación de San Carlos, ya sin administración y con una expansión poblacional en curso, era aún peor. Según sus cálculos, de los 921 niños de ambos sexos sólo 80 recibían instrucción (Wilcken, 1873, pág. 61).

⁹⁶ No podemos afirmar con certeza sobre su parentesco o no con Adolfo Ineichen, maestro que encontramos años después desempañándose en San Carlos. En el registro de Zingerling de Esperanza aparecen con diez años de diferencia sus respectivas llegadas, arribando primero Adolfo proveniente de Lucerna Ver <http://www.zingerling.com/fliasgj.htm>, Consulta: 16/08/2019, 21:15

Dos años después, según el informe de Coelho, San Jerónimo contaba ya con dos escuelas públicas - muy probablemente el gobierno había cumplido con la promesa de destinar dinero para la construcción de un edificio propio. Pero las inasistencias seguían siendo la norma. En su informe, ambas instituciones sumaban 93 alumnos – 51 varones y 42 niñas, de un total de 191 niños entre los 6 y 15 años (Coelho, 1875, pág. 20 y 22). Los guarismos correspondientes a San Carlos, arrojaban un cifra similar: 211 niños asistían a una de las dos escuelas de un total de 437 comprendidos en esa franja etaria (Coelho, 1875, pág. 34 y 35). En Esperanza a su vez, de los 424 infantes y jóvenes, 233 asistían a una de las cuatro escuelas existentes: 42 a la escuela católica, 60 a la protestante, 59 a la francesa y 72 a la de niñas (Coelho, 1875, pág. 8 y 10).

Todos estos inspectores coincidían en que la educación bajo el control de una administración central, regida por una estricta normativa de carácter privado, había arrojado los mejores resultados. La experiencia educativa de San Carlos se la siguió juzgando como la más exitosa, emergiendo la figura de Beck como la de un benefactor escolar en todos los pueblos en los que tuvo injerencia⁹⁷. Sintomático fue el devenir de la colonia satélite de Humboldt, erigida hacia 1868 en tierras de Beck & Herzog. Por carta orgánica, quedaba establecido que la venta de 29 concesiones, más el 5% de sus 232 concesiones de 94,74 Juckarten -20 cuadras (Massa de Ochstadt, 2014, pág. 171), se destinaban para la creación de una escuela comunal laica. La administración de este importante usufructo quedó a partir de 1872 bajo la custodia de una Comisión Escolar elegida por los vecinos, cuya cláusula fundacional establecía que no debía legarse jamás a ninguna comunidad religiosa (Kröhling, 2013, págs. 231-234). Uno de sus ex integrantes, historiador contemporáneo, ubicaba a Humboldt, atendiendo a estas cláusulas, como colonia privada protegida. Si lo de privada respondía a que la adquisición de las concesiones era a través de la compra, la de protegida aludía a la marca indeleble del legado de Beck en materia educativa. Su singularidad histórica reposaba en el peso otorgado a la enseñanza. Pero también el de su presente que lo encuentra proyectando incluir la oferta universitaria en un pueblo con apenas 4.500 habitantes y a sólo 15 kilómetros de la ciudad de Esperanza. La comisión con sus 150 años de existencia aún dispone de algunos de los lotes concedidos. Presentada como

⁹⁷ Y aunque Beck y Herzog fueron sus forjadores, la estadia y gestión aquí del primero explica su marcada visibilidad sobre el segundo. En consonancia con un acto conmemorativo en Humboldt en honor a Beck, menos convocador de lo esperado por los entusiastas de las raíces, se inauguró una escultura donde muestra a los dos socios intercambiando gestos francos y de confianza, hermanando al suizo de aquí con el de allá. Con una salvedad, la leyenda que acompaña la imagen de Herzog es Alcides, y no Aquiles, error elocuente que actualiza la de una publicación aparecida con motivo de su centenario.

una de las más antiguas del país aún vigente, continúa destinando fondos a actividades e instituciones culturales como su flamante museo⁹⁸, y al auxilio eventual de algunas de las escuelas locales (Entrevista con R.K. 12/11/2018).

Las colonias del Central Argentino

Cuando Perkins aceptó el cargo de Superintendente de la Compañía de Tierras tenía detrás casi dos décadas de conocimientos en inmigración y colonización. La magnitud de la obra, la feracidad de las tierras y las expectativas suscitadas en la sociedad rosarina y cordobesa, hacían pensar en un porvenir próximo por demás de halagüeño. Pero al desvincularse Perkins en 1876, poco después de la muerte de Wheelwright, principal referente de la empresa, la realidad era bien diferente. La mitad de los colonos habían abandonado sus concesiones para retornar a Europa, mudarse a las tierras de otras empresas colonizadoras u optar por probar suerte en el espacio urbano. Hubo muchas familias y sociedades que no pudieron afrontar las deudas por su endeble “*know-how*” agrícola, por infortunios –plagas, enfermedades, asesinatos, y por los plazos de pagos severos impuestos por la administración.

En cuanto a educación, los avances dependieron más de la organización y el empuje de los colonos que de la intervención de la empresa inglesa. Lejos estuvo de ser ese vector de civilización que había pretendido Alberdi. Todo parece indicar que la primera de sus escuelas funcionó en una casilla de madera y adobe bajo la dirección del maestro y colono Kaspar Flück⁹⁹ con su sueldo a cargo de la *Land Company* (Wilcken, 1873, pág. 155). El inicio de clase tuvo lugar el 15 de julio de 1871 y como este maestro no dominaba el castellano, la enseñanza se impartió en lengua alemana y en *Schweizerdeutsch* (Weihmüller, 1932). En las postrimerías de esa década la escuela ya funcionaba en un edificio de material con paredes de adobe y techos de paja, compuesto por dos salas y una cocina levantadas con el dinero de los colonos (Buchmann, 1966, pág. 45). Según el acta de creación de la Comisión de Fomento

⁹⁸ A pesar de no ser tan conocido, tiene la valiosa particularidad de exhibir todas sus herramientas agrícolas antiguas en funcionamiento.

⁹⁹ Flück había cursado su seminario en Münchenbuchsee bajo la dirección de Grunholzer. Luego de actuar durante un tiempo como maestro en su comuna natal decidió partir hacia la Argentina. Probablemente murió en Rosario, ciudad donde lo hallamos durante su ancianidad en compañía de su familia.

fechada el 23 de febrero de 1874 esta escuela primaria llevaba por nombre "Suiza" (Podestá & Locicero, 1935).

La precariedad escolar contradecía crudamente lo que el proyecto de colonización anunciaba. Y fue justamente esa precariedad la que, al mismo tiempo que compelió a los vecinos a formar el 28 de mayo de 1876 la Asociación Escolar Alemana, los favoreció a la hora de crearla a "imagen y semejanza" sin reclamos gubernamentales de "soberanía cultural". Su artículo 1° declaraba la necesidad de "reunir a todos los pobladores de Roldán, de habla alemana, para proseguir con la actualmente desocupada escuela alemana y promover tanto como sea posible una ordenada escolaridad definitiva y organizada."¹⁰⁰. Compuesta por inmigrantes suizos, la presidencia fue alternando entre el puñado de colonos que la conformaron originalmente. Bajo sus auspicios, y la contribución mensual, la escuela recommenzó sus clases el 3 de junio de 1876 con 30 alumnos y un parco inventario de "5 bancos largos, 3 cortos, 2 pizarrones, 1 trípode, 1 balde para agua, 7 mapas murales chicos y 4 astas para banderas" (Mengarelli & Wullschleger, 1997). Durante el primero año los colonos desplegaron un encomiable compromiso, figurando entre sus adherentes, familias que no tenían hijos en edad escolar, incluso, solteros.

Hacia fines de la década del 70 la conjunción de malas cosechas y la retracción del entusiasmo resquebrajaron la situación financiera. Al año de su fundación, la Asociación se vio obligada a intimar a los socios morosos, agitando los ánimos de una comunidad golpeada y suspicaz. Durante una década los desalentadores balances anuales obligaron a elevar las cuotas reiteradas veces lo que incentivó el abandono pese a las maniobras fallidas de la sociedad para obtener socorro financiero de la municipalidad, el gobierno provincial y nacional, la logia Unión, la Sociedad Suiza de Rosario y la administración del Ferrocarril Central Argentino.

Ante la falta de respuestas, la sociedad recurrió al aporte de empresas alemanas afincadas en Rosario. De esta gestión obtuvo un auxilio de 251 pesos que destinó para el fondo de la construcción del edificio escolar. Este proyecto pudo concretarse poco tiempo después cuando se le sumaron otros 215 pesos que la Comisión de la iglesia protestante decidió donar al sopesar la imposibilidad de levantar el templo en el corto plazo. A cambio, podía utilizar el inmueble para la celebración de los oficios. Sin embargo, estos movimientos presurosos tuvieron un espinoso impacto social. Ya hablamos de los incidentes suscitados por la unificación del espacio escolar y religioso,

¹⁰⁰ Transcrita en Dürst, *Erlebnisse und Erfahrungen...*, op .cit.

más aún por estar adyacente a la iglesia católica, lo que forzaría a trasladar la escuela y templo hacia fines de los años 80s.

Hasta 1882 ni los maestros Flück, Kriesse y Ackermann rigieron su trabajo por algún plan de estudio. Recién con la asunción de Reichardt a mediados de ese año, y tras quejas contra sus “desmedidas” exigencias pedagógicas, la Comisión liderada por el vecino H. Kohler implementó un programa obligatorio que establecía entre sus artículos:

...1° Los chicos dentro de tres años deben saber leer bien y con captación de lo mismo. 2° En el mismo lapso deben llegar a poder reproducir algo leído correctamente, ortográficamente y si es posible, también caligráficamente, como también redactar una composición sobre un tema concreto. 3° En Aritmética las cuatro operaciones con número abstractos y concretos deben llegar a la total comprensión de los alumnos y después se le enseñarán las formas de la Aritmética que en la práctica futura se necesitan. 4° Algo de Geografía y los principios de Geometría. 5° Respecto a la religión hay que considerar, que nuestros chicos pertenecen a varias confesiones y por lo tanto nuestra escuela debe ser prescindientemente neutral¹⁰¹.

Otro foco de crítica aún más encarnizado lo abrieron las reiteradas denuncias por la imposición del alemán como lengua escolar. Durante el ciclo lectivo de 1880 un argentino exigió a la Comisión que la instrucción de su hijo fuera en castellano. La respuesta fue “se enseña alemán por qué la escuela es alemana”. Sin embargo, tres años después durante la dirección de Baumann, esa tautología ya no alcanzó, presentándose en asamblea general la moción “Nuestra escuela no se adapta al país; las clases se deben dictar en todos los cursos en español”. Desde noviembre de ese año los estatus de la *Deutsche Schulgemeinde* -Sociedad Escolar Alemana- fueron reformados, quedando el alemán relegado a ser una materia más: “El carácter de la escuela se cambia, por lo que, en vez del idioma alemán será adoptado el español como obligatorio”. Ya con el desmantelamiento idiomático casi consumado, la Sociedad a inicios del siglo XX seguía pujando por izar su bandera gamada y entonar sus himnos. Por esos años incluso figuraba en el cuarto lugar entre las escuelas particulares del país más populosas, con una matrícula que ascendía al centenar de alumnos (Florián & Fogliato, 2016, pág. 273).

Por depender jurisdiccionalmente de Roldán, recién a finales de los '70, vecinos de San Jerónimo Sud consiguieron que la Administración les facilitara una casilla para

¹⁰¹ Transcrita en Dürst, *Erlebnisse und Erfahrungen...*, op .cit.

radicar una escuela. El cabecilla de la iniciativa fue el colono suizo Christian Federico Weihmüller, justificando la petición por la distancia que separaba a las dos colonias. Arribado ese mismo año, había hecho los progresos suficientes para ubicar a su familia entre el 16 % de las mejores según la empresa¹⁰². Christian y sus hijos tuvieron un rol sobresaliente en la gestación de instituciones locales. Al momento de emigrar la familia, sus hijos Roberto y Luis tenían poco menos de veinte años, habían ya cursado sus estudios secundarios y estaba preparando sus ingresos a las carreras de teología y medicina respectivamente. Mientras Luis permaneció hasta su muerte en San Jerónimo Sud y Carcarañá, dedicado al trabajo agrícola y a compartir sus saberes médicos en la colonia, Roberto tras ordenarse en Montevideo se radicó en San Carlos en donde alternó hasta su muerte su labor pastoral y educativa.

Roberto Weihmüller se inició en la docencia en la escolita de San Jerónimo con un cargo *ad-honorem*. Con el progreso y consolidación institucional de la Sociedad Escolar su comisión pudo abocarse a contratar a partir de la excelencia del perfil profesional del candidato, y no desde la lógica de lo inmediato idóneo. El puesto le fue asignado al maestro diplomado Dürst. Pero las dificultades económicas que encontraron los padres para abonar la cuota propiciaron el retorno al cargo de Roberto bajo las gestiones de una comisión escolar regida entonces por su padre. Como en Roldán, el edificio hizo las veces de templo disidente, hasta que, con el viraje hacia el metodismo impulsado por Roberto, se inauguró en 1879 un nuevo establecimiento educativo con los fondos recabados por la Sociedad Escolar (Palacios, 1971, pág. 44 y 45). Sobre su construcción Luis Weihmüller recordaba en los años 1930s.,

[Como] la mayor parte de los colonos... habían hecho ladrillos para mejorar sus viviendas... cada uno suministró desde 1.000 hasta 3.000 ladrillos, puestos en la obra gratuitamente, según fuerzas y medios, o sea sobre el terreno que la Compañía de Tierras vendió a un precio mínimo a la Sociedad Escolar Suiza o mejor dicho a la Colonia Suiza, para la construcción de su escuela particular. Había suficientes ladrillos disponibles, la madera para el techo, el cielorraso, ventanas y puertas ofreció mi padre en donación. Samuel Wüst (padre) se hizo cargo gratuitamente del trabajo de carpintería, apoyado por Federico Kuns. Se contrató el trabajo de mampostería. Como ayudantes de albañilería trabajaron hijos mayores de colonos. La casa se terminó con menos de 300 pesos - de gastos que se invirtieron en mano de obra de albañilería y tejas... (Weihmüller, 1932)

¹⁰² Esta familia llegó con un capital de más de 4000 pesos boliviano,

Cinco años antes, su padre había dado el puntapié para la formación de una Sociedad de Socorros Mutuos durante un brote de fiebre tifoidea que asoló a la colonia durante el ciclo de preparar la tierra para el maíz. El desasosiego de familias como la de su vecino Johann Hoffer, quien perdiera a tres de sus integrantes, organizó cooperativamente a los vecinos quienes se alternaron para arar las parcelas de las víctimas. Cuando volvió la normalidad, un grupo de colonos decidió institucionalizar la ayuda conformando una Sociedad Mutual para brindar apoyo en los trabajos rurales a las familias afectadas o auxiliarlas monetariamente.

Si aquel grupo mutualista tuvo corta vida, quizás, como se ha sugerido, por el progreso económico y la mayor organización intrafamiliar, otras instituciones menos marcadas por las urgencias materiales prolongaron su existencia por varias décadas. Una de ellas, con acentuada impronta étnica, fue la sociedad de coristas. Y nuevamente la familia Weihmüller aparece en los anales de las instituciones locales, disponiendo su casa para los primeros ensayos a mediados de 1870. Christian dirigía los encuentros semanalmente, inspirados en un acervo de canciones populares suizas y alemanas. Su conocimiento del órgano los había adquirida de su padre, un maestro de Lützelflüh fallecido durante su travesía a la Argentina, quien lo ejecutaba en los oficios del pastor y reconocido escritor Jeremías Gotthelf¹⁰³. El coro ofrecía su repertorio; en bautismos, matrimonios y visitas pastorales sonaban los himnos "*Schäfers Sonntaglied*" y "*Dies ist der Tag des Herrn*", mientras las canciones populares acompañaban festejos mundanos y celebraciones como "las fiesta nacionales suizas".

Más tardíamente sus vecinos carcarañenses comenzaron con la organización de la escuela con Rodolfo Hunziker como maestro pionero, quién subsistía con la cuota escolar que recibía de los padres mientras empuñaba el arado persiguiendo el sueño de la chacra propia. Su paso fue breve, hallándose al poco tiempo contratado por Telfener y Cía. para la construcción de la futura línea del Ferrocarril Central Córdoba. En junio de 1873 le escribía desde Córdoba a su colega Dürst:

... Le dije adiós a mi concesión en Carcarañá y vine con el tren a vapor a ésta, como dibujante de los planos que necesita la empresa del ferrocarril para el tramo de aquí a Tucumán. Recibo por mi trabajo 100 pesos mensuales!..."¹⁰⁴

¹⁰³ Gotthelf fue el representante suizo más conspicuo de la poética *Biedermeier*. Desarrollado entre 1820 y 1850, este movimiento en literatura se caracterizó por la explosión de géneros menores como el cuento corto, la balada, la historia regional y aldeana, la novela corta y la *Unterhaltungsliteratur*, un tipo de literatura de lectura rápida y entretenida. Sus obras más conocidas son *Wie Uli der Knecht glücklich wird* (Cómo alcanza la felicidad el peón Uli) y *Die schwarze Spinne* (La araña negra).

¹⁰⁴ Reproducida en Dürst, *Erlebnisse und Erfahrungen...*, op .cit.

Hacia 1875 encontramos a Hunziker al frente de una escuela particular para niños de familias germanohablantes en Humboldt. Su traslado poco después a la escuela fiscal coincidió con la publicación de su controvertido libelo sobre su experiencia de conversión al catolicismo (Hunziker, 1880), que tanta indignación y desconcierto produjo en la comunidad protestante. Luego de su partida de Carcarañá, y hasta mediados de la década de 1880, los colonos suizos de esta colonia enviaban a sus hijos a la escuela fiscal o bien a una particular dirigida por un maestro francés. Pero estas ofertas no complacían a los vecinos de lengua alemana por lo que el 21 de junio de 1885 dispusieron la fundación de una Sociedad Escolar Alemana (Benedetto & Vadillo, 2010, pág. 351). Esta primera comisión estaba presidida por Francisco Arnstadt, quien junto a Roberto Weihmüller y Rodolfo Gerber habían sido los autores de sus estatutos, luego aprobados en asamblea¹⁰⁵. El primer docente designado fue el maestro berlinés Guillermo Heinrich, quien llegó al cargo a partir de un anuncio publicado en 1886 por la comisión dirigida por Luis Weihmüller. Heinrich inaugurará el edificio adquirido y acondicionado por los vecinos, ocupando, hasta su mudanza profesional a Rosario, la vivienda destinada al director.

Su sucesor, Juan Meyer, dirá que, a pesar de sus títulos, sus métodos docentes se ajustaban más al alumno de la primera mitad del siglo XIX que al de *fin de siècle*. Meyer había asumido en 1888, poniéndose al frente de un grupo de 29 niños que, según él, se comportaban con excesiva libertad. Desde su asunción, y hasta un lustro antes de su muerte, acaecida el 29 de enero de 1924 en el poblado cordobés de Marcos Juárez, ejerció la docencia en Carcarañá, sólo interrumpida por dos viajes a Suiza y el paréntesis de un año durante el cual se hizo cargo de una institución educativa particular de Casilda llamada “Escuela Internacional”.

Había nacido en Seengen, una aldea al borde del lago Hallwilersee, en el distrito de Lenzburg, cantón de Aargau. Su padre era uno de los tres maestros del pueblo, actividad que alternaba con la fabricación de tejidos de paja y el comercio de hacienda y pasturas. Cursó sus estudios superiores en una escuela del distrito natal, continuando su formación en el seminario para maestro de Wettingen, emplazado en un antiguo convento “cisterniense” cerrado en el marco de la ofensiva liberal.

Egresado con el título de maestro en 1864, Meyer no pudo seguir sus estudios en el Politécnico de Zürich por problemas económicos. En su lugar, ingresó en el pensionado de Vives, a orillas del lago de Ginebra, con el fin de perfeccionar la lengua

¹⁰⁵ Juan Fuchs, Teófilo Ott, Eduardo Fleuti, Samuel Rieser, Pablo Hermann, Julio Schröeter, Pablo Wanner, Rudolf Schenider, Stehli y Dr. Züst (Álvarez, Juan Meyer y el colegio suizo-argentino, 2008).

francesa. Tras dos años y medios estudiando, viajando e iniciándose como maestro de historia en francés, Meyer retornó a la suiza alemana, aprobando el examen que lo habilitaba para enseñar en los cursos superiores.

En marzo de 1867 ingresó como maestro de la escuela de señoritas de Aarburg. Allí conoció a la que se volvió esposa aun año después. Hasta su partida a la Argentina, Meyer ejerció como profesor en diversos institutos suizos: en Schinznach y cuatro años después en Genf, Ginebra. Aquí asistió además a la Universidad local, obteniendo en 1880 el título de licenciado en Ciencias Sociales. Luego de rechazar un puesto universitario mal pago, Meyer se encaminó a Montreaux para aceptar su nombramiento como maestro de lengua alemana y latín en Renkewitz, un internado dirigido a jóvenes ingleses de familias acomodadas. Sin embargo, su pasó aquí fue aún más breve, comenzando ese mismo año su último tramo pedagógico europeo en la escuela secundaria de Moutier Grandval, en el Jura bernés.

El alto costo de vida y los elevados impuestos que demandaban las distintas administraciones políticas lo decidieron finalmente a emigrar, dejando a su esposa y a sus cinco. El 30 de marzo de 1888 Meyer se embarcó en El Havre, y casi un año después el resto de su familia nuclear. En Buenos Aires se alojó en el Hotel de Inmigrantes, a la espera de algún trabajo, razón por la cual visitó al cónsul suizo Jaccard y al propietario del periódico de la comunidad alemana Moritz Alemann. Poco antes de partir hacia Cuyo a trabajar en los viñedos, Alemann le transmitió la solicitud llegada al diario desde Carcarañá, a través de la cual se ofrecía el puesto vacante de maestro de la *Deutsche Schule* de la colonia.

Días después era designado en el cargo por la Comisión Escolar que seguía presidida por Luis Weihmüller comenzando rápidamente a enseñar a niños descendientes de suizos, alemanes, franceses e ingleses. La más antigua nómina de los estudiantes que se conserva data de 1890 y señala la presencia de 49 alumnos mixtos, con una clara preponderancia de varones sobre mujeres, 35 sobre 14, provenientes de familias germanohablantes. A los niños de padres francófonos, muchos de ellos helvéticos, se sumaban los de la Suiza italo hablante y unos pocos provenientes de hogares españoles¹⁰⁶. Esta tendencia a incorporar alumnos de familias de otras nacionalidades o argentinas fue *in crescendo* a la par de los avances de Meyer en el aprendizaje del español. En sus palabras:

...cuando me fue posible enseñar en el idioma castellano, vinieron principalmente italianos. El número de escolares llegó a setenta y la comisión

¹⁰⁶ Archivo del Museo Arqueológico Regional "Cara-cara-aña", Carcarañá.

escolar se vio precisada de ocupar otro docente, que enseñaba a los dos grandes inferiores.¹⁰⁷

Como en las otras colonias del Central, el coro se fundó por la pulsión de preservar ese legado de origen que destilaban los cantos populares y patrióticos. Herrmann y el tenor Niederer, instaron a colonos germanohablantes a formarlo, señalando fuentes que con tal propósito los interesados adquirieron una casa destinada a los ensayos. Como muchos de sus miembros integraban la comisión escolar, se agilizó la decisión de legar este edificio a la escuela alemana y llevar adelante el traspaso solventado por las donaciones de sus socios y por un empréstito librado por un vecino. Poco después de su arribo, Meyer comenzó a dirigir un nuevo coro mixto y, algo más tarde, uno sólo de hombres. Al respecto, recordaba

...en 1889 se fundó un coro mixto y poco después un coro masculino, la mayor parte de cuyos integrantes eran casados, lo que le dio más solidez a esos conjuntos. Las primeras canciones que se ensayaban los domingos a la tarde eran conocidas por los cantores y cantantes, pero pronto nos aventuramos hacia otras composiciones... Los conciertos a beneficio de la caja escolar y para compras de material didáctico eran todos muy concurridos y aplaudidos...

Al igual que Dürst, su figura gravitó en distintas instituciones locales, figurando como uno de los referentes y gestores más activos. Su participación en la organización del Tiro Suizo, su carácter de delegado del Centro Político Extranjero (CPE), su conducción de grupos locales para la representación de obras dramáticas y de la organización de los concurridos picnics de fin de clase y los festejos del 1 de agosto engrosan la lista de sus iniciativas y actividades *fin de siècle*. En mayo de 1893, Meyer al frente del coro y la sociedad musical participaron en la primer fiesta de canto y música que se celebró en Roldán junto a los coros masculinos suizos de Rosario y San Jerónimo Sud, las sociedades musicales de San Jerónimo del Sauce y San Jerónimo. Pero fuera del ámbito escolar, Meyer dejó su impronta más marcada en la *Krankenunterstützungsverein* – la mutual de ayuda para enfermos-, el coro *Eintracht* – Concordia- y la Sociedad de Maestros de Escuelas Alemanas La Unión, integrante de la Asociación Alemana de docentes del Plata.

¹⁰⁷Meyer, "Aus dem Leben eines Schulmeisters", *op. cit.*

Eintracht se constituyó en mayo de 1893 en el colegio suizo, su sede hasta su disolución en el primer cuarto de la década de 1930¹⁰⁸. Las actas señalan que varias veces al año – su frecuencia fue espaciándose con el tiempo- se reunían en asamblea general para dirimir sobre las reformas de los estatutos, el monto de la cuota de ingresos y su diferenciación etaria, la jerarquización de las prácticas médicas y la diferenciación en la cobertura, los convenios con hospitales y doctores, los servicios funerarios, la celebración de banquetes y veladas con fines benéficos u honoríficos.

Los documentos señalan que durante un primer periodo la mutual se negó a incorporar socios de colonias vecinas aunque fueran parientes de los afiliados. La institución tuvo una fuerte impronta étnica, como lo indican sus actas redactadas en alemán hasta 1923, su convenio con el hospital germano, su médico auditor germanohablante y el funcionamiento de la sede en el colegio de esta colectividad. No obstante, como su par de Humboldt “Kranken – Unterstützungs”, algo menos duradero, adoptó la política de aceptar desde su fundación la afiliación sin discriminación por origen nacional (Kröhling, 2013, págs. 299-301). Un punto ríspido a lo largo de su historia fue la cobertura de los servicios a los morosos justificados muchos de ellos por las malas cosechas. Además, debido a que algunos colonos eran impertérrito usuarios de prácticas médicas no ortodoxas como la curandería, la mutual debió expedirse al respecto, incorporando por moción en 1896, la auditoría del Doctor Züst, quien debía juzgar la idoneidad del profesional, el tratamiento indicado y la medicina recetada¹⁰⁹.

Podemos ver el paso gravitante de Dürst y Meyer en diversas etnoinstituciones reflejada en su vigencia en la memoria de estos pueblos, tal como lo atestiguan nombres de calles, escuelas, placas, monolitos estratégicamente ubicados en el corazón de los camposantos de Carcarañá y Roldán. Antes de entablarse entre ambos ese vínculo férreo de colaboración profesional, Meyer había trabajado con Albert Andre, director de la banda de música y maestro de la escuela de San Jerónimo. Pero el nexo entre Meyer y Dürst fue más allá de lo pedagógico. Su calidad de testigos con pluma literaria de la historia que se hilvanaba los vinculó en el rol de enunciadores autorizados al servicio de los intereses de las colonias y los extranjeros. Sobre esta cuestión haremos alguna mención más abajo, por lo pronto basta señalar que fue

¹⁰⁸ Su primer presidente fue Juan Werdmann, reemplazado en 1895 por su secretario Juan Schaff. Durante el último año de su presidencia, Meyer ocupó el cargo de secretario. Su permanencia se prolongó hasta comienzos de 1914, siendo relevado por Juan Möser.

¹⁰⁹ *Krankenunterstützungsverein Eintracht Carcarañá, Protokoll*. Libro de actas disponible en *Biblioteca Pablo Pizzurno* de Carcarañá.

precisamente en una de las reuniones por la reivindicación de los derechos políticos de los extranjeros que ambos maestros se conocieron (Álvarez, 1982).

En las escuelas que lideraban, y ante el creciente aumento de la matrícula se incorporaron auxiliares docentes para los cursos inferiores. En 1898, la Sociedad de la Escuela Alemana de Carcarañá contrató a Gottwalt Briggen –ex maestro de San Jerónimo en los años 1885 y 1886- y dos años después, a la ex-alumna Flora Bütikofer. En Roldán, y también en San Jerónimo, fueron nombradas además de las maestras de labores, docentes para los primeros grados, algunas de ellas mujeres que provenían de la cantera misma de estas instituciones o con experiencias en colonias vecinas. Esta tendencia se fue tornando imperiosa hacia la última década del siglo; para 1905 ascendía a 115 la cifra de alumnos que asistían a la escuela alemana de Roldán.

Desde los últimos años de la década de 1890, Dürst, las hermanas Bütikofer y Meyer se reunían periódicamente en la escuela de Roldán para discutir y comentar sobre materiales didácticos, cuestiones disciplinarias y temas de enseñanza. Estas reuniones fueron la antesala para la conformación de una sociedad que aglutinaría a los maestros de escuelas alemanas de la provincia de Santa Fe y Córdoba. En 1899 el proyecto se tornó realidad echándose los cimientos de la Sociedad de Maestros La Unión (Álvarez, 1995, pág. 117), constituida por docentes de Rosario, Casilda, San Carlos Sud, Matilde, Progreso, Humboldt, Marcos Juárez, General Roca, San Jerónimo, Roldán y Carcarañá, pactándose dos encuentros anuales en sedes diferentes. Debido a las distancias existentes y las dificultades en el transporte, poco después los docentes que residían más al norte, en colonias como Humboldt, Progreso, Matilde y San Carlos Sud, decidieron fundar su propia y fugaz filial de La Unión en 1907¹¹⁰.

Hasta 1911 la presidencia de esta entidad alternó entre Meyer y Dürst, logrando la Sociedad organizar una biblioteca para alumnos y otra para maestros, engrosada con la remesas de libros en alemán recibidos cada año. Por solicitud de las autoridades ministeriales debieron presentar un plan de estudio para las escuelas rurales. Elaborado por Dürst, ese programa nunca se aplicó, ni siquiera se tuvo en consideración. En 1904 los docentes de La Unión comenzaron a formar parte de la *Deutsches Lehrer Verein* - Sociedad Alemana de Maestros, surgida en febrero de 1902 con el objetivo de reunir los docentes de escuelas germanas de la provincia de Buenos Aires primero y más tarde del resto del país. El puntapié para esta integración tuvo

¹¹⁰ Meyer, “Nuestras escuelas rurales”. Exposición leída para el V Día del maestro en Roldán. Reproducida en Dürst, *Erlebnisse und Erfahrungen...*, op .cit.

lugar en 1904 en la reunión de esta asociación en Rosario bajo la presidencia de Max Hopff. El éxito de la iniciativa de ampliarse fue palpable con el crecimiento del padrón de socios que, en dos años, ascendió de unos pocos maestros porteños a 30, llegando en 1911 a los 70 socios. El 17 y 18 de noviembre de 1906 se celebró en Buenos Aires la primera jornada del maestro alemán, donde, entre reuniones, agasajos y asambleas, se presentaron y discutieron reseñas de libros sobre didáctica y ponencias de miembros de la institución: "Las escuelas alemanas de Argentina", "El plan de estudio", "Necesidades de la adquisición de material escolar para nuestras escuelas en el extranjero", "Organización del complejo escolar alemán en la Argentina".

Entre sus logros más resonantes figura la fundación de una caja de pensiones y jubilaciones, cuyos estatutos fueron aprobados en la V Jornada del Maestro celebrada en Roldán durante las Pascuas de 1911¹¹¹. Otra de sus iniciativas fue la publicación bimestral del Periódico para Etnología Argentina y la edición de libros de estudio, diversos planes de enseñanza y otros textos, como las memorias de Dürst publicado *post mortem* en 1913.

Aunque estas escuelas fueron las primeras de estas colonias, al poco tiempo casi todas debieron coexistir con alguna pública. Si en 1872 Wilcken solo mencionaba a la escuela particular alemana de Roldán (Wilcken, 1873, pág. 155), Coelho dos años después registraba una escuela precaria subvencionada por el gobierno (Coelho, 1875, págs. 45-51). Para la visita de Jonás Larguía en 1878 la oferta educativa se había incrementado. Para entonces, Roldán sumaba dos establecimientos educativos fiscales y uno en las otras dos colonias, resaltando que todas ellas estaban sumidas en la desorganización, con exigua concurrencia y cuestionada socialmente la calidad de sus preceptores (Larguía, 1876, págs. 116-123). Justamente en torno a estas falencias se asentaría años más tarde el argumento para defender la superioridad de las escuelas alemanas sobre las fiscales; más que el "currículum prescrito"¹¹² lo ratificaban las mejores oportunidades laborales que aguardaban a los egresados de aquellas:

¹¹¹ Sobre los prolegómenos de su implementación, Meyer remarcaba la actitud generosa demostrada por los maestros alemanes contratados por las escuelas étnicas de Buenos Aires. No obstante continuar perteneciendo a la Asociación de docentes en Alemania y, por lo tanto, gozar de los derechos de sus pares europeos, apoyaron la creación de la Caja aun cuando renunciaron a percibir sus beneficios.

¹¹² "Al principio de mi actividad en Argentina existía en Carcarañá una escuela provincial, ejercían un maestro y una maestra los que tenían mucha dificultad para inculcarles a los alumnos la lectura, escritura y matemáticas básicas, pero la culpa era probablemente de los estúpidos planes de estudio y reglamentos y también de la elección de los inspectores, que por lo general no eran docentes, queriendo imponerse a pesar de ello y mandar como si lo fueran..."

Es un hecho innegable que comerciantes, artesanos y las empresas ferroviarias toman con preferencia jóvenes de las escuelas alemanas, por cuanto estos, respeto a puntualidad, amor al orden y a los conocimientos frente a los egresados de las escuelas provinciales son superiores...¹¹³

Más allá del intercambio fluido, el tronco histórico común y el *pool* compartido de docente, no podemos aplastar las trayectorias singulares de las escuelas alemanas, sujetas a sus propias Comisiones Escolares, a su plantel docente y a otras características propias de cada colonia. Un aspecto revelador del tránsito de esta identidad y la particularidad que adoptó en cada una, fue el recorrido histórico de su denominación o auto-denominación. Mientras que las escuelas particulares de Esperanza eran identificadas en tanto disidentes o católicas, en las de Central Argentino primó una cuestión lingüística. Así, a pesar de estar mayormente pobladas por inmigrantes suizos, sus sociedades escolares adoptaran nombres como el de Escuela Alemana, imponiéndose la identidad idiomática por sobre la nacional. Si Roldán la mantuvo hasta 1919, cuando comenzó a llamarse “Sociedad Escolar Belgrano” (Buchmann, 1966, pág. 47), las otras dos colonias, conjugando el ajuste al contexto de argentinización y al cambio de política nacionalista impulsado por Suiza para distanciarse de lo “alemán” (Hobsbawm, 1998, pág. 260), trocaron su denominación original por Colegio Suizo-Argentino de Carcarañá en 1907 y Colegio Suizo-Argentino Sarmiento de San Jerónimo en 1918. La argentinización de estas escuelas se aceleró con el cambio de siglo, sin deslucir el status de privadas que conservaron hasta su disolución en 1927 en Roldán y en 1929 en Carcarañá, o hasta su fiscalización como ocurrió en San Jerónimo a mediados de la década del 20.

Las variaciones entre unas y otras también fueron notorias respecto a la conservación del alemán como lengua oficial. Mientras la Escuela particular alemana de Roldán incorporó rápidamente el español como lengua escolar, la de Carcarañá lo instauró una década después debido al exiguo dominio del maestro sobre el idioma, en tanto que la de San Jerónimo recién lo hizo en 1917. El informe sobre la situación de la instrucción en la provincia, realizado en 1893 por los inspectores Domingo Silva y Genaro Benet había incluida a la escuela alemana de San Jerónimo como una de aquellas en las que no se enseñaba el castellano e incluso donde se promovía la identificación de los niños con la nacionalidad de los padres (De Marco, 1998).

La cuestión lingüística fue un vector de recurrentes controversias con los agentes estatales. Con el español precario de sus inicios, Dürst se afanaba por disimularlo ante

¹¹³ Meyer, “Nuestras escuelas rurales”, *op. cit.*

la visita de inspectores, dejando a los niños leer en español y circunscribiendo su interacción a “sí señor”, “no señor”, “adiós Señor”. Pero más que su habilidad simuladora, lo que se ponía en evidencia era el cariz meramente formal y actuado de la inspección que no pasaba de un puñado de preguntas superficiales. Algo más tarde, Meyer se refería al grado de ignorancia que ensombrecía a estos funcionarios. Pero cerca del cambio de siglo, advertía un mayor nivel de exigencia entre inspectores con superior formación profesional:

...las escuelas privadas estaban y lo están aún ahora, bajo la supervisión del Estado. Uno de esos inspectores me indicó, que era inconveniente hacer divisiones en el tercer grado y que había que seguir cada vez más los métodos del “griego” Pestalozzi... Dos de los inspectores, nombrados por el gobierno de Santa Fe eran hombres capaces, tenían conocimientos pedagógicos y consideraban las escuelas privadas como una extraordinaria ayuda para el Estado, principalmente en la faz financiera...¹¹⁴

En sus recorridos retrospectivos, 1893 aparecía como bisagra para la historia de estas escuelas. Por un lado, Meyer fue acusado como el principal instigador de los linchamientos de dos hermanos argentinos en Carcarañá en los días 24 y 25 de agosto de ese año. Por el otro, más significativa y visiblemente, se produjeron en Santa Fe dos levantamientos armados contra el gobierno autonomista de Cafferata. Los rebeldes radicales contaron con el apoyo de los colonos, en particular los de la región central, mucho de ellos provenientes de familias suizas. Para Dürst y Meyer este involucramiento político y aquel escándalo luctuoso se tradujeron en una intensificación del control gubernamental sobre las escuelas privadas, particularmente las alemanas. Tras la derrota radical, el boletín oficial de la provincia vinculaba la intervención revoltosa de los extranjeros y sus hijos a las fallas en el sistema educativo¹¹⁵. Durante el gobierno de Luciano Leiva, su ministro de educación llegó a decir que en estas escuelas no sólo se cultivaba lealtad a la patria extranjera sino que incluso se alentaba a la discriminación del criollo. Meyer reconstruía ese momento histórico durante las jornadas del *V Día del maestro*:

...En tiempos del gobierno de Juárez Celman y los gobernadores Cafferata y Leiva, se prohibió en las escuelas rurales usar el idioma alemán y como eso ocurrió en varias partes, fueron cerradas algunas escuelas. Se agudizaron los reglamentos y la presión ejercida sobre las escuelas rurales se notó

¹¹⁴ Meyer, “Aus dem Leben eines Schulmeisters”, *op. cit.*

¹¹⁵ *Ibidem...*, p. 251.

principalmente después de la revolución de 1893, la que terminó a favor de partido gubernamental y en la que tomaron parte muchos alemanes y suizos activamente...

Se volvió lugar común referirse a estas escuelas como espacios anárquicos que demandaban la urgente intervención del Estado. El problema de la integración y nacionalización de los inmigrantes no fue sólo monopolio de los sectores políticos más conservadores. Dos años después del estallido de 1893, un periódico rosarino identificado con la cruzada 'suizo-radical', volvía sobre las carencias de contenidos nacionales que seguían afectando a las escuelas étnicas. Poco ha cambiado, decía, la situación respecto de aquella coyuntura, donde los revolucionarios declaraban ser suizos habiendo nacido en las colonias santafesinas¹¹⁶.

Pero más que al Estado, estos maestros responsabilizaron a los mismos inmigrantes y a sus descendientes el naufragio de la enseñanza del alemán. Sus escritos machacaron sobre la disolución del tejido social y el encumbramiento de una sociedad que perdía el respeto hacia los fundadores, supeditándose el desinterés lingüístico a un movimiento de descrédito sobre la cultura y los sistemas de valores paternos: "cantar una canción en alemán o pensar en alemán es cosa de retardado". Lejos quedaba aquel suceso de 1873 cuando colonos enfervorizados que entonaban canciones patrias resistieron la represión policial en San Jerónimo Sud. Aquellos maestros no sin cuestionamientos coincidieron en su deber de enseñar en la lengua oficial del país e incentivar lazos patrióticos con la Argentina. Sin embargo, no claudicaron al mandato de transmitir el legado de sus padres apuntalado por sentimientos de respeto a la tierra de sus antepasados.

Pero el distanciamiento y la extrañeza hacia los pioneros se volvieron moneda corriente en los escritos de posguerra. Algunos lo supeditaban a un deterioro espiritual y moral palpable en la irrespetuosidad y la banalización de la gesta colonizadora. Crisis de autoridad que se trasladaba a las procelosas aguas educativas en esa insolencia juvenil amparada por los padres. Dürst y Meyer convinieron en este diagnóstico desencantado, reconduciendo la anomia pedagógica a un mundo social indisciplinado por donde se lo mirase. En su retrospectiva elegíaca, Weihmüller volvía sobre este lugar, pero su argumento lo redirigía al ascenso social y económico, al reinado del confort y lo material que vulgarizaba los lazos intergeneracionales y comunitarios.

¹¹⁶ *El Municipio*, 9 de agosto de 1895.

...Turbulentos tiempos de pesada y dura labor, fatigas y provocaciones de toda clase han vivido los fundadores de las colonias. Sin satisfacción, doloridos, ven como sus descendientes e inmigrantes recientes, poco aprecian y valoran el trabajo de los pioneros, su obra llena de carencias y en muchos casos burlados como incompetentes y tontos. Con estómago lleno es fácil predicar ayuno! El que escribe es uno de los que pasó, acerado y templado, acostumbrado a soportar los largos años vividos... (Weihmüller, 1932)

Los vecinos más ancianos, niños en los años en que se publicaba este etnotexto, revisaban algunos de estos centros morales del relato de la "aculturación" en un dialogo entre el recuerdo de lo vivido con lo dicho por la tradición, mellada por lo escrito y los clichés de época. Nacido en 1920, Augusto mencionaba que sus primeras inmersiones en el lenguaje fueron en la variante bernesa del suizo-alemán, y que, recién a los cuatro o cinco años edad, esa lengua fue definitivamente silenciada. Recuerda la vergüenza que sintió por la burla que por su mezclado y torpe español hacían sus amigos, hijos de vecinos rurales de hogares de otras corrientes inmigratorias. Los desplazamientos de sus padres lo llevaron a una zona rural poblada en su mayoría por italianos:

"A nosotros nos jodió de venir acá a la zona de italianos entonces no se habla más y el italiano se te ríen cuando vos hablabas algo de suizo todas esas cosas".

Su abuelo, había sido un férreo defensor del aprendizaje del alemán. Donó un terreno para la edificación de una escuela en San Jerónimo Sud, iniciando una tradición pedagógica familiar que sigue en pie en un colegio de gestión privada pero ya sin marcas étnicas. Su insistencia en la preservación de la lengua, y su apuesta educativa no prosperó aquí, ni en ninguna de las otras escuelas de esa vasta región cuya premisa había sido la reproducción de la comunidad germanófono.

En la vecina Carcarañá, Irma, nacida en 1917 en una zona rural con presencia suiza, señalaba que su olvido "lingüístico" había tenido lugar al empezar la escuela. Alumna de un colegio suizo argentinizado, estudiaba alemán como práctica extra-escolar paga:

"...seguí el alemán después de clase porque mi padre quería que uno siguiera el idioma ¿pero no sé por qué?, capricho."

A tono con ese no comprender el mandato paterno, agregaba:

“...ahí había negrito, italiano, de todo no... y aprendían el himno suizo, gente que podía pagar ¿no? Si yo me acuerdo tenía compañeros que eran morochitos, que eran negritos, después descendientes de italianos...”

Su contemporánea Hilda decidió con más 80 años empezar a estudiar la lengua de sus ancestros. Conversando sobre este interés, revivía la cólera de su padre cuando algún amigo o familiar osaba hablar en esa lengua o en alguna de las variantes suizas. “Somos argentinos, debemos hablar en español” atinaba a replicar ofuscado. Sin embargo, la pertenencia metodista la conservó durante toda su niñez y adolescencia, viajando semanalmente a otra ciudad para asistir a actividades propuesta por una congregación de esa fe.

Bastante más joven, Marta aún recitaba de memoria una canción en alemán de su abuela suiza. A pesar de sus envites de pasante autorizada, ninguno de los especialistas consultados alcanzaba a comprender algo de la grabación. Pero nada hacía mella a su sentido de pertenencia, pudiendo ufanarse que familiares suizos vinieran a visitarla en las puertas del siglo XXI. Sus abuelos paternos y tíos siguieron recibiendo la revista destinada a los suizos del extranjero. En su colección de más de setenta años faltaban las páginas en francés. Al preguntarle en una ocasión a su primo por esas hojas ausentes, tras pensar un rato, recordó a los chacareros vecinos de sus padres cuyo apellido era originario de un cantón suizo francófono. Sus ascendientes, al igual que él, conservaban la ciudadanía suiza pero ya no dominaban el alemán. Tampoco a ciencia cierta podríamos decir que sus vecinos lo hicieran con el francés, pero sí casi con seguridad que ya no mantenían la doble ciudadanía. La reciprocidad en el campo adoptaba más allá de la argentinización el semblante de una tradición de dos generaciones. El apellido significaba en los tiempos nuevos toda una carta orgánica para sostener lo nuevo igualmente crucial, el pensar que quizás el otro sabía algo más, mientras se simulaba que no se ignoraba todo –ninguno negaba que su padre o sus abuelos habían hablado la lengua de su apellido. Finalmente el sentido de lo suizo entre ellos pasaba más por una tradición familiar que por un anclaje cultural y lingüístico. Una cinta transportadora que va y viene entre pasado y presente motorizada por una representación móvil de lo étnico y sus portadores. Edad de oro de la identidad límpida de esa lógica retrospectiva de las nos hablaba Raymond Williams (2001, págs. 63, 317-318). Edad de oro como estructura de sentimiento soldada a “una versión de la historia que logra suprimir la historia” (Williams R. , 2001, pág. 318). Parafraseando a un Bioy Casares irónico con el afán de identificar al “gaucho real”, cada generación de estos inmigrantes podría afirmar que el verdadero

suizo había existido en el pasado, preferentemente unos 70 años antes (Gelman, 1995, pág. 36).

La tradición actualiza el fantasma de una identidad suiza que sigue esparciendo chispas de capital simbólico. Un apellido, un objeto, una historia de origen nimbados por el prestigio de una europeidad más rutilante que otras, con dejo exótico y una pléyade de símbolos que siguen hablando y son habladas, poco importa si la ciudadanía se diluyó tres generaciones atrás. La pulsión de sociabilización toma prestado estos símbolos, en otra de las caras de la "etnicidad emblemática". Por el aprendizaje de la lengua de los antepasados, por algún viaje de exploración a sus villorrios o pueblos, por el ejercicio de reconstrucción de la genealogía y los intentos de establecer algún contacto parental al otro lado del Atlántico. Para la mayoría, la "etnomercancía" se restringe, o convive, con banderas flameando el primero de agosto, los escudos cantonales o aldeanos en la portada de las casas, las fiestas de la masita suiza o del folklore alpino, en libros de las sociedades helvéticas descubiertos en los estantes de algún living con posters, llaveros, calcomanías y un sinfín de *bric-à-brac* y etnobibelots

EPÍLOGO

“Me quedé solo en la playa. A lo que vino después, lo llamo años o mi vida –rumor de mares, de ciudades, de latidos humanos, cuya corriente, como un río arcaico que arrastrara los trastos de lo visible, me dejó en una pieza blanca, a la luz de las velas ya casi consumidas, balbuceando sobre un encuentro casual entre, y con, también a ciencia cierta, las estrellas” (Saer, 2017a, pág. 223)

Al cerrar el telón, encontramos a nuestros actores más cerca de los Robinsones de Julio Verne que de los de Johann Wyss y todavía más que del primigenio de Daniel Defoe. A tono con las ansias épica de tener cada nación su súper-naufrago (Genette, 1989), *Segunda Patria* de Verne blandía una referencia nacional explícita, mientras que Wyss aún abogaba por la fortaleza, ante todo cristiana, de una familia alpina. Ambas novelas se nutrían de pinceladas de protonacionalismo que inició Defoe en la aventura solipsistas de un pionero inglés cuyo ingenio doblegaba el desamparo y las inclemencias, llevando el confort y la sapiencia noreuropea a *terra ignota*. Toda una metáfora del pionero que, materialmente pobre, disponía de los pertrechos mentales necesarios para darse las reglas y leyes para dominar a la naturaleza. Inadecuación entre significantes y significados, según Levi-Strauss (1979), que, Deleuze (1989), llamó “paradoja de Robinson”, inspirado en el personaje homónimo de Michel Tournier y sus avatares en la isla Speranza. Para que paradoja exista implicala estructura “el Otro”, como *a priori* y posibilidad. No nos referimos a la disposición mental para ver al vecino europeo de la colonia en su irreductibilidad, sino al “otro” concreto, situado, diverso por su lengua, su cultura, su clase. Lejos de aquel Viernes servil de Tournier, los Viernes santafesinos interpelaban, demandaban, inquietaban. Empresarios como Beck los entrevistaron como amenazas para el orden económico y moral de sus “islas verdes”, pero sin llegar a dilatar la incomunicación que pusiera en vilo la función “Otro” o la recondujera al exotismo segregacionista. El altruicidio u otroicidio –la robinsonada, en las primigenias colonias autocentradas, se desvaneció pronto. Experiencias como San Carlos o Hansa, con sus inaugurales promesas perversas de claustro racial y religioso, nos llegan como espejismo intermitentes de algún pasado esmerilado

En pocas palabras, los colonos tuvieron que verse prontamente con el nativo. Un poco antes o un poco después la fricción interétnica fue inexorable. Ninguna fuente omite los contactos entre gringos y criollos, más allá de la normativa interna y los esfuerzos denodados de algunos empresarios para evitarlo. Desde los negocios de la leña y la explotación del monte en Esperanza, la mediación del coronel Denis de la

reducción criollo abipona en la colonia San Gerónimo Norte, a los vínculos comerciales que se concretaron en la más hermética San Carlos, a medida que el tutelaje de la compañía se flexibilizaba. Desde mediados de los 70, con la tecnificación creciente y la incorporación de nuevas tierras, el trabajo familiar ya no fue suficiente. Muchos criollos del interior se “aquerenciaron” en las colonias o en sus márgenes, motivados por el desarrollo de diferentes industrias vinculadas al campo, la metalurgia y la demanda de oficios. El parteaguas gringo y criollo fue amplificado por la literatura, el teatro y los relatos de viajeros. La historia antifónica de estos “sociogramas”, sus mutaciones y deslizamientos, marcan la principal segmentación social que, en un sentido etnohistórico, fue vivida por cada colectividad y región de modo particular. En la agonía de nuestro período, lo suizo y lo europeo se afirmó en los álgidos noventa frente a lo que la prensa germano hablante llamó la “gauchidad”. Se contraponía así el modo “gaucho” de hacer política, sanguíneo, caudillesco, revolucionario, por otro más civilizado, europeo, regido por la Constitución. Más contemporáneo, esa “falla sociológica” que se habría profundizado con el peronismo nos señala una impronta suiza del relato de la europeidad de los argentinos. Gori relevaba por esos años la expresión “*Schwarze-heit*” para referirse al modo en que los suizos germanohablantes se referían al criollo, “español” o *indigènes* (1947). Esta expresión, que no existe en alemán estándar (*Hochdeutsch*), los descendientes de suizos lo traducían como “negro de mierda”, actualizando viejas imágenes coloniales de la “negritud”¹¹⁷.

Esos Viernes descentrados no fueron aquellos Viernes a someter, ni como gauchos rebeldes, ni como peones cuasi indios, menos como patricios de ciudades. Tampoco lo fue la tierra a la que se llamó desierto. Todos cambiaron en la metamorfosis pampeana: Robinsones, Viernes, llanura... Nunca tarde para disolver al otro “humano” como en Defoe, ni en clave “intercultural” como Wyss. La “zona de

¹¹⁷ Retomada en entrevistas con DS (2003) y HB (2003) sin ninguna aparición en las fuentes históricas, insinúa su acuñación posterior más que su silenciamiento previo. Utilizada por Gori para hacer historia de las colonias en sus etapas iniciales, la expresión, sin embargo, habría emergido probablemente en ese contexto político de los años 40 del siglo XX. Lo que vuelve a enfrentarnos con la reinscripción hermenéutica del rumor en la rememoración escrita y, por sobre todo, con como la idea de lo suizo resignificaba las nuevas identidades políticas y las clases sociales articuladas con la cartografía racial argentina. El relevamiento de Gori sugeriría la autoidentificación por doble partida, apelando a la opacidad lingüística que los desmarcaba hasta de la americanidad y reforzando el gesto exclusión, si tenemos en cuenta que como subrayaba Grimson la potencia de la categoría “cabecitas negras” (como la de “criollo”, “negro” o tape) se la daba la oralidad (2017, pág. 113).

contacto” o “de fricción” lo fue de tránsito. Al pionero se lo leerá desde la ilusión de una continuidad espejo de la supremacía insular. Cuando años después los barcos surcaron el Paraná, al coterráneo que venía se lo esperaba con los ojos abiertos como platos, refractando lo que se creyó haber sido o lo que se creyó fueron los orígenes.

Si Robinsones, Viernes, Pampa oficiaron de “significantes flotantes”, nuestro trabajo pasó por el ejercicio de pensar sobre la especificidad histórica de sus significados. Existe historia porque los humanos se reúnen y se dividen por nombres, perviviendo en archivos las huellas del nombrar en tanto “cartas de amor” (Rancière, 1993) y también de odio (Havel, 2009) (Emcke, 2017). Vimos a los colonos celebrar fiestas, entablar acuerdos y cooperar, pero también levantar barreras y estigmas, sumirse en encerradas y maledicencias o incluso embeberse de la violencia más descarada (“caza de indios”, linchamientos). Por un lado, los Robinsones en el archipiélago social “Speranza” y sus contradicciones entre la reproducción de lo “helvético” y la integración; por el otro, los Viernes, como compresión multiplexada de inmigrantes de otros orígenes (“turcos”, judíos) y de tipificaciones como la de gaucho, indio, criollo (con complejos bemoles que atravesaban la clase social, el nivel de instrucción, el espacio urbano, rural y “rurbanizado”). Historia episódica la de los Viernes subalternos, escribía Roig, que irrumpieron desde el “fuera de campo” social político. Los Robinsones dejaron de ser “insulares” pero a diferencia de los Viernes nos legaron su voz; tuvieron sus maestros e intelectuales “orgánicos” como portavoces. Se volvieron colonos hechos y derechos que pujaban con sus hijos argentinos por el ascenso social y por una mayor participación frente a un Estado menos pusilánime que avanzaba sobre derechos garantidos a su arribo. La otrora libertad positiva de las colonias fue eclipsada por la urgencia conservadora de defender lo establecido (Berlin, 1993).

El trabajo sobre estos neorobinsones, a nuestro pesar, quedo estructurado de un modo que no dista demasiado de las historias locales de las que procurábamos distanciarnos. En ese sentido, dividimos las trayectorias de las colonias a través de etnoinstituciones que, llamadas a cubrir urgencias de socialización y fines materiales, agenciaron un legado helvético. Pero lo discursivo se coló en la malla narrativa, alternando *approach* interpretativos con el hilar diegético, en ese movimiento inherente a la poética del saber histórico según la cual relato y categorías del discurso se imbrican (Rancière, 1993). De esta forma, la descripción nos conminó a retomar documentos que perturbaron la idea granítica de lo identitario que vertebran lo escrito sobre esta inmigración. Consideramos que su eco fue más refractario de lo que aparentaba su capilaridad, por demás siempre reivindicada bajo las pulsiones de

identificaciones más fidedignas cuánto más simbióticas. En primer lugar, no caló en todos aquellos mandatos de identificación o se hizo carne con la misma enjundia; estuvieron quienes renunciaron a la ciudadanía suiza, o incluso se apuraron en despojarse de toda impronta extranjerizante motivada por intereses económicos y políticos con los cuales entraban en conflicto. Estos colonos más que receptáculos de los vientos europeos y lo afanes nacionales de la *Vaterland* –aquí, los discursos y rituales que propician la lealtad a la Confederación en su pasaje a la *Gesellschaft*, y sus ruidos con la *Heimat*, circunscribiéndola a lo cantonal y lo comunal o *Gemeindeshaft*, tuvieron una demanda más acuciante que la de los mismos suizos en su país. La “rivalidad mimética” (Girard, 2006) hizo presa de sus corazones, e impulso la gramática de la adscripción, de la necesidad de la “autoctonía” en la convivencia cotidiana con otras colectividades inmigrantes (Detienne, 2005). La angustia de “lo paria”, de “lo híbrido”, de lo que no puede pensarse, ni decirse, movilizó la reivindicación de la procedencia, de un nuevo y viejo “grupo de referencia” promoviendo una suerte de “socialización morosa” parafraseando a Merton¹¹⁸. Nuestra pregunta recayó en la relación entre la construcción de “lo común” con esos clivajes modernos de la pertenencia para conjugar hábitos de cooperación. Parafraseando a Negri y Hardt (2004), nos interesó la mutación de “la carne amorfa” del inmigrante al cuerpo social del colono. Consideramos que sus performatividades explican sus arremetidas simbólicas por revalidar sus credenciales helvéticas tras ese contexto de “desnacionalización” puesto en juego por el acto desestructurante de emigrar sin perspectiva de retorno.

Nos empeñamos en seguir las huellas de lo helvético desde su forjamiento local. Pero desde lo local como “configuración cultural” de vecindarios “abigarrados” como plantea Zavaleta, conceptualización que preferimos al de “zona de contacto” de Pratt (1997)¹¹⁹. Las “colonias” como “hábitats de significado” fueron la intersección de historias diversas que involucraron a la de los países y regiones de procedencia del colono en tanto actor emergente, pero también a las del criollo pobre y a las del indio en tránsito hacia lo residual, y a las familias tradicionales santafesinas obstinados en conservar el *statu quo*. En esta dirección, las brechas generacionales entre el pionero,

¹¹⁸ El término de Merton (1968) “socialización anticipada” designa *grosso modo* el proceso por el que el individuo adopta los valores del grupo al que aspira, al que todavía no pertenece.

¹¹⁹ Mientras Pratt (1997) definió a las “zonas de contacto” como el espacio en que pueblos separados entran en contacto y establecen relaciones conflicto y desigualdad (pág. 26), la “sociedad abigarrada” de Zavaleta (Rivera Cusicanqui, 2010, pág. 70), plantea la coexistencia de grupos con diferencias culturales marcadas que no se funden sino que se reproducen a sí mismas y que en su relaciones gravitan entre el antagonismo y la complementariedad”.

sus hijos y nietos sumaron complejidad a la dinámica de estos noveles vecindarios pampeanos. La configuración cultural se caracteriza por la condición de posibilidad de acuñar representaciones, prácticas e instituciones que conforman el espacio social en el encuentro y el conflicto (Grimson, 2011, págs. 172-177). Instituciones, prácticas y objetos “actores” los vemos a partir de una identificación para y por la cooperación en tiempos donde más que un acto de insurgencia frente a las primitivas instituciones estatales, formaba parte del juego serio de la “sociabilidad informal”. Nos referimos a las experiencias de arreglársela sin gobernantes y sin reglas estridentes y, que se ha dicho llevaría a los grupos a valorarse más entre sí (Sennett, 2012, pág. 379). Los conceptos de redes, micro y macro, vínculos fuertes y débiles (Granovetter, 1973) y cuasi-grupos (Mayer, 1990) nos hubiese ayudado a profundizar en las conexiones inter-colonias y los puentes locales con “empresarios culturales” y líderes étnicos teñidos del ideal de “detentar una identidad” y explotarla (Barth, 1995).

Así, figuras como Teodoro Aleman o Roberto Aleman actuaron como nodos de intersección en la vida material y social de muchos de nuestros protagonistas. Vimos como el segundo determinó la llegada del maestro Meyer a Carcarañá a partir del periódico que dirigía y conectaba a toda la comunidad germanohablante, con suscripciones abultadas en las colonias. A su vez, Meyer, arribado con las últimas oleadas de inmigrantes suizos, por su prestigio profesional, por su carta de credencial helvética tan a flor de piel, tuvo acciones que repercutieron desde el primer día y que nos hablan de sus cualidades de líder y de su confianza para moverse en representación de esa colectividad. Recordemos su enfrentamiento a poco de llegado con el Jefe político local a raíz de su intervención en un rencilla entre un colono y un policía en un bar del pueblo. Por su parte, su sosías Dürst, un viejo conocido de los Aleman, solicitaba por entonces, y una vez más, auxilio pecuniario para “la escuela alemana” de Roldán. Otra dimensión mencionada al pasar refiere a la *praxis* política de las colonias. El mito de Suiza como una de las más antiguas democracias está tan enraizado en la historia de esta corriente que pasa por alto que recién en 1971 la mujer adquirió el derecho al sufragio a nivel federal. Por democracia se entiende aquí democracia directa, devenida pilar del llamado *Sonderfall Schweiz* y que fue transpuesta para explicar la organización de los colonos tempranamente. Así, la antigua *Landgemeinde* o asambleas comunales fueron invocadas por Gallo (1977) para explicar la activa participación política local de los colonos suizos y su constante reclamo por el voto extranjero y la autonomía municipal.

Casi todos los trabajos y fuentes consultadas instauran la década del 20 como bisagra lingüística. Ya para entonces la pervivencia del alemán y los dialectos eran

cuestionados por los descendientes, quienes lo tildaban de innecesarios o indeseables, mientras sus ascendientes insistían en el valor de su aprendizaje. Escritos en alemán vislumbraban esta falla generacional con notas bipolares de melancolía y enojo. Ya nadie hablaba el alemán o los dialectos con la soltura y convicción de los hijos de los pioneros. Las burlas al respecto se iban intensificando con el gradual ocaso de las colonias como espacios plurinacionales y multilingües. Algunos descendientes recordaban las cargadas de los vecinos por las marcas bárbaras de su castellano que arrastraban por la “interferencia” lingüística de progenitores y abuelos. En ese terreno la desventaja simbólica era tan notoria que el español rioplatense se convertía en virtud. Y aquellas mujeres llegadas para casarse desde Suiza que vivieron gran parte del siglo XX no legaron tampoco la lengua a su prole. Este terreno merece estudiarse sopesando otros factores, como la extracción social del emigrante, su lugar de residencia en el país, la asimetría de los contrayentes en cuanto a su socialización argentina. Deberá aguardarse al siglo XXI para que la lengua de los orígenes vuelva a empoderarse como tesoro familiar a desenterrar y reinstalar con ofertas de aprendizaje de la mano de profesores llegados de las grandes urbes o del intermitente paso de extranjeros¹²⁰.

Pero ya estamos al final de nuestra historia. Más que la historia de los suizos, lo que hicimos fue una historia del acaecer de sus símbolos y artefactos y sus instituciones emblemáticas. Una historia de la migración pero más precisamente de la escritura de esa emigración y la de su vigencia en memorias y posmemorias que nos redirigen a dos formas de “identidad con guion”: la oficiosa de quienes conservan la ciudadanía y la silenciosa de quienes sin tenerla adscriben a esa “cultura fantasma”. Una historia del símbolo como idea y como materia, como agencia y como prácticas, bajo la premisa de que los símbolos son transmisores de valores, elecciones y filosofías y que las ficciones forman parte del inventario conceptual de una sociedad que puede impulsarla a la acción (Appadurai, 2001, pág. 73). Del símbolo como “llave” para leer un conjunto de relaciones sociales (Grimson, 2011, págs. 222-223) y de cómo el símbolo y el verbo, según la máxima cristiana, se hicieron carne (Virno, 2003). Del pasaje de estos símbolos entre generaciones; de la historia de ese callejón que inicia la ruptura de la segunda generación y sus vueltas sucesivas que arañan lo antiguo refundiendo el telar en un rincón gris emparedado entre lo postfigurativo y lo cofigurativo (Mead, 1980).

¹²⁰ En los últimos años, alumnos extranjeros llegados en el marco de algunos de los programas de intercambio cultural a estas ciudades y pueblos colaboraban en la enseñanza y divulgación de su lengua.

En términos latourianos son claras las cualidades del símbolo como actor social ¿Qué sentido tendría un objeto, y en qué medida podríamos llamarlo actor, si no fuera por su posibilidad de movilizar afectos en el sentido spinoziano? (2012) (Deleuze & Parnet, 1980, págs. 69-72) . Como ha planteado los abigarrados *insights* de Beasley-Murray (2010), “el cuerpo”, los objetos, y su combinación, son terreno de afectos. En este caso el fúsil como cuerpo y el tiro como *habitus*, como “afectos congelados” bourdianamente hablando, actuaron como constituyentes de comunidad y utillaje de lo que Hardt y Negri llamaron democracia para la multitud (2004, pág. 357).

Más cerca de la *doxa* sociológica, estas instituciones han sido pensadas como disposiciones de objetos y símbolos funcionales para la atención y satisfacción de necesidades. Debido a la imprevisibilidad de las tempranas cosechas y la inseguridad de los campos, las armas y la práctica del tiro se volvieron un auxilio para la caza y un parche para un Estado que, desgarrado por conflictos internos y otras urgencias como la guerra al indio, hizo del ejercicio del monopolio de la violencia un atributo poco más que putativo. Incluso en los enclaves gringos más alejados de la frontera india, la memoria de los pueblos atesoran relatos sobre inmigrantes yendo a trabajar con el fusil al hombro o defendiendo su precario rancho (Priamo, 2005), soslayando los intentos de historiadores por aclarar de que se tratarían de bandidos, desertores o desbandados de montoneras.

Si existieron instituciones de largo aliento que se rigieron con indicadores étnico/nacionales fueron justamente las surgidas y sostenidas por los vecinos. Más precisamente, aquellas que menos se vieron compelidas a obedecer, negociar o gestionar subsidios estatales, o aquellas que transitaron furtivamente sin ser entrevistas como obstáculos para los procesos de argentinizar. Tal fue el caso de las sociedades de socorros mutuos que pudieron extender sus servicios entrado el siglo XX mientras iban descendiendo las escaleras culturalistas hasta conservar apenas la denominación y algún que otro diacrítico (Germani, 1968, págs. 202-203). Todo ese proceso nos remite a la observación de Germani de que su tozudez actuaba en favor de la asimilación por su doble carácter de intermediarias entre los grupos inmigrantes y la sociedad nacional y por su reproducción intergeneracional, en tanto asociación en manos de los hijos de estos inmigrantes y sus descendientes (1968, pág. 208).

Las restantes instituciones con impronta étnica debieron afrontar los embates del Estado. La escuela estuvo en el ojo de la tormenta nacionalista y de la agenda estatal. La vimos perder fuerza como actor étnico, empalideciéndose sus rituales de adscripción, presionada a desprimordializar la lengua alemana o francesa, circunscribiéndola curricularmente al rango de materia hasta sólo pervivir su huella

en la designación del establecimiento escolar. La vimos ajetreada por docentes que iban y venían, sociedades escolares que se formaban y desaparecían, desgarradas por conflictos religiosos y con el marcado desinterés de las familias.

Paralelamente vimos la emergencia de Tiros que se afianzaron, crecieron, manteniendo una organización y rutinas por décadas, con apellidos que se repetían, participando en diversas fiestas y ocupando el podio de la “cultura sensual” (Weber, 1964), vertebradora y constituyente de lo *communitas*, a la par que los más centrífugos clivajes religiosos iban licuando su fuerza. Surgidas a instancias de vecinos que hicieron de una etnopráctica una etnoinstitución, los Tiros suizos fueron agencias de afectos, inductores de cooperación y promotores de multitudes en coyunturas políticas críticas. Los vínculos débiles y fuertes que confluían y construían polígonos se volvieron movilización. Las fiestas de tiro emergieron como momentos de totalización en los cuales los grupos tomaban conciencia de que eran más que una asociación de individuos (Da Matta, 2001). El “arma” catalizó la acción política, forjando y siendo forjada por esos cuerpos en movimiento. Cuando en 1893 vecinos carcarañenses tomaron las armas para ajusticiar a dos asesinos, 13 de los 17 colonos pertenecían al Tiro Suizo. Ese mismo año los radicales ingresaban a Santa Fe para derrocar al gobierno con el apoyo de colonos de las sociedades de Tiro de las colonias.

Volviendo sobre la cuestión del uso mental de los objetos, podríamos reescribir la paráfrasis de Darnton a Levi Strauss y decir que más que bueno para matar, el fúsil lo fue para hacer comunidad y defender “esferas públicas” (Darnton, 2002, pág. 11). En términos de Schutz y Lukmann lo que es bueno para comer (o matar) también puede serlo para teorizar (1977, pág. 221). *Tout court* lejos de verlo como un actor defensivo, lo vemos como un propulsor de vínculos, agenciando ese pasaje de los lazos proto-nacionales a los helvéticos *sui-generis* y a los argentinos posteriormente, en una poética social híbrida suizo-argentino plasmada en ese símbolo común y en los colores que los distinguían –la cruz suiza será pintada azul como emblema del Tiro Federal Argentino. Su ambivalencia recorrerá todo el siglo XIX, pero distante de la frase de un escritor como Kramer:

“Contra el medio lucharon utilizando, no su cultura europea, sino su barbarie europea: el máuser, la disciplina militar, el espíritu de clase” (Gudiño Kramer, 1959, pág. 114).

Lejos de operar como metonimia de la barbarie del inmigrante, el fúsil movilizó cuerpos identificados, apasionados, resguardados. El fúsil se torna nuestra “llave” maestra para penetrar en la historia del helvetismo migrante como “configuración

cultural” de las colonias y agente de sucesivos pasajes. Del objeto al tiro, en tanto etnopráctica, y del Tiro como etnoinstitución al Tiro como “etnomodelo” (o archinstitución) para moldear instituciones¹²¹. Décadas antes de los clubes de pueblo, los polígonos cumplieron con la función básica de prolongar en tiempo y espacio los sentimientos de grupidad que induce lo lúdico (Huizinga, 2007, pág. 26); *prima facie* circunscripto a situaciones de excepciones domingueras, sustraídas a las normas generales de un enclave con fines económicos. El Tiro y las grupidades que configuraron motorizaron eventos de asociación e identidad inextricables al carácter antitético, agónico del juego y la competencia instauradas en el entre-sí local y el inter-comunitarios en sus diferentes niveles de segmentación (origen migratorio, localidad, región, provincia). Su proto-organización inspiró nuevas experiencias de institucionalización desde abajo –como las Sociedades de Socorro, emergiendo de su cantera, líderes, nuevos socios y ensayos de asociarse bajo estamentos que impulsaron ellos mismos, y no por el administrador o el empresario como sucedía en sus comienzos. En términos de poder constituyente, despejó una vía de negociación enfática trascendiendo su legitimidad inicial de uso defensivo, como contemplaban los contratos de las empresas. León Trotski escribió alguna vez que una revolución nos enseña el valor de un fúsil (Hardt & Negri, 2004, pág. 392).

La invitación de Hobsbawm (2002) a detenerse en la menos esperada de las costumbres para analizar la tradición es homologable a la de la identidad que, ricoeurianamente hablando, atraviesa tradición, testimonio y memoria ¿cómo imaginar la conexión narrativa sin la estabilidad de los personajes? Señalaba Weber que para la colectividad alemana de América era el recuerdo de la colonización y la migración la que actualizaba la creencia de costumbres afines. En sus tesis sobre la categoría esquivada de “nación” se servía del caso de los suizos en los que resaltaba su persistencia en el tiempo, la autoconciencia de la peculiaridad de sus costumbres, la prédica de una comunidad de destino por encima de sus diversidades lingüísticas y religiosas y, por sobre todo, de su lealtad a la comunidad política. En torno a una pléyade de símbolos guerreros se aunaba el mito de la democracia y el *ethos* suizo de la libertad. En tal sentido, la práctica del tiro actualizaba la saga que fundó el mito de la confederación: la del ciudadano armado y “la postura defensiva de la violencia democrática” (Hardt & Negri, 2004, pág. 392). “Todos para uno, y uno para todos”, inagotable lema de todas las instituciones de cuño suizo en el mundo, *exemplum* cooperativo inspirado en la leyenda de Tell y la lucha contra la tiranía que hizo de la unión armada la condición de libertad del pueblo y el origen de Suiza.

¹²¹ Agradezco a Marcelo Urresti haberme señalado la posible existencia de estos pasajes.

Desde la microdescripción priorizamos la crítica sobre lo identitario. Buscamos desmarcarnos de los tradicionales trabajos sobre esta inmigración que procedían al aplastamiento de identidad y cultura. Retomamos la idea de Mead del reforzamiento de lo propio frente a los encuentros con otras culturas pos-figurativas (1980, pág. 37 y 38). Y aunque lo étnico y lo cultural actúan como una misma moneda (Barth, 1995), no dejan de ser caras que debemos diferenciar en la construcción del universo analítico. Lo suizo como apelación fue quedando lejos de aquella de los inicios, más lejos que esa lejanía de la Suiza denodadamente multicultural. A lo largo del trabajo vimos en acción categorías y símbolos inmersos en un mercado de representaciones caracterizado por la segmentación nativo y extranjero. Al interior de este prefabricado las colectividades se ubicaron no sin tensión, en particular durante los momentos críticos cuando además se hicieron visibles en el discurso social. En esos “excepciones-normales” (Grendi, 1996) los podemos ver escribiendo y siendo escritos en esas interpelaciones lacerantes a sus intereses y expectativas, movilizados en defensa de sus derechos a una autonomía local avalada por las constituciones provinciales. El avance del Estado santafesino aparejó una reforma constitucional que cercenó el voto extranjero en el espacio político de las colonias. La reforma impositiva desencadenó las protestas vehiculizadas por la flamante Unión Agrícola, registrándose la primera escaramuza en Humboldt cuando los colonos se levantaron en armas para protestar contra el impuesto y los malos tratos de los recaudadores – protesta monumentalizado como el primer grito agrario de la Argentina (Kröhling Kieffer, 2018). Los viejos ropajes, los blasones, los fúsiles y los grupos convocados de las instituciones de Tiro se movilizarán en favor de los radicales quienes se hicieron eco de sus reclamos. En 1893 radicales y colonos sitiaron la ciudad de Santa Fe y destituyeron al gobierno autonomista santafesino (Gallo, 1977) (Bertoni, 2001) (Martirén, 2013). Se ha estimado que 2.000 colonos tomaron las armas, su mayoría identificados con las colectividades de suizos y alemanes de las colonias del centro afamados por su destreza militar y su puntería (Massa de Ochstadt, 2014, pág. 175 y 176).

La reetnización teñida de política insinúa hablar menos de lógicas intrínsecas a los colectivos inmigrantes que de la longeva inacción del Estado. Fue este retroceso real en la democracia local y el avance tributario lo que compelió a replegarse a los inmigrantes y a sus hijos en prácticas esencializadas para tomar posiciones frente a las elites que administraban la conducción del Estado. Otra etapa empezaba. Defender sus intereses e involucrarse en el derrotero político del país pero sin renunciar a la nacionalidad tal como reclamaba el Centro Político Extranjero (CPE). Su hibridez de haber nacidos en estas tierras pero con costumbres de la colectividad de sus padres,

fue explotada por el partido conservador. La prensa germanohablante y los escritos de los líderes de la colectividad, a su vez, cuestionaron la supuesta etnización de la rebelión. Insistieron enfáticamente que los colonos movilizados eran argentinos. Y que, en todo caso, se trataba de jóvenes nacidos aquí cuyos padres suizos decidieron acompañarlos. Cuestión que merece una mayor profundización a la luz de las discusiones en torno al problema de las generaciones, el de sus continuidades y rupturas, fundamentales para todo enfoque centrado en la dinámica migratoria en un ciclo histórico de varias décadas.

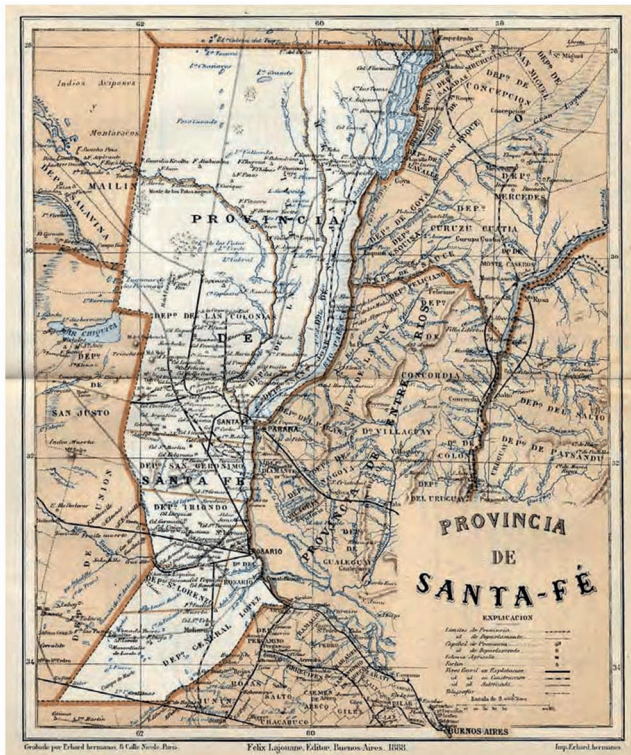
Atendiendo a estos grises desplegados en esa coyuntura, se podría pensar en una politización de la identidad, de un “esencialismo estratégico” (Spivak, 2003) de cara a posicionarse en la arena política. Pero, desde una génesis invertida, también cabe pensar de una estigmatización avivada por las elites a los fines de neutralizar las demandas colonas. Como ha señalado Grimson el éxito específico del Estado tiene menos que ver con anular a la oposición que con su capacidad para imponer las clasificaciones sociales y la lógica que explican el conflicto (2011, pág. 179). Y en esa última acepción, aquellos inmigrantes deseados y entronizados por Alberdi y Sarmiento se tornaron gringos revoltosos para un discurso oficioso que se proclamó bastión del nativismo y de las sanas usanzas del gaucho delineado por el criollismo (Prieto, 1988). De europeos del norte civilizados devinieron matones y soberbios “alemanes” –la “Unidad Cívica Alemana” se la llamó con desprecio y sorna al frente radical en las colonias¹²². Poco importó en términos publicitarios que otras colectividades se expresaran en ese 1893, como fue el caso de esa “división italiana” liderada por Lisandro de La Torre en las revueltas de Rosario (Etchepareborda, 1968, pág. 166). Pero la demanda social coincidió principalmente con el espacio rural de las colonias más antiguas y arraigadas por razones ya blandidas por historiadores (Gallo, 1977) (Gallo, 1984) (Bonaudo, Cragolino, & Sonzogni, 1989-1990) (Bonaudo, 1999) Y fueron a esas mismas colonias, en las cuales predominó la inmigración suiza, a donde apuntó el “insulto étnico” del oficialismo. El acontecimiento que oscila entre la información y lo político sobrevino suceso monstruoso (Barthes, 1967), y lo novelesco del “discurso social”¹²³ organizó la trama y lo productivo de la noticia: un puñado de extranjeros desafiando al Estado nacional y humillando a sus ciudadanos autóctonos y sus más queridos estandartes. Durante varias décadas, y con el afianzamiento de la

¹²² *Nueva Época*, 03/09/93.

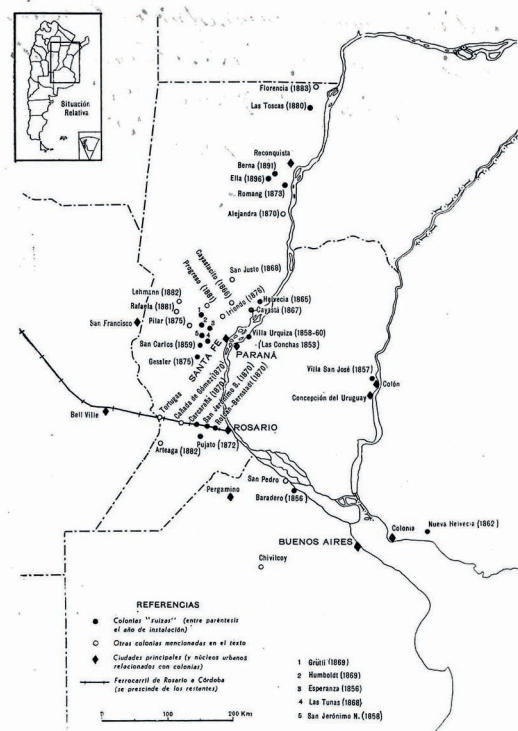
¹²³ Angenot define al “discurso social” como todo lo que se dice y se escribe en un estado de sociedad, todo lo impreso, hablado y representado. Mejor aún, no tanto a ese todo empírico, cacofónico y repetitivo como a los sistemas cognitivos, las distribuciones discursivas, los repertorios tópicos que en una sociedad dada organizan lo decible –lo narrable y opinable, y hacen posible la división del trabajo discursivo” (1998, pág. 17) (2012, pág. 21).

tradición nacional, ese *locus* se blandiría reiteradas veces contra las procelosas multitudes de esos “hombres-carbono” (Ramos Mejía, 1987, pág. 67 y 68) que respondían menos obsecuentemente a la para entonces ya vieja llamada a engrandecer el país.

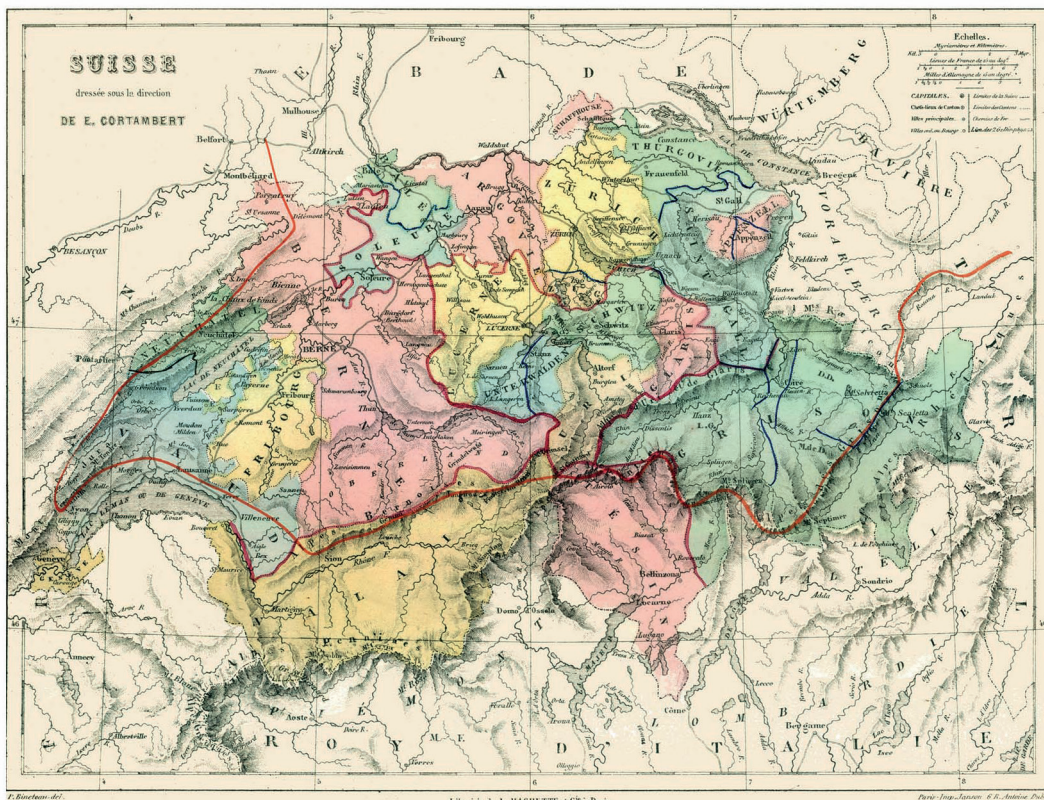
ANEXO FOTOGRÁFICO



Mapa de Santa Fe (Latzina, 1888)



Mapa de colonias suizas. (Schobinger, 1956)



Mapa de Suiza (Cortambert, 1880)



Esperancos con sus fusiles Vetterli hacia fines de siglo XIX



Picnic de suizos en las barrancas del río Carcarañá Ca.1900



Gimnastas de San Gerónimo Sud. s/f.



Portada del principal diario esperancino. 10 de mayo de 1879



Niños y jóvenes de grupo musical de alguna colonia del Central Argentina. Archivo Vadillo.



Fabrica de aceite de lino de Franck & Moser Carcarañá



Edificio de la Sociedad de Canto de San Carlos Sud



Molde de Masitas con motivos helvéticos



Frontispicio Casona rural de la familia Bürki



Edificio de la Sociedad Guillermo Tell de Esperanza



Edificio de la Sociedad de Canto de Esperanza



Concejo Municipal de Esperanza



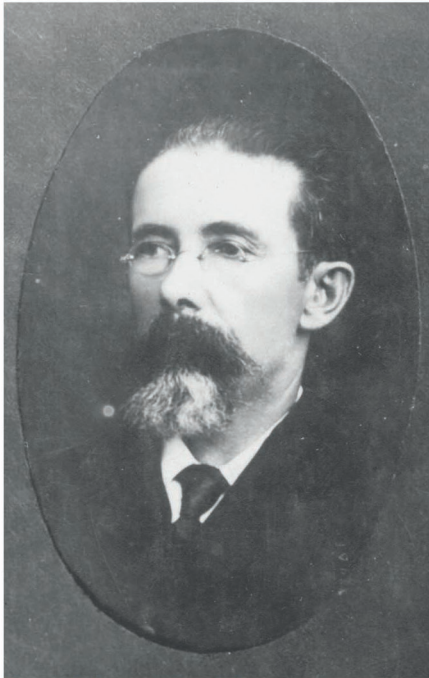
Fragmento Litografía de Fleuti: Carcañá 1878



Portada del libro de registros de esa obra social de los carcañense germanohablantes



Postales de principios de siglo de la familia Bürki de Carcañá



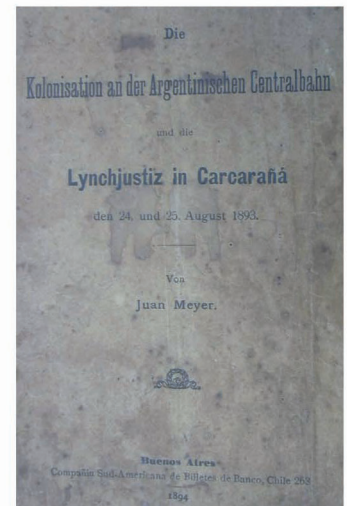
Retrato del maestro Juan Meyer



Meyer en la Escuela Suiza de Carcarañá



Lápida de Meyer



Apología de Meyer sobre los linchamientos de Carcarañá en 1893



Despedida de Meyer en el Colegio Suizo de Carcarañá con motivo de su viaje a Europa en vísperas de la Primera Guerra Mundial.



Monolito en honor a Meyer en el cementerio de Carcarañá



Retrato del maestro Dürst hacia la primera década del siglo XX



Dürst en la Escuela de Roldán



Monoíto de Dürst en el cementerio de Roldán.



Dürst en la Escuela de Roldán. 1896



Obra en memoria de los inmigrantes. Humboldt, 2018



Monumento al llamado primer grito agrario, en referencia al levantamiento armado de colonos de Humboldt. 2018



Templo protestante de la ciudad de Esperanza. 2008



Templo protestante de Roldán. 2006



Fiesta del Folklore Suiza. San Jerónimos Norte, 2015



Centro de la plaza de Esperanza con la iglesia católica de fondo. 2008



Tiro Federal de San Jerónimo Sud. 2006

BIBLIOGRAFÍA

(31 de Mayo de 1879). *El Colono del Oeste*.

Adorno, T. W. (1962). *Prismas. La crítica de la cultura y la sociedad*. Barcelona: Ariel.

Albaizeta, M. E., Bonaudo, M., & Sonzogni, É. (1988). Tierras, colonización y emergencia de una pequeña y mediana burguesía agraria. *Papeles de Trabajo*(3).

Alvarez, G. (13 de 02 de 1982). Los recuerdos de Dürst, el maestro suizo de Roldán. *La Capital*, pág. 5.

Alvarez, G. (1995). Presencia cultural suiza en las colonias de Santa Fe. En M. (. Zago, *Los Suizos en la Argentina*. Buenos Aires: MZ.

Alvarez, G. (23 de 08 de 2003). Tiro Federal Argentino de Carcarañá (1903-2003). *Ecos de Carcarañá*, pág. 16.

Alvarez, G. (2008 de 03 de 2008). Juan Meyer y el colegio suizo-argentino. *Ecos de Carcarañá*(176), pág. 10.

Álvarez, G. (2010). *Historia de Cañada de Gómez* (Vol. Tomo I: "Desde los orígenes del desmochado abajo hasta el novecientos"). Rosario: Fundación Ross/Municipalidad de Cañada de Gómez.

Anderson, B. (2005). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Anderson, B. (2016). Nacionalismo occidental y nacionalismo oriental. ¿Hay alguna diferencia relevante entre ambos? *Debats*, 130(1), 65-72.

Angenot, M. (1998). *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

Angenot, M. (2012). *El discurso social: Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Appadurai, A. (2001). *Modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Trilce / Fondo de Cultura Económica.

Appadurai, A. (2005). Memoria, archivo y aspiraciones. En M. (. Gutamn, *Construir bicentenarios: Argentina* (págs. 129-135). Buenos Aires: Observatorio Argentina: Fundación Octubre. Caras y Caretas.

Arcondo, A. (1980). El conflicto agrario argentino de 1912. Ensayo de interpretación. *Desarrollo Económico*, 20(79).

Ariès, P. (1995). *Ensayos de la memoria 1943-1983*. Santafe de Bogotá: Norma.

Arlettaz, G. (1979). Une nouvelle suisse a La Plata? (1857-1914). *Revue Suisse d'Histoire*, 29, 330-355.

- Arlettaz, G. (1986). «Les Suisses de l'étranger» et l'identité nationale. *Etudes et sources*(12), 5-35.
- Arlettaz, G. (2002). La Nouvelle Société Helvétique et les Suisses à l'étranger (1914-1924). Aspects de la construction d'un nationalisme de type ethnique. *Etudes et sources*, 37-64.
- Armatto de Welti, Z. (2004). *Toponimia urbana de la provincia de Santa Fe*. Rosario: Fundación Ross.
- Asad, T. (2002). The construction of religion as an anthropological category. En M. Lambek, *A reader in the Anthropology of Religion* (págs. 114-132). New Jersey: Blackwell Publishing.
- Augé, M. (1995). *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona: Gedisa.
- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Baczko, B. (2005). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bajtín, M. M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Balibar, E. (1991). Racismo y nacionalismo. En I. Wallerstein, & E. Balibar, *Raza, nación y clase* (págs. 63-109). Madrid: IEPALA.
- Balibar, É. (1991). Racismo y nacionalismo. En I. Wallerstein, & É. Balibar, *Raza, nación y clase* (págs. 63-110). Madrid: Iepala.
- Barth, F. (1995). Ethnicity and the concept of culture. *Rethinking culture*. Cambridge. Massachusetts.: Harvard.
- Barthes, R. (1967). Estructura del suceso. En R. Barthes, *Ensayos críticos*. Barcelona: Seix Barral.
- Battú, N. (2006). *Cuentos clasificados*. Rosario: Ciudad Gótica.
- Battú, N. (2010). *Emilia y zonas vecinas. Leyendas y entes misteriosos. Adagios, dichos y refranes. Creencias populares*. . Santa Fe: Norma Battú en Imprenta Acosta Hnos. S.H. .
- Beasley-Murray, J. (2010). *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Beck, C. (1865). *La république Argentine*. Lausanne: Delafontaine et Rouge.
- Beck, C. (1954). Los apuntes, 1859-1861. En G. Gori, *Familias colonizadoras. Los apuntes de Carlos Beck Bernard, 1859-1861*. Santa Fe: Colmegna.
- Beck-Bernard, L. (1990). *La estancia Santa Rosa*. Santa Fe: Alianza Francesa / Universidad Nacional del Litoral.
- Beck-Bernard, L. (2001). *El río Paraná. Cinco años en la Confederación Argentina 1857-1862*. Buenos Aires: Emecé.
- Bendix, R. (November de 1992). National sentiment in the enactment and discourse of swiss political ritual. *American Ethnologist*, 19(4).

- Benedetto, A. J., & Vadillo, N. L. (2010). *Historia de Carcarañá. Su gente y sus costumbres*. Rosario: Ministerio de Innovación y Cultura / Gobierno de Santa Fe.
- Benjamin, W. (1991). El narrador. En W. Benjamin, *Iluminaciones IV*. Taurus-Alfaguara.
- Berger, P. L., & Luckmann, T. (2003). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Berlin, I. (1993). *Cuatro ensayos sobre la libertad*. Madrid: Alianza.
- Bernasconi, A., & Frid, C. (. (2006). *De Europa a las Américas: dirigentes y liderazgos (1880-1960)*. Buenos Aires: Biblos.
- Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Bellaterra.
- Bertoni, L. A. (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bialet Massé, J. (1985). *Informe sobre el estado de la clase obrera (Vol. I)*. Madrid: Hyspamerica.
- Biasatti, N. R. (2016). *Las ecoregiones. Su conservación y las áreas naturales protegidas de la provincia de Santa Fe*. Santa Fe: Ministerio de Medio Ambiente.
- Bischoff, A. A. (2013). La colonia Artagveytia. Vida y trabajo de los colonos alemanes y suizos en el sur de Córdoba. *XXII Encuentro de Agrupación de historiadores federados del sureste de Córdoba y suroeste de Santa FE*. Rufino.
- Bjerg, M. M. (2001). *Entre Socie y Tovelille. Una historia de los inmigrantes daneses en la Argentina (1848-1930)*. Buenos Aires: Biblos.
- Boime, A. (1994). *Historia social de arte moderno. El arte en la época de la Revolución, 1750-1800 (Vol. I)*. Madrid: Alianza.
- Bonaudo, M. (1999). De representantes y representados: Santa Fe finisecular (1883-1893). En H. (. Sabato, *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina* (págs. 270-294). México: Fondo de Cultura Económica.
- Bonaudo, M., Cragolino, S., & Sonzogni, E. (1989-1990). La cuestión de la identidad política de los colonos santafesino: 1880-1898. Estudio de algunas experiencias. *Anuario 14, Segunda época*, 251-276.
- Booz, M. (1999). *Cuentos completos (Vol. II)*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Borges, J. L. (1993). Profesión de fe literaria. En J. L. Borges, *El tamaño de mi esperanza* (págs. 127-133). Buenos Aires: Espasa-Calpe/Seix Barral.
- Brass, P. R. (1997). La formación de las naciones: de las comunidades a las nacionalidades. *Zona Abierta*(79), 69-100.
- Briones, C. (1998). *La alteridad del "cuarto mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires: Del Sol.

- Briones, C. (2005). Formación de alteridad: contextos globales, procesos nacionales y provincias. En C. (. Briones, *Cartografías Argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad* (págs. 11-43). Buenos Aires: Antropofagia.
- Brubaker, R., & Cooper, F. (2001). Más allá de "identidad". *Apuntes de Investigación del CECYP*(7), 30-67.
- Buchmann, G. E. (1966). *Reseña histórica de Bernstadt-Roldán*. Comisión del Centenario de Roldán.
- Butler, J. (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Byland, M. (1979). "*Vier Kaspere Wander aus*". *Herausgegeben von der Heimatverimnigun Granichen*. (Y. J. Huber, Trad.)
- Calgari, G., Bolla, F., & al., e. (1942). *Mi patria. El libro de los suizos en el extranjero*. Rorschach: Loepfe-Benz,.
- Calvino, I. (2003). *Las ciudades invisibles*. México: Octaedro.
- Carrasco, G. (. (1888). *Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe, realizado el 6, 7 y 8 de junio de 1887*. Buenos Aires: Imprenta Jacobo Peuser.
- Carron, A., & Carron, C. (2009). *Nuestros primos de América. Historia y destino de la emigración suizo-valesana en Argentina, Brasil y Chile* (Vol. II). Buenos Aires: Dunken.
- Castellanos, A. (1948). Colonización en Santa Fe y Entre Ríos y el ferro-carril del Rosario a Córdoba. En P. Grenón, *La Ciudad de Esperanza. Historia documentada* (Vol. IV). Córdoba, Argentina.
- Castles, S., & Miller, M. J. (1998). *The age of the migration. International population movements in the modern world* (Second ed.). London: Macmillan Press.
- Censo de la población escolar. Provincia de Santa Fe. Año 1912*. (1913). Buenos Aires: Talleres de la Casa Jacobo Peuser.
- Centenario, C. P. (Ed.). (1957). *Libro de Oro. Centenario de la colonia San José, 1857-1957*. Paraná: Nueva Impresora.
- Cervera, M. (1956). *Colonización Argentina. Fundación de Esperanza*. Santa Fe: Municipalidad de Esperanza.
- Cherjovsky, I. (2017). *Recuerdos de Moisés Ville. La colonización agrícola en la memoria colectiva judeo-argentina (1910-2010)*. Buenos Aires: Teseo / UAI.
- Chiesa, B. (1914). Como se viriliza a un pueblo. En B. Chiesa, *Album Gráfico Suizo-Argentino*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos.
- Clifford, J. (1996). Identidad en Mashpee. En J. Clifford, *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna* (págs. 327-406). Barcelona: Gedisa.
- Clifford, J. (1999). Meditaciones en Fort Ross. En J. Clifford, *Itinerarios transculturales* (págs. 363-420). Barcelona: Gedisa.

- Coelho, G. (1875). *Memoria presentada al Exmo. Gobierno de la provincia de Santa Fe*. Buenos Aires: Imprenta Juan H. Kidd y Cia.
- Collingwood, R. G. (1952). *Idea de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Comaroff, J., & Comaroff, J. L. (2011). *Etnicidad S. A*. Madrid: Katz Editores.
- Coninck, F. d., & Godard, F. (1998). El enfoque biográfico a prueba de interpretaciones. Formas temporales de causalidad. En T. Lulle, P. Vargas, & L. Zamudio (Edits.), *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales II* (págs. 250-292.). Barcelona: Anthropos-CIDS.
- Conrad, J. (1977). *El corazón de las tinieblas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Covian, A. (1898). *Método de instrucción de tiro para uso de las clases del ejército*. Buenos Aires: Imprenta Boullosa.
- Cros, E. (2002). Sociología de la literatura. En M. Angenot, J. Bessière, D. Fokkema, & E. Kushner, *Teoría literaria* (págs. 145-171). México D.F.: Siglo XXI.
- Cuche, D. (2002). *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Da Matta, R. (2001). *Carnavales, malandros y héroes*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Darnton, R. (2002). *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano. El arte de hacer* (Vol. I). México: Universidad Iberoamericana.
- De Marco, M. Á. (enero-diciembre de 1998). La educación pública santafesina en tiempos de inestabilidad política y transformación estatal, 1883-1898. *Investigaciones y ensayos*(48).
- Deleuze, G. (1989). *Lógica del sentido*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G. (2012). *Spinoza: filosofía práctica*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1985). *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G., & Parnet, C. (1980). *Diálogos*. Valencia: Pre-Textos.
- Detienne, M. (2005). *Cómo ser autóctono. Del puro ateniense al francés de raigambre*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Detienne, M. (2005). *Como ser autoctono: Del puro ateniense al frances de raigambre*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Devoto, F. (2004). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Devoto, F. J. (2006). *Historia de los italianos en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.

- Digesto Municipal. (1955). *Historia de las actuaciones de la Corporación Municipal, Concejo Deliberante y Departamento Ejecutivo 1861-1906* (Vol. I). Esperanza. Recuperado el 05 de 04 de 2011
- Djenderedian, J., Bearzotti, S., & Martirén, J. L. (2010b). *Expansión agrícola y colonización en la segunda mitad del siglo XIX* (Vol. II). Buenos Aires: Teseo. Universidad de Belgrano.
- Djenderedian, J., Bearzotti, S., & Martirén, J. L. (2010a). *Expansión agrícola y colonización en la segunda mitad del siglo XIX* (Vol. I). Buenos Aires: Teseo. Universidad de Belgrano.
- Dolgin, J., & Magdoff, J. (1977). The Invisible Event. En J. Dolgin, D. S. Kemnitzer, & D. M. Schneider, *Symbolic Anthropology: A Reader in the Study of Symbols and Meanings* (págs. 351-363). New York: Columbia University Press.
- DS. (02 de 12 de 2003). Sobre los suizos de Carcarañá y los linchamientos. (G. Stämpfli, Entrevistador)
- Dumas, P. (2015). *Detrás del éxito suizo. Las historias, las leyendas, las realidades, los hechos. El éxito suizo y su continuación en la Argentina*. Buenos Aires: Cámara de Comercio Suizo Argentina.
- Dussel, I. (2007). La transmisión cultural asediada: Los avatares de la cultura común en la escuela. *Propuesta Educativa*, 2(28), 19-27.
- Elias, N. (1995). Un ensayo sobre el deporte y la violencia. En N. Elias, & E. Dunning, *Deporte y ocio en proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Elias, N. (2003). Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros. *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 104, 219-251.
- Ellis, C., Adams, T. E., & Bochner, A. P. (2015). Autoetnografía: un panorama. *Astrolabio*(14. Nueva Época), 249-273.
- Emcke, C. (2017). *Contra el odio*. Barcelona: Taurus.
- Emonet, J. (Febrero de 1893). Esperanza. (M. d. Esperanza, Ed.) *Revue illustrée du Rio de la Plata*(37-44).
- Eribon, D. (2015). *Regreso a Reims*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Etchepareborda, R. (1968). *Tres revoluciones*. Buenos Aires: Pleamar.
- Evans-Pritchard, E. E. (1978). Antropología e historia. En E. E. Evans-Pritchard, *Ensayos de Antropología Social* (págs. 44-67). Madrid: Siglo Veintiuno.
- Fahrni, D. (1983). *Historia de Suiza. Ojeada a la evolución de un pequeño país desde sus orígenes hasta nuestros días*. Zürich: Pro-Helvetia.
- Fischer, M. M. (1991). El etnicismo y las artes posmodernas de la memoria. En J. Clifford, & G. Marcus, *Retóricas de la Antropología*. Barcelona: Júcar.

- Florián, A., & Fogliato, S. (2016). *Historia de Roldán. Colonia Bernstad y Pueblo Roldán. Orígenes de su historia (1860-1930)* (Vol. I). Rosario: Pontific Universidad Católica Argentina / Municipalidad de Roldán.
- Fotheringham, I. (1994). *La vida de un soldado*. Buenos Aires: Secretaría de Cultura de la Nación & A-Z Editora.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fraser, R. (Otoño de 1993). Historia oral, historia social. *Historia Social*(17), 131-139.
- Fraser, R. (1993). La Historia Oral como historia desde abajo. *Ayer*(12), 79-92.
- Frid, C. (1998). Surcos tempranos, pioneros tardíos: agricultores italianos y producción cerealera en el sur de la provincia de Santa Fe (1900-1930). *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 109-136.
- Frid, C. (Noviembre de 2013). La inmigración suiza en la Argentina. *Todo es Historia*, 6-36.
- Frid, C. (Noviembre de 2013). La inmigración suiza en la Argentina. *Todo es Historia*(556), 6-36.
- Frigerio, A. (2006). "Negros" y "Blancos" en Buenos Aires: Repensando nuestras categorías raciales. *Temas de Patrimonio Cultural*(16), 77-98.
- Frigerio, A. (2009). Luis D'Elía y los negros: identificaciones raciales y de clase en sectores populares. (C. d. Cultural, Ed.) *Claroscuro*, VIII(8), 13-43.
- Gallero, M. C. (2010a). La territorialización de la germanidad en los alemanes-brasileños de Misiones, Argentina. *Iberoamericana*, 77-103.
- Gallero, M. C. (2010b). La inmigración Suiza en Misiones, Argentina. *Boletín de la Sociedad Suiza de Americanistas*.
- Gallo, E. (1977). *Colonos en armas. Las revoluciones radicales en la provincia de Santa Fe (1893)*. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.
- Gallo, E. (1984). *La pampa gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- García Canclini, N. (1981). *Las culturas populares en el capitalismo*. México: Nueva Imagen.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gellner, E. (1989). *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Barcelona: Gedisa.
- Gellner, E. (1991). *Naciones y nacionalismo*. Buenos Aires: Alianza.
- Gelman, J. (1995). El gaucho que supimos construir. Determinismo y conflictos en la historia argentina. *Entrepasados*(9), 27-37.
- Genette, G. (1989). *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Madrid: Taurus.

- Germani, G. (1968). *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.
- Gilroy, P. (2014). *Atlántico negro. Modernidad y doble conciencia*. Madrid: Akal.
- Ginzburg, C. (1991). *Historia nocturna*. Barcelona: Muchnik.
- Ginzburg, C. (2003). Acerca de la historia local y la microhistoria. En C. Ginzburg, *Tentativas* (págs. 253-267). Buenos Aires: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Ginzburg, C. (2003). Pruebas y posibilidades. Comentario al margen del libro el regreso de Martín Guerre de Natalie Zemon Davis. En C. Ginzburg, *Tentaivas* (págs. 217-251). Morelia. Michoacán. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Facultad de Historia.
- Girard, R. (2006). *Shakespeare. Los fuegos de la envidia*. Barcelona: Anagrama.
- Gjerde, J. (2006). Identidades múltiples y complementarias. Inmigrantes,, liderazgos étnicos y el Estado en Estados Unidos. En A. Bernasconi, & C. (. Frid, *De Europa a las Américas. Dirigentes y liderzgos (1880-1960)* (págs. 63-82). Buenos Aires: Biblos.
- Goethe, J. W. (1983). *Poesía y verdad*. México: Porrúa.
- Gombrich, E. (2012). *La historia del arte*. New York: Phaidon Press Limited.
- Goody, J. (2008). *La domesticación del pensamiento salvaje*. Madrid: Akal.
- Gori, G. (1947). *Colonización Suiza en Argentina. Colonizadores de San Carlos hasta 1860*. Santa Fe: Colmegna.
- Gori, G. (agosto de 1947). El indio, el criollo, el gringo, en las colonias del oeste santafesino Santa Fe. *Boletín del Departamento de Estudio Etnográficos y Coloniales*(2), 87-108.
- Gori, G. (1954). *Familias colonizadoras. Los apuntes de Carlos Beck Bernard, 1859-1861*. Santa Fe: Colmegna.
- Gori, G. (1958). *Diario del colonizador Enrique Vollenweider*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Gori, G. (1958). *El desierto tiene dueño*. Buenos Aires: Doble P.
- Granovetter, M. S. (May de 1973). The strength of weak ties. *American Journal Sociology*, 78, 1360-1380.
- Grendi, E. (1996). ¿Repensar la microhistoria? *Entrepasados*(10).
- Grenón, P. (1945). *La ciudad de Esperanza. Historia documentada e ilustrada* (Vol. II). Córdoba.
- Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

- Grimson, A. (2017). Raza y clase en los orígenes del peronismo: Argentina, 1945. *Desacatos*, 110-127.
- Griva, E. (2007). *Doña Dolores y el viejo Bravo. Historia de vida de criollos argentinos*. Rosario: Luna Nueva.
- Gschwind, J. J. (1935). *La obra literaria y social de Lina Beck Bernard*. (J. d. Rosario, Ed.) Rosario: Juan José Casabella Editor.
- Gschwind, J. J. (1945). *Carlos Beck Bernard. Su contribución al progreso de la colonización agrícola argentina*. (A. N. Rosario, Ed.) Rosario: Talleres Gráficos "La Cervantina".
- Gschwind, J. J. (1958). *Historia de San Carlos*. Rosario: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional del Litoral.
- Guber, R. (Julio a diciembre de 1984). Identidad social villera. Resignificación de un esigma. *Enía*(32).
- Guber, R. (1999). "El Cabecita Negra" o las categorías de la investigación etnográfica en la Argentina. *Revista de Investigaciones Folkóricas*.
- Gudiño Kramer, L. (1959). *Folklore y colonización*. Santa Fe: Colmegna.
- Guesalaga, A. (1894). *La instrucción pública en Alemania y en Suiza*. Buenos Aires: Librería Lajouane.
- Hadj Handri, N. (2008). La identidad mutante: La construcción de la identidad en los hijos de inmigrantes. *Documentación social*(151), 35-48.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hall, S. (1994). Identidad cultural y diáspora.
- Hall, S. (2003). Introducción: ¿quién necesita 'identidad'? En S. Hall, & d. G. (comp.), *Cuestiones de identidad cultural* (págs. 13-39). Buenos Aires: Amorrortu.
- Hall, S. (2010). El surgimiento de los estudios culturales y la crisis de las humanidades. En S. Hall, *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales* (págs. 15-71). Popoyán, Colombia: Envió Editores/Universidad Andina Simón Bolívar/Instituto de Estudios Peruanos.
- Hannerz, U. (1998). *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*. Madrid: Cátedra.
- Hardt, M., & Negri, A. (2004). *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Barcelona: Debate.
- Hassoun, J. (1996). *Los contrabandistas de la memoria*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Havel, V. (2009). Sobre el odio. *Cultura*(23), 101-111. Recuperado el 01 de Marzo de 2020, de http://www.revistacultura.com.pe/revistas/RCU_23_1_sobre-el-odio.pdf
- HB. (02 de 12 de 2003). Sobre los suizos de Carcarañá y los linchamientos. (G. Stämpfli, Entrevistador)

- Heer de Beaugé, I. (1945). *Peter Zimmermann. El drama de un fundador de Esperanza*. Santa Fe.
- Heer de Beaugé, I. (1956). *Esperanza*. Santa Fe.
- Hidalgo, C. (2010). Casos y casuística en la investigación social contemporánea. En C. y. Hidalgo, *Filosofía para la ciencia y la sociedad: Indagaciones en Honor a Félix G.Schuster*. Buenos Aires: CLACSO-FFyL.
- Hidalgo, C. (2019). *Innovación y creatividad científica. La reconfiguración del pensamiento antropológico en la obra de Clifford Geertz*. Buenos Aires: Eudeba.
- Hobsbawm, E. (1998). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2002). Introducción: La invención de la tradición. En E. Hobsbawm, & T. (. Ranger, *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Huizinga, J. (2007). *Homo ludens*. Madrid: Alianza/Emecé.
- Hunziker, E. (1880). *Mi Conversión ó motivos que me indujeron á ingresar en la Iglesia Católica*. Buenos Aires: Imprenta de Pablo Coni.
- Huret, J. (1988). *De Buenos Aires al Gran Chaco* (Vol. II). Buenos Aires: Hyspamérica.
- Hutchinson, T. (1945). *Buenos Aires y otras provincias argentinas*. Buenos Aires: Huarpes.
- Iturraspe, J. B. (1970). Mensaje del Gobernador de la Provincia de Santa Fe, , a las HH. CC. Legislativas en la apertura de sus Sesiones Ordinarias, el 1º de abril de 1900. En *Historia de las Instituciones de la provincia de Santa Fe, Tomo VI*, (Vol. VI: Documentos correspondientes al tomo I. Mensajes de Poder Ejecutivo, págs. 548-549). Santa Fe: Imprenta Oficial.
- Jakobson, R. (1986). *Ensayos de poética*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Joutard, P. (1999). *Esas voces que nos llegan del pasado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jouve, M. M. (2007). *Los caranchos*. Rosario: Serapis.
- Kaufmann, R. (2000). *La muerte del conde. Historia de los condes de Tessières-Boisbertrand fundadores de Cayastá*. Santa Fe.
- Kaufmann, R. (2010). *El cautivo de los indios. Vida de un suizo colonizador de Esperanza, Helvecia, Romang, Florencia y Las Toscas*. Santa Fe: Impresos S.A.
- Keller, G. (1996). *La gente de Seldwyla*. Madrid: Cátedra.
- Keller, G. (2000). *Novelas de Zúrich*. Barcelona: Alba Editorial, S. L.
- Kosinski, A. (2015). Una manera de responder ¿quién soy?: la identidad narrativa de Paul Ricoeur. *Avatares filosóficos*(2), 213-221.
- Kröhling Kieffer, R. O. (2018). *Humboldt en armas. La primera revuelta agraria de Argentina*. Santa Fe.

- Kröhling, R. O. (2013). *Humboldt. Una mirada atrás. Sus primeros cincuenta años*. Santa Fe: Imprenta Acosta Hnos.
- Larguía, J. (1876). *Informe del Inspector de colonias de la provincia de Santa Fé*. Buenos Aires: Imprenta del Courier de La Plata.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Lefebvre, H. (1978a). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (1978b). *De los rural a lo urbano*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Lehmann, G. (2011). *Aarón Castellanos. La Colonia Eperanza y el Ferrocarril del Rosario a Córdoba*. Santa Fe: Cámara de Diputados de la Provincia de Santa Fe.
- Levi, G. (1996). Sobre microhistoria. En P. Burke, *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza.
- Lévi-Strauss, C. (1979). Introducción a la obra de Marcel Mauss. En M. Mauss, *Sociología y Antropología* (págs. 13-42). Madrid: Tecnos.
- Levi-Strauss, C. (1981). Prologo. En C. (. Levi-Strauss, *La identidad* (págs. 7-10). Barcelona: Ediciones Petrel.
- Lévi-Strauss, C. (1990). *Mito y significado*. Madrid: Alianza.
- Levy, R. (1989). *La estructura social suiza. Radiografía de una sociedad*. Zürich: Pro Helvetia.
- Lorandi, A. M. (Enero-junio de 2012). ¿Etnohistoria, antropología histórica o simplemente historia? *Memoria Americana*, 1, 17-34.
- Luckmann, T. (2007). Condiciones estructurales necesarias para la constitución de la identidad personal. En J. Dreher, S. K. Figueroa, A. Navarro, R. Sautu, & H.-G. Soeffner, *Construcción de identidades en sociedades plurales* (págs. 21-37). Buenos Aires: Lumiere.
- Lukács, G. (1970). Gottfried Keller. En G. Lukács, *Realistas alemanes del siglo XIX* (págs. 159-253). Barcelona: Grijalbo.
- Lütge, W., Hoffmann, W., Körner, K. W., & Klingenfuss, K. (2017). *Los alemanes en la Argentina. 500 años de historia*. (R. Rohland de Langbehn, Ed.) Buenos Aires: Biblos.
- Mackey Durando, E. (1945). *Surcando destinos*. Buenos Aires: Claridad.
- Macy, J. (July de 1896). The Swiss and their Politics. *The American Journal of Sociology*, 2(1), 25-42.
- Martín-Barbero, J. (2002). La globalización en clave cultural: una mirada latinoamericana. *Globalisme et Pluralisme. Colloque International*. Montreal,. Recuperado el 2017 de 03 de 10, de <http://www.er.uqam.ca/nobel/gricis/actes/bogues/Barbero.pdf>
- Martínez Estrada, E. (1957). *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires: Losada.

- Martirén, J. L. (2013). Crisis y conflicto en una economía farmer. Las razones económicas de los levantamientos armados de 1893 en las colonias agrícolas de la provincia Santa Fe. En D. Santilli, J. Gelman, & R. (. Fradkin, *Rebeldes con causa. Conflicto y movilización popular en la Argentina del siglo XIX* (págs. 197-220). Buenos Aires: Prometeo.
- Martirén, J. L. (Diciembre de 2014). Contrastes de frontera. Farmers y criollos en los prolegómenos de la gran expansión agraria de la Provincia de Santa Fe (1856-1875). *Prohistoria*(22), 81-105.
- Martirén, J. L. (2016). *La transformación farmer. Colonización agrícola y crecimiento económico en la provincia de Santa Fe durante la segunda mitad del siglo XIX*. Buenos Aires: Prometeo.
- Massa de Ochstadt, R. A. (2014). Humboldt, un pueblo de las colonias, provincia de Santa Fe. *Contribuciones Científicas GÆA*, 169-182.
- Masson, L. (06 de 04 de 2020). El quehacer antropológico en cuestión. Academia, feminismo y gestión. *Seminario General Inaugural. Inicio Posgrados IDAES 2020*. (I. / . UNSAM, Ed.) Buenos Aires. Obtenido de <https://www.facebook.com/watch/?v=260353182029123>
- Massotta, C. (2009). El fantasma del cacique Foyel. Apariciones y apropiaciones entre la toponimia y el mito. *Actas XII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. San Carlos de Bariloche: Universidad Nacional de Comahue / Departamento de Historia.
- Mauron, C. (2006). *La reencarnación de Helvetia. Historia de los suizos en Baradero (1856-1956)*. Buenos Aires: Sociedad Suiza de Baradero / Association Baradero-Fribourg, Verlap.
- Mayer, A. C. (1990). La importancia de los cuasi-grupos en el estudio de las sociedades complejas. En M. (. Banton, *Antropología social de las sociedades complejas* (págs. 108-133). Madrid: Alianza.
- McLuhan, M. (1996). *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Barcelona: Paidós.
- Mead, M. (1980). *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*. Barcelona: Gedisa.
- Mengarelli, S. M., & Wullschleger, E. C. (1997). *El inmigrante suizo en la colonia Bernstadt, 1870-1900*. Facultad de Humanidades y Artes / Universidad Nacional de Rosario, Seminario II, Escuela de Historia, Rosario.
- Molina, M. (1998). *La memoria del vacío*. México: Coordinación de Difusión Cultural/Dirección de Literatura/UNAM.
- Müller, L. (1998). San Jerónimo. Enclave suizo en el territorio santafesino. En R. Gutiérrez, & e. al., *Hábitat e inmigración. Nordeste y Patagonia* (págs. 15-49). Buenos Aires: Fundación CEDODAL / IIGHI.
- Municipalidad de la ciudad de Esperanza. (2000). *Cartas de colonos fundadores de Esperanza (Sección Francesa)*.

- Nagel, J., & Olzak, S. (1997). Movilización étnica en los nuevos y en los viejos estados: una ampliación del modelo de competición. *Zona Abierta*(79), 5-37.
- Nietzsche, F. (2006). *Segunda consideración intempestiva. Sobre la utilidad y los inconvenientes de la Historia para la vida*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Oggier, G., & Julli, E. B. (1984). *Historia de San Jerónimo Norte. Una colonia agrícola-ganadera de inmigrantes suizos en la República Argentina* (Vol. I). Rosario: Apis.
- Ortiz, R. (1998). *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Santafé de Bogotá: Convenio Andrés Bello/TM Editores.
- Osella, M. H., & Severi, N. B. (1996). *Asociacionismo e identidad. La Sociedad Helvecia de Socorros Mutuos de Córdoba. 1874-1906*. Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades. Escuela de Historia, Córdoba.
- Palacios, R. J. (1971). *Manual historiográfico del centenario de San Jerónimo Sud*.
- Pedroni, J. (1999). Monsieur Jaquín. En J. Pedroni, *Obra poética* (págs. 279-369). Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Perkins, W. (1862-1866). *Album de recortes*. (B. A. Alvarez, Ed.) Rosario.
- Perkins, W. (1864). *Las colonias de Santa Fé. Su origen, progreso y actual situación*. Rosario: El Ferrocarril.
- Perlongher, N. (1993). *La prostitución masculina*. Buenos Aires: Ediciones de la Urraca.
- Peyret, A. (1889). *Una visita á las colonia de la República Argentina* (Vol. I). Buenos Aires: Imprenta Tribuna Nacional.
- Podestá, A., & Locicero, J. (1935). *Álbum biográfico del Departamento San Lorenzo*. (A. C. Podestá, & J. Locicero, Edits.) Rosario.
- Portelli, A. (1992). Lo que hace diferente a la historia oral. En D. (. Swarstein, *La historia oral* (págs. 36-52). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Prashad, V. (2012). *Las naciones oscuras. Una historia del tercer mundo*. Barcelona: Ediciones Península.
- Pratt, M. L. (1997). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Priamo, L. (2005). *Memorias de la pampa gringa. Recueros de Primo Rivolta, Luis Bellini y Camila Cugino de Priamo*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.
- Prieto, A. (1988). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Prins, G. (1996). Historia oral. En P. Burke (Ed.), *Formas de hacer Historia* (págs. 144-176). Madrid: Alianza.

- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso.
- Radding, C. M. (1989). Antropología e historia, o el traje nuevo del emperador. *Historia social*(3), 103-114.
- Raiter, B. (2011). Un espacio de sociabilidad política, las sociedades de tiro en Argentina entre el cambio de siglo y la entreguerra. *XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. San Fernando del Valle de Catamarca: Universidad Nacional de Catamarca.
- Ramos Mejía, J. M. (1987). Fragmento de Las multitudes argentinas. En O. Terán, *Positivimos y nación en la Argentina* (págs. 59-94). Buenos Aires: Puntosur.
- Ramseyer, O., & Grimal, T. (s.f.). Árbol genealógico de Juan Liechti, fundador del pueblo de Berna - Santa Fe- y Sophie Miche. Berna, Santa Fe.
- Rancière, J. (1993). *Los nombres de la historia. Una poética del saber*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ratier, H. (1971). *El cabecita negra*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Ratier, H. E. (Octubre de 1984). En torno a la identidad villera. Buenos Aires: Flacso.
- Remonda, C. M. (2009). Inmigración Suiza en Bahía Blanca: Sociedad de Socorros Mutuos "Helvetia". 1890- 1914. *XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia* . San Carlos de Bariloche: Departamento de Historia. Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue.
- Renan, E. (2010). ¿Qué es una nación? En H. K. Bhabha, *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales* (págs. 21-38). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Rentsch, H. U. (1953). *Historia de suiza*. Madrid: Ograma.
- Ribeiro, D. (27 de 03 de 1988). América no debe ser medida por tonelada de carne humana triste. Entrevista con Jorge Halperín. *Clarín* .
- Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico* (Vol. I). México: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1996). *Si mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1999a). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife.
- Ricoeur, P. (1999b). La marca del pasado. *Historia y grafía*(13), 157-185.
- Ricoeur, P. (1999c). Para una teoría del discurso narrativo. En P. Ricoeur, *Historia y narratividad* (págs. 82-155). Barcelona: Paidós.
- Ricoeur, P. (2013). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Robin, R. (1986). ¿Cede la historia oral la palabra a quienes están privados de ella, o es la historia de vida un espacio al margen del poder?: . Barcelona, . En Vilanova, & Mercedes (Edits.), *El poder en la sociedad. Historia y fuente oral* (págs. 195-203). Barcelona: Antonio Bosch Editor.
- Robin, R. (1996). *Identidad, memoria y relato. La imposible narración de sí mismo*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Robin, R. (1997). Para una sociopoética del imaginario social. En F. Perus, *Historia y literatura* (págs. 262-300). México: Instituto Mora.
- Robin, R. (2012). *La memoria saturada*. Buenos Aires: Waldhuter.
- Roldán, D. P. (2005). Ocio y patriotismo. Configuraciones de sentido a través de la Práctica del Tiro, Rosario 1890-1920. En M. (. Bonaudo, *Imaginario y prácticas de un orden burgués. Rosario, 1850-1930* (Vol. I). Rosario: Prohistoria.
- Rougé, D. d. (1942). *Suiza corazón de Europa*. Buenos Aires: Instituto Americano de Investigaciones Sociales y Económicas.
- Ruggiero, K. (May de 1982). Gringo and Creole: foreign and native values in a rural argentine community. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 24(2), 163-182.
- Russi, G. (10 de 09 de 2008). Corrientes inmigratorias en Esperanza. *El Colono del Oeste*.
- Saer, J. J. (2015). *El río sin orillas*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Saer, J. J. (2017a). *El entenado*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Saer, J. J. (2017b). Discusión sobre el termino zona. En J. J. Saer, *A medio borrar. Antología* (págs. 38-42). Buenos Aires: Seix Barral & Edición no venal. Ministerio de Innovación y Cultura. Provincia de Sant Fe.
- Sahlins, M. (1997). *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Barcelona: Gedisa.
- Said, E. (2004). *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo.
- Samuel, R. (1991). Desprofesionalizar la historia. En D. (. Schwarzstein, *La historia oral* (págs. 102-118). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Sarmiento, D. F. (1851). *Viajes en Europa, Africa i América* (Vol. Segunda Entrega). Santiago de Chile: Imprenta de Julio Belin i Ca.
- Sartre, J.-P. (2005). *Reflexiones sobre la cuestión judía*. Barcelona: Seix Barral.
- Schildknecht, J. G. (Agosto de 1949). Reminiscencias de una 'Revolución Suiza' en San Gerónimo (Santa Fe). *Helvetia*, 95-98.

- Schobinger, J. (1957). *Inmigración y colonización suizas en la República Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires: Instituto de Cultura Suizo-Argentino.
- Scholem, G. (2012). *Las grandes corrientes de la mística judía*. Madrid: Siruela.
- Schuster, A. (1913). *Argentinien, Land, Volk, Wirtschaftsleben, Kolonisation* (Vol. II). München: Verlag Jos. C. Huber.
- Schutz, A. (2003). *El problema de la realidad social. Escritos I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Schutz, A., & Luckmann, T. (1977). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Scobie, J. (1982). *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino 1860-1910*. Buenos Aires: Solar.
- Segato, R. L. (2017). *La nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Sennett, R. (2012). *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación*. Barcelona: Anagrama.
- Siegfried, A. (1958). *Suiza. Un ejemplo de democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Simmel, G. (1986). Las grandes urbes y la vida del espíritu. En G. Simmel, *El individuo y la libertad. Ensayo de crítica de la cultura*. Barcelona: Península.
- Smith, A. (1997). ¿Gastronomía o geología? El papel del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones. *Zona Abierta*(79).
- Soeffner, H.-G. (2007). Acerca de la problemática de los símbolos colectivos. En J. Dreher, S. K. Figueroa, A. Navarro, R. Sautu, & H.-G. Soeffner, *Construcción de identidades en sociedades pluralistas* (págs. 39-59). Buenos Aires: Lumiere.
- Soja, E. (2010). Tercer espacio: extendiendo el alcance de la imaginación geográfica. En N. Benach, & A. Albet, *Edward W. Soja. La perspectiva postmoderna de un geógrafo radical* (págs. 181-209). Barcelona: Icaria.
- Sommer Geiser, J. (1997). *Impresiones de un diputado suizo sobre su viaje a Esperanza*. Centro de Estudios e Investigaciones Históricas de Las Colonias.
- Sorel, G. (1978). *Reflexiones sobre la violencia*. Buenos Aires: La Pléyade.
- Spinoza, B. d. (2005). *Ética: demostrada según el orden geométrico*. La Plata: Terramar.
- Spivak, G. (2003). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 297-364.
- Taussig, M. (1992). La magia del Estado: María Lionza y Simón Bolívar en la Venezuela contemporánea. En M. Gutiérrez Estévez, M. León-Portilla, G. H. Gossen, & J. J. Klor de Alva, *De palabra y obra en el nuevo mundo* (Vols. 2.- Encuentros interétnicos, págs. 489-518). México: Lumiere.
- Thomas, K. (1989). Historia y antropología. *Historia Social*(3), 62-80.

- Todd, E. (1995). *La invención de Europa*. Barcelona: Tusquets.
- Todorov, T. (2007). *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo Veintiuno.
- Todorov, T. (2016). La memoria tiene una potencia que la historia nunca alcanza. *Cuadernos del Inadi*(12).
- Tron, R. (2004). *El cielo de Jeremías*. Rosario: Municipalidad de Rosario.
- Tuan, Y.-F. (2007). *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina.
- Turner, F. J. (Abril de 1987). El significado de la frontera en la historia americana. *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*(7), 187-207. doi:<https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i07.170>
- Turner, V. (1980). *La selva de los símbolos. Aspectos del ritual ndembu*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Turner, V. (1988). *El proceso ritual. Estructura y Anti-estructura*. Madrid: Taurus.
- Valensi, L. (1998). Autores de la memoria, guardianes del recuerdo, medios nemotécnicos. Como perdura el recuerdo de los grandes acontecimientos. (J. Cuesta Bustillo, Ed.) *Ayer*(32), 57-68.
- Vansina, J. (1968). *La tradición oral*. Barcelona: Labor.
- Vernaz, C. (1982). *La colonia San José y la voz de inmigrante*. Santa Fe: Colmegna.
- Vernaz, C., & Conte Grand, C. (1999). *Historia de San José y Colón*. Santa Fe: Colmegna.
- Viazso, P. P. (2003). *Introducción a la Antropología Histórica*. Lima: Universidad Católica del Perú / Instituto Italiano de Cultura.
- Virno, P. (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Vollenweider, E. (1958). Diario de Enrique Vollenweider (1860 – 1864). En G. Gori, *Diario del colonizadora Enrique Vollenweider*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Wachtel, N. (2001). *El regreso de los antepasados. Los indios urus de Bolivia, del siglo XX al XVI. Ensayo de historia regresiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (1964). *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva* (Vol. I). México: Fondo de Cultura Económica.
- Weihmüller, L. (Noviembre de 1932). Erinnerungen an die Gründungszeit der Schweizerkolonien an der argentinischen Zentralbahn. *Echo Suisse*.
- Wickham, C. (1989). Comprender lo cotidiano: antropología social e historia social. *Historia social*(3), 115-128.
- Wilcken, G. (1873). *Las Colonias. Informe sobre el estado actual de las colonias agrícolas de la República Argentina*. Buenos Aires.

- Williams, F. (Octubre de 1998). Trazados y apropiación del territorio: cuatro colonia suizas en Santa Fe. *Seminario y Crítica. Instituto de arte americano e investigaciones estéticas*(92).
- Williams, F. (2014). Trazados y apropiación del territorio: cuatro colonias suizas en Santa Fe. En L. M. Calvo, & M. E. Del Barco, *Proceso de colonización agrícola del espacio santafesino* (págs. 107-133). Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Williams, R. (1981). *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte, editorial*. Barcelona: Paidós.
- Williams, R. (2001). *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.
- Wright, P. (Enero-junio de 2012). Trabajo de campo en el tiempo: los lugares etnográficos de la antropología de la historia. (U. B.-E.-S. Etnohistoria, Ed.) *Memoria Americana, 1*, 173-181.
- Zago, M. (. (1995). *Los suizos en la Argentina*. Buenos Aires: MZ.
- Zang, L. M. (2017). Poblar la frontera: Misiones y la presencia de suizos en el Territorio Nacional (1881-1920). *Pilquen, 20*(4).
- Zapata Gollán, A. (1938). El Canto de los gringos. En A. Zapata Gollán, *Las puertas de la tierra*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Zeballos, E. (1985). *La rejion del trigo*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Zemon Davis, N. (1984). *El regreso de Martin Guerre*. Barcelona: Antonio Bosch editor.
- Zimmer, O. (August de 2000). Competing Memories of the Nation: Liberal Historians and the Reconstruction of the Swiss Past 1870-1900. *Past and Present*(168), 194-226.